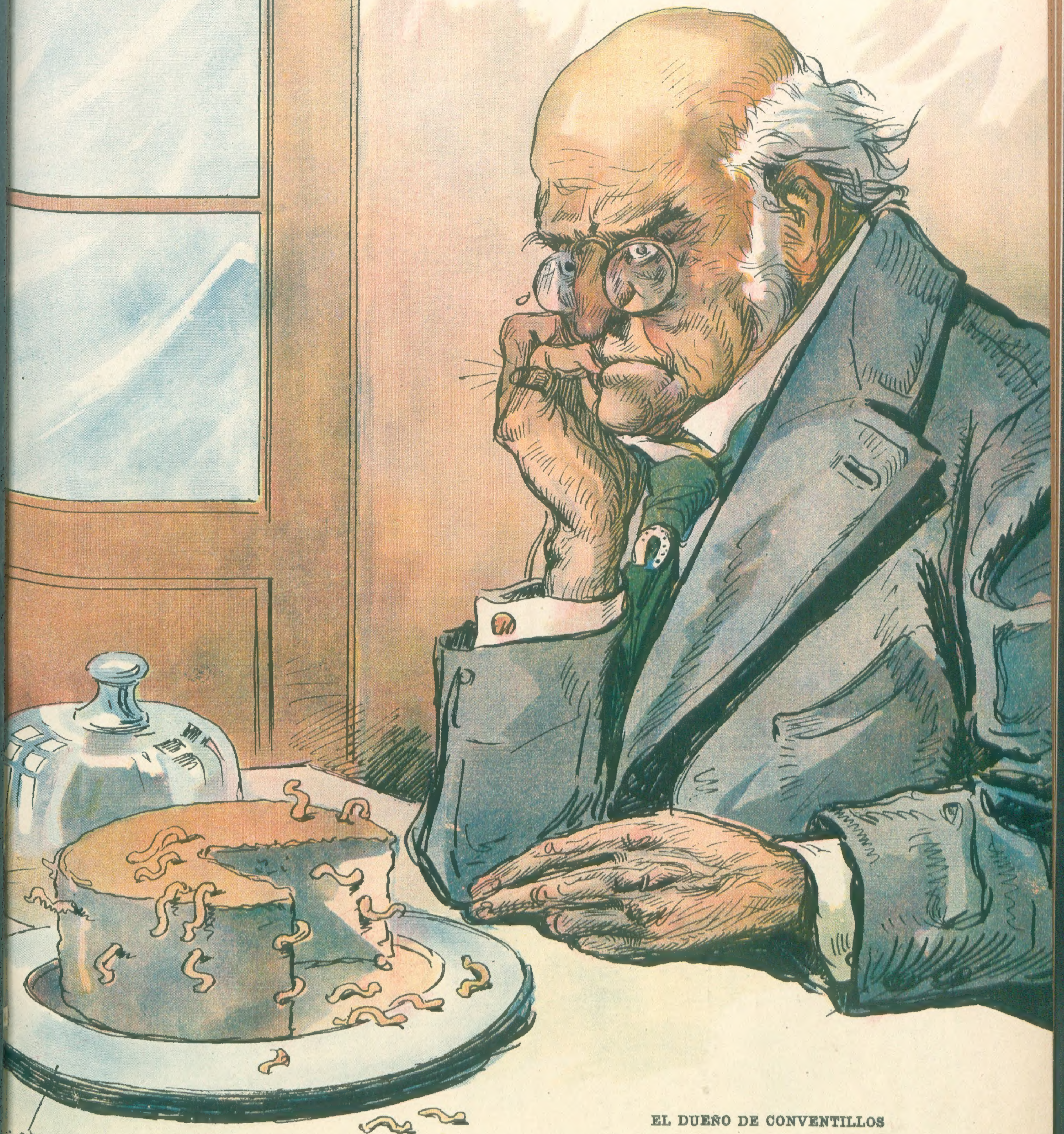
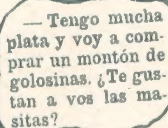
Fray Mocho

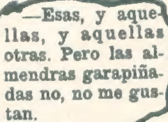


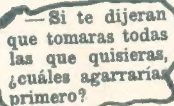
EL DUEÑO DE CONVENTILLOS

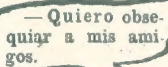
—¡Qué lástima no poder cobrarles el alquiler del queso que ocupan!

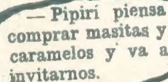
PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí

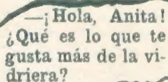


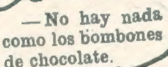


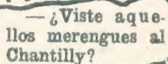


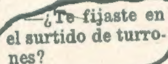




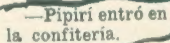


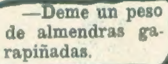


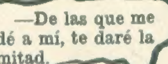


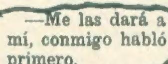


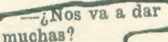


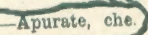


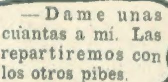


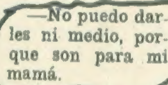


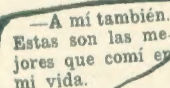


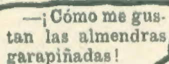












FRAY MOCHO

Año X — Buenos Aires, 25 de enero de 1921 — Núm. 457

Bibliotecas públicas y capacidad lectora de Buenos Aires

Buenos Aires, que llena noche a noche sus 150 teatros y cinematógrafos, pasando de 2 millones la cifra mensual de concurrentes y elevándose a más de millón y medio el número de pesos que paga por esos espectáculos, apenas contribuyó en todo noviembre con 18.000 lectores a tres de las bibliotecas públicas de la ciudad.

¿Qué significa esto?

Sería de todo punto erróneo establecer una correlación directa y material entre ambas informaciones para deducir precipitadamente un juicio desfavorable sobre la cultura de los habitantes.

En primer lugar, las tres bibliotecas a que aludimos—la Nacional, la del Congreso y la Popular del Municipio—están muy lejos de ser las únicas de carácter público, como parece creerlo el Boletín Mensual de Estadística Municipal, de donde tomamos aquellos datos.

Para juzgar con acierto de la capacidad lectora de Buenos Aires en este sentido, habría que saber además, el número de concurrentes a las bibliotecas de los colegios nacionales, a las de las cinco facultades, a la del consejo de educación, a las de los ministerios, sociedades científicas y literarias, clubs, etc., etc.

Y aún así mismo, el cómputo sería inexacto y equivocadas las conclusiones relacionándolas con cifras análogas de bibliotecas europeas, por ejemplo; porque entre nosotros nadie ignora que las colecciones particulares de libros son numerosísimas, no existiendo en general la costumbre arraigada, como en el viejo mundo, de asistir a los institutos públicos para estudiar, desde que todo abogado, todo médico, todo profesional, casi sin excepción, posee su biblioteca propia.

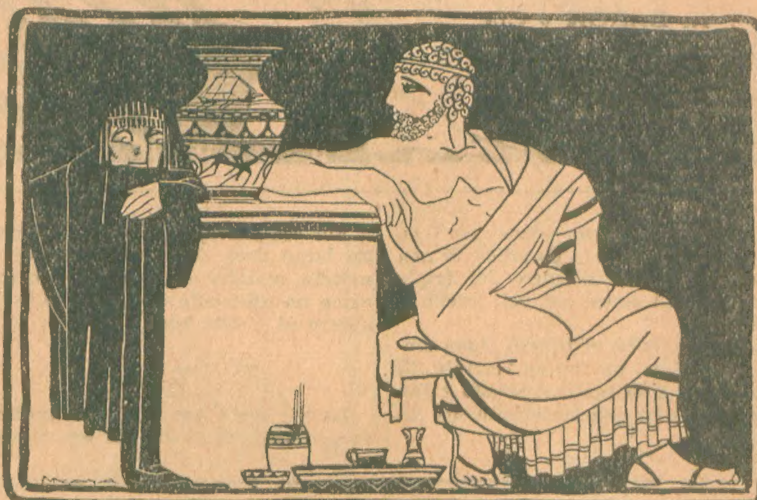
Sin embargo, no es posible desconocer que los 18.000 lectores mensuales son pocos: y el hecho, más que una demostración desfavorable para los que no concurren a las tres bibliotecas públicas citadas, constituye la mejor crítica sobre la mala organización de tales establecimientos.

¿Cómo podrían tener más lectores si el horario de asistencia, en una ciudad laboriosa del tipo de la nuestra, es precisamente el único que no conviene a nadie?

Imaginarse que de 11 a 17, es decir, en el período diario de mayor trabajo, puede una persona cualquiera concurrir a la biblioteca, equivale a negarle prácticamente la entrada.

¿Qué sacrificios de tiempo y de todo orden no supondrá para la mayoría de los 18.000 lectores, el hecho simple de figurar como tales en el Boletín de Estadística?

He ahí la cuestión.



PSIAX

A Eloy Fariña Núñez.

En momentos en que Ion decoraba un ánfora en Gnido,
vino a él Psiax, su amigo, al que hermano solía llamar.
Su franco semblante apacible se había ensombrecido,
sus ojos profundos tenían un extraño flamear.

Miró un rato el trabajo de Ion pulcramente concluído
por la gracia de Apolo que en su obra se quiso mostrar,
y se echó de ver que en su espíritu había anochecido
y que en su corazón se hacía la soledad del mar.

Produjose un flujo y reflujo de sangre en sus mejillas,
como por un terror sagrado temblaron sus rodillas
y el silencio infernal de la Estigia se hizo en torno de él.

Se alejó. Su andar era pesado y torva su mirada...
(Bajo la túnica, llevaba escondida la quijada
que Caín arrojó al Averno, después del día aquel)...

J. L. Fernandez de la Puente.

Enero, 1921.

¿Crisis económica o crisis psicológica?

Se habla de baja de precios, de liquidación general, de abaratamiento, pese a quien pese. de los artículos más indispensables; porque el cansancio, la desazón y el espíritu de revuelta de los consumidores amenaza en todo el mundo con restringir a tales extremos la adquisición de mercaderías, que las consecuencias serían funestas para el comercio universal.

De Estados Unidos llega la más fuerte voz de alarma, cuyo eco repercute en todos los mercados del continente provocando junto a los suspiros de las víctimas, los alegres comentarios de la mayoría.

Es indiscutible que algo de esto ocurre en realidad. Alguna vez tendrá que liquidarse la era desordenada y violenta que en el orden económico trajo la espantosa conflagración de 1914.

Pero ni es de creer que el fenómeno tome de sorpresa a los verdaderos profesionales del comercio; ni el hecho, caso de producirse con los caracteres catastróficos que se pregonan, puede realmente ser motivo de legítima y sana satisfacción para los que aprovechen de tal estado de cosas.

Estaríamos, a lo sumo, frente a una crisis mercantil provocada por el abarrotamiento mundial de mercaderías a causa de las restricciones inevitables de los consumos. Pero liquidada esa situación inmediatamente se presentará otra no menos grave.

Los altos salarios, la carestía de las materias primas, la elevación de los fletes y la desvalorización correlativa de la moneda en todas partes, harían imposible un estado industrial favorable.

El resultado será que los precios volverán a subir y esta vez sin remedio, a menos que la crisis psicológica, la única realmente alarmante en esta época de apetitos desaforados, no se temple y se resuelva en retorno a la tranquilidad y a la resignación que tanta falta hace a la humanidad.

La fuerza de la voluntad

Hay, peregrino, una senda, donde aquél que entra y avanza pierde temor al desengaño. Es ancha, lisa, recta y despejada, después de comienzos muy duros y tortuosos. Pasa por medio de todos los campos de cultivo que granjean honra y provecho. Quien por ella llega a la escena del mundo puede considerarse que ha cosechado todas las plantas de mirífica virtud de que hablan las leyendas: la bácara que preserva de la fascinación, el nepente que devuelve la alegría, y el hongo que infunde el ardor de las batallas. Tener experiencia de esta senda vale tanto como llevar la piedra de parangón con que aquilatar la calidad de las cosas cuyas apariencias nos incitan. Por ella se sale a desquijarar a los leones, tanto como a ceñir la oliva de la paz. Cuando por otros caminos se les busca, todas las tierras son al cabo páramos y yermos; pero si ella fué el camino, aun la más árida se trueca en fértil emporio: su sequedad se abre en veneros de aguas vivas, cúbrense las desnudas peñas de bosques, y el aire se anima con muchas y pintadas aves.—Toma, peregrino, esa senda, y el bien que soñaste será tuyo.—¿Alzas los ojos? ¿consultas en redor el horizonte?... ¡No allí, no afuera, sino en lo hondo de tí mismo, en el seguro de tu alma, en el secreto de tu pensamiento, en lo recóndito de tu corazón: en ti, en ti sólo, has de buscar arranque a la senda redentora!

José Enrique RODÓ.

BUENASUERTE

por Antonio BURICH

Aquella mañana Juan no podía estarse quieto en ningún sitio. De su cuarto pasaba al patio, del patio a la cocina, de la cocina a la habitación de su madre, y de allí otra vez al patio, para volver a empezar. Maquinalmente, buscaba algo que ni él mismo sabía a punto fijo lo que era. Es que aquella angustia que lo oprimía era verdaderamente cruel. No parecía sino que una mano invisible le estrujara el corazón.

Hacía fuerza por dominarse, por no dejar traslucir su pena, con el fin de evitar que sufriera también su madre. Pero si un rato lograba poner una máscara en su semblante, otro su boca crispábase y no podía evitar que en su pecho se abrieran paso las quejas. "¡Infame! — murmuraba entre dientes. — Venirme a hacer esto cuando estaba lo más tranquilo, cuando estaba confiado como nunca. ¡Infame!".

Lo que lo pusiera en ese estado era algo insólito.

Momentos antes, por ser domingo, al levantarse, después de tomar un ligero desayuno había corrido a casa de Elina, su novia, que se hallaba a la vuelta, en la calle Nahuel Huapí. Hacía cuarenta y ocho horas que no la había visto, a causa del recargo de trabajo que tenía en el taller, y estaba impaciente por charlar un instante con ella, por oir de sus labios esas insignificantes palabras que dicen los enamorados y que lo hacían completamente dichoso. Armado de audacia, proponíase también darle un abrazo, como anticipo del día de la boda, que debía realizarse al cabo de diez meses, cuando él tuviera reunido el suficiente dinero para comprar el ajuar completo, a fin de no verse ahorcado por las deudas después del matrimonio. Iba desaliñado con la premura, y recorrió con paso ligero la distancia que lo separaba de su amada, llamando impaciente a la puerta. Su manera de llamar fué la de siempre: un golpe largo y tres golpecitos rápidos, después de los cuales se quedó esperando un minuto. Elina tenía por costumbre acudir al primer llamamiento, que conocía era de su novio. Pero esta vez no acudió. "No me espera y estará trabajando" — se dijo Juan. Y repitió los golpes. El silencio volvió a reinar. Llamó aún. Esta vez giró el picaporte al fin y la puerta se abrió. Mas quien acudió no fué su prometida, sino don Alberto, el padre, el cual estaba como cohibido. Tenía dibujadas en el rostro una gran aflicción y una gran fatiga, como de quien ha pasado la noche en vela, mientras bajo sus párpados se notaban esas huellas rojizas que deja el haber llorado. Con un gesto, indicó al joven que entrara.

—¿Le ha sucedido algo a Elina? ¿Está enferma? — preguntó Juan, presintiendo una desgracia.

—No; no está enferma — replicó sombríamente el viejo.

—¿Entonces?. . . ¿Qué es lo que hay?... Hable de una vez — profirió el joven.

Pero el anciano no pasó de sus primeras palabras. Por lo visto, le era muy doloroso contar lo que ocurría. Juan avanzó al interior de las habitaciones. Cuando estuvo en presencia de doña Cándida, la madre, supo toda la verdad. Entre suspiros y quejas, la buena mujer le dió los detalles del caso. La noche anterior, la muchacha había huído con Mariano, un mancebo asiduo de la casa, prototipo del "compadrito", que tocaba la guitarra y cantaba milongas. Como prueba de su acción, la mala hija había dejado un billete que, entre otras cosas, decía: "Papá: yo no quiero a Juan. Quiero casarme con Mariano y me voy con él". Al final no había un adiós, ni una frase solicitando disculpa del triple abandono. El amor es así, cruel y egoísta.

Leído que hubo el billete, Juan sintió en su pecho un vuelco terrible. El golpe había sido tan inesperado y tan recio, que le rompía materialmente las entrañas.

Por eso ahora, aunque había pasado un largo rato desde que recibiera la noticia, andaba de un lado para otro, como un afiebrado que no sabe lo que quiere ni lo que hace.

—

La vivienda que el joven habitaba con la anciana autora de sus días era una vieja casita que se componía de dos cuartos y la cocina, situados en el fondo de un solar, encerrado entre otros dos edificios, de modo que frente a la calle dejaba un espacio libre. En dicho solar, salvo un estrecho pasaje, la vecindad arrojaba los desperdicios y había un montón de escombros; pero, en caso de necesidad, podía servir también para aislarse, para estar en una soledad y en un silencio absolutos. Al cabo de un rato, pues, para desahogar su ánimo acongojado, al mismo tiempo que para impedir que su madre descubriera su pena, dando fin a sus vueltas sin objeto, Juan encaminóse allí.

Sin preocuparse del sol de diciembre, que ya comenzaba a quemar, sentóse en los escombros, apoyó los codos en las rodillas y hundió la cara entre las manos.

Como por más que hiciera no lograba acallar su martirio, se puso a pensar en la que había sido su novia.

¡Ah, qué linda era Elina! Tenía un pequeño defecto en una mejilla: una cicatriz en forma de media luna, consecuencia de una caída. Mas él había hecho una cualidad de ese defecto, una característica que adornaba de modo especial aquella faz morena de líneas puras y de cutis de criolla, debajo de la cual adivinábase una sangre de llama. ¡Qué felices hubieran sido casándose! Sin embargo, ella no lo amaba. Amaba al otro. No obstante, él ¿cómo no se había dado cuenta de la cosa? ¿Cómo no había visto a tiempo que aquel presuntuoso de Mariano, que le mentía amistad, hacía la corte a su prometida, valido de su inocencia de obrero? Y ¿cómo no notaron nada los padres tampoco? ¿Es que ellos se veían a escondidas, temerosos de los obstáculos? Sí; eso debía haber sucedido. Mas, por otra parte, fuera cual fuera, el motivo no tenía importancia. El solo hecho importante era que Elina se había ido con un rival.

Con esta última reflexión, el joven sintió humedecerse sus ojos.

Pero aun le quedaba que sufrir. Estaba escrito que el hado debía colmar ese día la copa de su amargura hasta los bordes.

—

Una hora larga haría que Juan se hallaba en abstracción dolorosa, cuando algo vino a sacarlo de su ensimismamiento, interrumpiendo la calma solemne del lugar. De pronto, uno de esos pilletes que andan merodeando constantemente por los barrios, buscando a quien hacer una travesura, asomó en la calle, detrás de una de las casas laterales. Reconociendo al joven obrero, y suponiendo quizá que se había vuelto loco, o quién sabe qué, al descubrirlo gritó en son de burla:

—¡Eh! ¡Buenasuerte!

Esa palabra era un apodo por el cual lo conocían en todo Coghlan desde la niñez, pues allí mismo había nacido y se había desarrollado. El apodo habíanselo puesto entonces sus compañeros de la misma edad, a causa de lo afortunado que era en comparación de ellos, por los juguetes y los dulces de que lo rodeaba la bondad de su progenitor, cuando no habían llegado aún a la completa miseria. En aquel tiempo dichoso merecía, sin duda, el apodo. Mas ¿ahora? Ahora era una ironía, y de las más sangrientas. Juan no pudo dejar de constatarlo.

Se pasó los dedos por los ojos, y luego levantó fieramente la faz hacia el intruso.

—¡Vete!—le dijo.

Pero el muchacho, que le miraba insolentemente, en vez de obedecer sacóle la lengua, llamando a voces a otros granujas, que no tardaron en acudir.

El joven comprendió que, para librarse de esos demonios, lo mejor hubiera sido retirarse discretamente. Sin embargo, en el estado de ánimo por que atravesaba, un misterioso poder impedíale moverse de allí, una fuerza

SIESTA

Hay una plena claridad, parece
que el sol multiplicara sus ardores;
a las ramas, las hojas y las flores
un viento leve y cálido estremece.

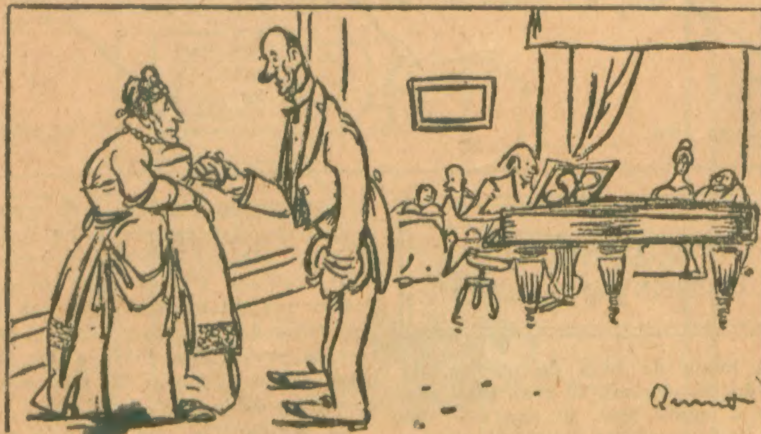
Como un dorado manto, lejos vese
un maduro trigal; los segadores
sestean y hasta el campo los rumores
de sus fuerzas intensas adormece.

Dormitan los rebaños, la majada
echada está a la sombra, en la tapera
bajo el ombú, reposa la peonada

y hasta un chimango en lo alto suspendido,
tan inmóvil está, que se creyera
que en medio de su vuelo se ha dormido.

H. FERNANDEZ MENDEZ.

MELÓMANA

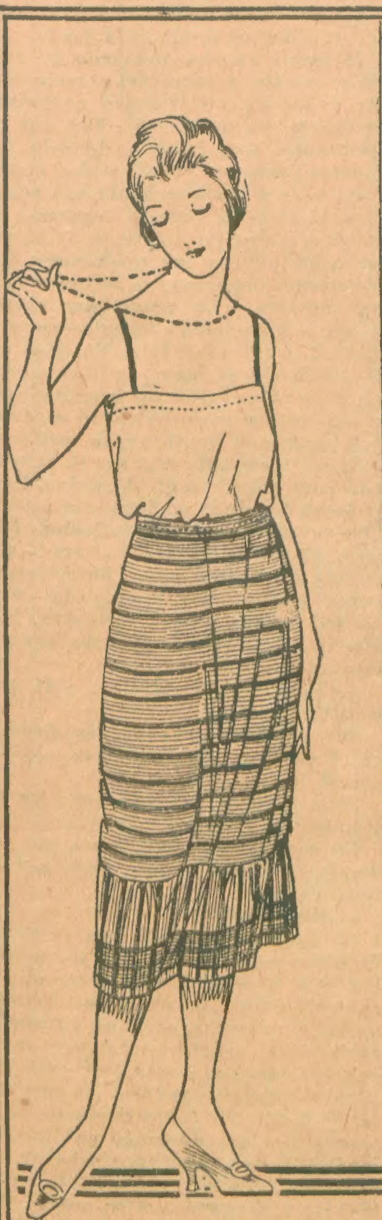


—Ay, señor. ¡De buena gana pagaría cien mil pesos por oirle.
—Es usted muy amable, señora.
—No, señor; soy sorda.

Las GRANDES REBAJAS DE PRECIO
que realiza actualmente

GATH & CHAVES

son el resultado de un sereno y ordenado estudio del momento, como nuestra mejor contribución a la bien entendida economía en todos los hogares, identificados tradicionalmente con esta institución, considerada en todos los ámbitos del país como la Casa Confianza por excelencia.



VISOS confeccionados en zephir fantasía con guarda, distintos colores, a

$ 2.50

ANEXO



BATONES de zephir liso y fantasía, calidad inmejorable gran variedad de modelos surtidos, en todos los colores y talles, a $ 9.90 y $ 6.90

ANEXO



TRAJE TAILLEUR, confeccionado en rico brin de hilo, en colores de moda, chaqueta con cuello de alta novedad, prolijamente adornada con botones, a . . $ 29.-

ANEXO

TRAJE TAILLEUR, confeccionado en rico género epongé, colores de gran novedad, pollera tableada a los costados, elegantísimo modelo de rigurosa moda, a $ 29.-

MATINÉE zephir en colores fantasía, muy buena clase, forma muy práctica, a

$ 4.90

BLUSAS en voile bordado y vainillado, linon y batista de hilo, a pesos 6.90, 4.90 y

$ 2.95

ANEXO



Agencia de Gath & Chaves en Mar del Plata
RAMBLA 57 y 58
U. T. 923, MAR DEL PLATA

The South American Stores

Gath & Chaves Ltd

CASA CENTRAL: FLORIDA y CANGALLO • ANEXO: Av. de MAYO, PERÚ y RIVADAVIA

Artículos para Baño, a precios excepcionales.

GENTE DE "GECHÚ"

por GUASTAVINO

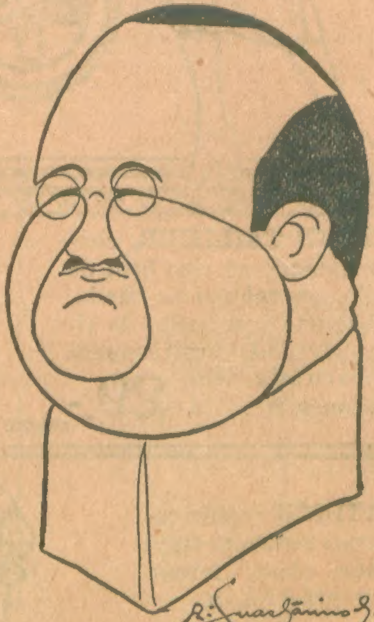
"Gechú" — apócope geográfico de Gualegaychú—es una de las ciudades más ponderadas y simpáticas del litoral. En "Gechú" han nacido docenas de hombres de rango, de ilustres varones que cuspidearon y cuspidean en el escenario nacional. Para muestra basta un botón: Carlos M. Muape, considerado como el primer ornitólogo argentino.



José Bolfo, rector del Colegio Nacional. —De brillante actuación en el mundo pedagógico. También bajó a Buenos Aires, donde hizo bohemia en la época en que culminaban Florencio Sánchez y Antonio Monteavaro. Tiene clase. Colgó el hábito de Murger y agarró la vida por el lado de los palos de la enseñanza secundaria. ¡Addio, "Cosmopolita!"... Años después, dirigía uno de los primeros colegios particulares de la metrópoli. Radical—de los buenos, ¿eh?—se hizo presente en el momento en que Hipólito llegaba al disco presidencial. Ligó dulce de leche: nombráronle director del colegio nacional de "Gechú".



Luis Doello Jurado, más conocido por el "viejito Doello". Es, sin duda alguna, uno de los más robustos cerebros de la tierra de Urquiza. En sus "mocedades" anduvo por diarios y revistas porteñas, dejando imborrable huella de su abundante talento. Después, volvió al pago, para abrazar el profesorado y dedicarse a la pesca de "patises". Todo un experto en líneas y anzuelos, espineles y carnadas.



El teniente coronel José L. Etchichury, jefe del regimiento 10 de infantería.



El pintor Juan Manuel Gavazzo Buchardo.—Primo hermano del popular y movedizo Arturo Gavazzo y Gambaudi, carta brava de nuestro colega "La Nación". Estudió en Francia y recorrió España e Italia.



El presbítero José M.ª Colombo.



Don Emilio Goyri, diputado provincial, radical, gran amigo del Supremo Restaurador, con quien, a las veces, suele matear en el histórico agujero de la calle Brasil.

desconocida lo hacía continuar sentado.

Pasaron algunos segundos.

Los muchachos, que habían crecido considerablemente en número, principiaron de repente a armar algazara y a tirarle cortezas de banana y otros desperdicios. De cuando en cuando, repetían a grito herido:

—¡Buenasuerte! ¡Buenasuerte!

Encendido en ira, Juan se puso en pie y los amenazó con el puño, instándoles a que se alejaran. ¡Que si quieres! Los pequeños bandidos parecían estar en su elemento. Viendo su disgusto, se entusiasmaron más y más y redoblaron sus diabluras.

Exasperado, el joven dió algunos pasos hacia ellos, con ademán de perseguirlos, diciendo:

—Por favor, déjenme tranquilo. Váyanse de aquí.

Pero los muchachos siguieron como si tal cosa.

Entonces, perdida la paciencia, ciego, sin saber lo que hacía, inclinóse hacia el suelo, se apoderó de un trozo de madera que cayó a su alcance entre los escombros y lo arrojó violentamente contra la turba alborotadora.

Fué como un milagro. En un abrir y cerrar de ojos, con la rapidez que sus piernas se lo permitían, todos los niños se dispersaron. No; todos no. Uno de ellos vaciló un momento, giró sobre sí mismo, y... cayó redondo.

Aquello había ocurrido con tanta rapidez y de manera tan imprevista, que Juan estaba como alelado y miraba al niño sin comprender. De pronto se le acercó y lo sacudió y lo palpó afanosamente. ¡Era cadáver! Por una fatalidad, el trozo de madera, que tenía un extremo agudo y filoso, había ido a darle de punta en la sien y le había producido la muerte. Ante la horrible verdad, el joven comenzaba a creer que era víctima de un íncubo, de una monstruosa pesadilla. Empero principiaron a acudir hombres, mujeres, todos los transeuntes y la gente del contorno, y esto lo volvió en sí.

En breves momentos formóse en el solar una multitud curiosa y horrorizada. Por todas partes no se oían más que preguntas, respuestas y exclamaciones.

—¿Qué ha sucedido?

—¿Qué pasa?

—Han asesinado un niño.

—¿Quién? ¿Quién lo ha asesinado?

—Aquel que está allí.

—¿Cuál?

—Ese que está sin sombrero. ¿No lo ve usted?

—Sí, sí: lo veo.

—¡Canalla!

Juan, en medio del gentío, pálido, blanco, empezó a agitar los brazos, a retorcérselos, a balbucear, para explicar lo ocurrido.

—Fué sin querer...—decía.—Tiré a los muchachos ese palo, porque me molestaban, y di a éste en la cabeza... No quise hacer daño...

El populacho, no obstante, siguiendo su impulsivo instinto, que siempre que hay una víctima quiere encontrar un culpable que inmolar, no daba crédito a sus palabras; lo miraba con hostilidad manifiesta.

—Fué sin querer... No quise hacer daño—insistía el joven.

—¿Sin querer? No lo sabemos—le contestó uno con tono despreciativo y sin mirarlo.

—Ya lo averiguará la justicia—añadió otro.

—Eso es, sí. La justicia lo averiguará,—repitieron otros aún.

Una mujer mal entrazada, observando el cuerpo de la víctima, que en el sitio del golpe mostraba una mancha oscura con una pequeña herida en el centro, movió compasivamente la cabeza y concluyó, a manera de condenación para el victimario y de oración fúnebre para aquélla:

—¡Habrá almas de fiera!... ¡Pobre chico!...

Y los comentarios y las exclamaciones continuaron, formando sobre las cabezas un murmulo sordo, como el presagio de una tempestad que se condensa poco a poco para estallar en el momento oportuno. Pero esta vez la tempestad debía disiparse. De repente, haciendo cesar todas las palabras, una voz gritó:

En efecto, alguien la había ido a llamar y llegaban dos vigilantes.

—¡La policía! ¡Viene la policía!

Luego de hacer una rápida indagación, los representantes de la autoridad se dirigieron a Juan y lo tomaron de las manos, poniéndole en seguida las esposas. El protestó, excusándose, tratando de explicar el suceso con frases entrecortadas; mas los policías lo empujaron y no tuvo más remedio que seguirlos. Avanzó torpemente, y como le flaqueaban las piernas casi se cayó. Los vigilantes, creyendo que se resistía, lo tironearon brutalmente, torturando sus muñecas con los hierros.

He ahí dónde había ido a parar, sin saber cómo, el desdichado joven.

Mientras andaba inundado de frío sudor, sentía, a causa del excesivo dolor padecido, un inmenso quebranto oprimirle los miembros. Era tal su quebranto, que hubiera deseado detenerse, echarse en el suelo, morir. Pero no era posible; había que continuar la marcha. Cuando llegaron a la esquina, antes de doblar la calle, sin embargo, pidió a sus conductores que lo dejaran detenerse un instante, sólo un instante. ¡Lo necesitaba tanto! Aquéllos parecieron compadecerse y la merced le fué concedida. Volvióse entonces hacia el lugar fatídico y miró. El gentío continuaba remolineando y empinábase para divisar el cadáver, que yacía aún en tierra en medio de un círculo cerrado. Algunos se apartaban para mirarlo a él, el asesino. Bajo la áurea luz de la mañana, era aquello un cuadro tumultuoso, turbador. Empero allá, a la derecha, ¿qué era lo que se veía aún? ¡Dios santo! Su madre, su pobre madre, casi desmayada entre varias vecinas que la sostenían, tendíale los brazos y la llamaba con cariñosos nombres.

—¡Juan!... ¡Mi hijo!... ¡Mi querido hijo!

Sus cabellos grises, despeinados, caían sobre su cara marchita, bañada por el llanto senil.

Juan no pudo ver más, pues los vigilantes volvieron a arrastrarlo.

En ese instante, otro niño, que los seguía a corta distancia, gritó por última vez:

—¡Buenasuerte!

El desgraciado sintió una corriente de hielo mortal por todas sus venas. Un velo de sombra cubrió sus ojos y esparció sobre su alma una lóbrega noche. Y mientras, como un autómata, esforzábase trágicamente por caminar, consideró su destino, evocado por aquella palabra terrible. ¡Buenasuerte! ¡Oh, sí! No podía quejarse de la suerte. Habíase mostrado pródiga, en verdad. En un sólo día, sin haber hecho nada para merecerlo, habíale quitado la novia, sumía a su amada madre en la desesperación, y además... ¡además a él lo hundía en la cárcel!...

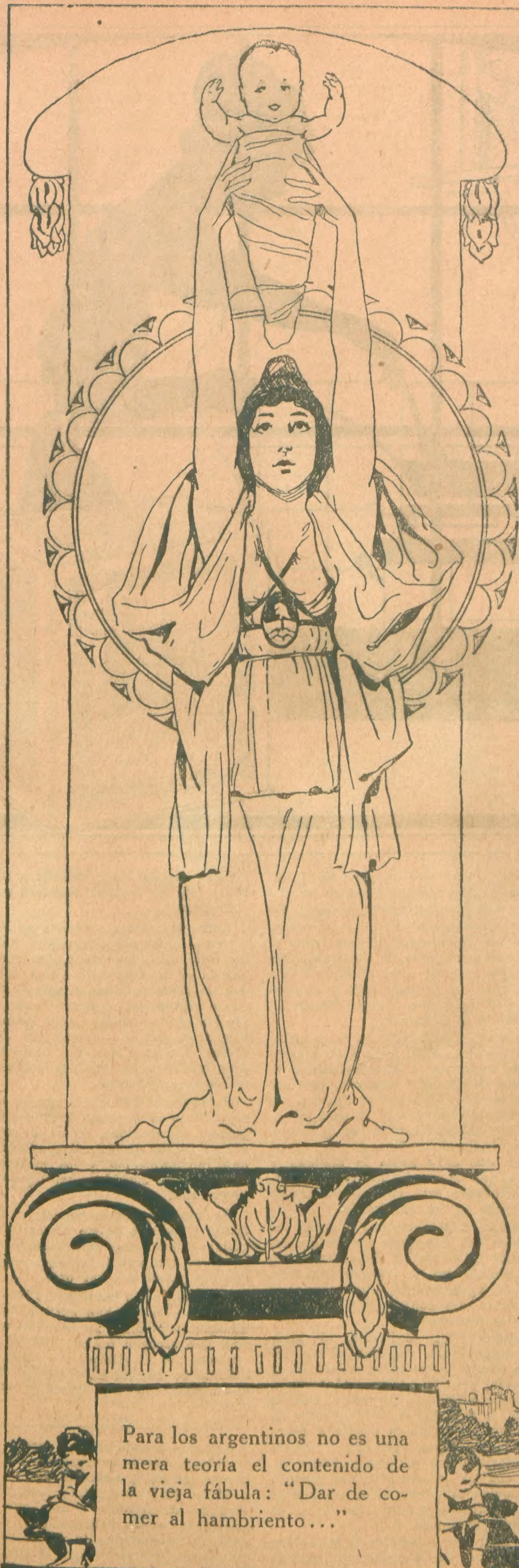
Si tú no me hablas...

Si tú no me hablas, mi dueño, colmaré mi corazón con tu silencio y lo aceptaré todo resignado.

Me quedaré inmóvil y esperaré con la calma solemne de las noches estrelladas. La mañana ha de venir seguramente; las sombras se desvanecerán, y tu voz, en torrentes de oro, romperá a través del cielo.

Entonces, tus palabras, Señor, tomarán alas en cada uno de mis cantos, y volverán en bandadas, desde mis nidos. Entonces, Señor, tus melodías florecerán, en suprema floraciones, desde el fondo de las selvas de mi alma.

Rabindranath TAGORE.



Ante el cuadro doloroso que presentan los paises europeos desangrados por la última guerra, la República Argentina -- de acuerdo con su bella tradición -- no ha podido permanecer indiferente.

Dentro de breves días y en cumplimiento de la Ley N.° 11032, el vapor nacional "BAHIA BLANCA" conducirá para la población de Viena, un valioso y utilísimo cargamento de víveres destinados a los seres que padecen en aquel país y que llegará, en hora oportuna, a remediar algo del gran mal.

Pensando que los niños es la parte más interesante y simpática a socorrer, la Comisión de auxilios a Viena, ha adquirido una importante cantidad del popular alimento argentino

"Germinase"

producto que se destaca brillantemente como elemento imprescindible para la vida y la salud de los pequeñuelos.

Anotamos complacidos la distinción que ha merecido este utilísimo y honesto producto de la Industria Nacional.



LA POLIANDRIA EN EL HIMALAYA
Mujeres con varios maridos

Las costumbres sociales de las razas primitivas son una consecuencia del terreno que les rodea en proporción directa con su aislamiento. El contacto con pueblos nuevos, la adaptación de una nueva religión modifican las costumbres antiguas. La persistencia de la poliandria en el Tibet, en Ladakh y otras partes del Himalaya es un ejemplo de lo expuesto.

En las comunidades primitivas el hombre crea una familia tan numerosa como le es posible sostener y por eso encontramos la poligamia en los países en donde la vida es fácil, donde la lucha por la existencia no es severa.

Muchas mujeres quieren decir muchos hijos, por lo que, en los países en donde hay que hacer grandes esfuerzos para sostener a una numerosa familia, la poligamia ha desaparecido. Sin duda que el cristianismo ha tenido gran influencia en la casi desaparición de la poligamia entre los pueblos civilizados, pero en general la poderosa razón ha sido la dificultad de que dos solas manos den abasto para sostener a muchos individuos.

La poliandria en las altas tierras del Himalaya es una consecuencia natural de las difíciles condiciones de vida en aquellas regiones.

En Ladakh, región oriental del Himalaya en el estado indio de Cachemira, las costumbres sociales y religiosas, son las mismas que en el Tibet, y la poliandria presenta fases originales curiosísimas para el extranjero.

Las ceremonias nupciales son de las más extrañas.

El matrimonio entre los ladakis se toma con una gran seriedad; es un asunto mucho más formal que entre los pueblos occidentales. Entre nosotros, por regla general, nadie se casa mientras no cuente con medios para sostener a su mujer y a la familia futura. El ladaki soltero ve llegar la muerte con el horror que un católico ferviente y convencido la viera llegar sin contar con los auxilios espirituales. El ladaki se casa primero; la cuestión de poder vivir viene después.

Cuando el hermano mayor de una familia llega a los diez y ocho o veinte años, se busca por medio de sus padres una novia de su misma edad próximamente, y se prepara la boda.

El novio vestido con vistoso y limpio traje, quizás por única vez en su vida, va a casa de la prometida y se encuentra la morada de la novia rodeada por un círculo de parientes de la muchacha que forman su guardia personal. En parte por medio de razonamientos, pero más aún por el regalo de un pellejo lleno de "chang", especie de cerveza, les convence para que lo dejen pasar el cordón, que atraviesa, y se dirige a la puerta en donde se encuentra con un grupo de mujeres, especie de guardia interior que se oponen furiosas a que entre en el domicilio el apuesto doncel. Las furias aquellas le amenazan con porras, le insultan, hablan de los defectos de su familia y de sus antepasados, y se oponen a que se apodere de aquella riquísima joya que aguarda en el interior. Ni las palabras, ni la fuerza convencen a aquellas furias que a todo trance se oponen al paso del novio, hasta que los amigos de éste traen el poderoso argumento, la llave que abre todas las puertas: otro pellejo de cerveza, que con algunas sartas de abalorios y turquesas dejan franca la puerta de la fortaleza.

El novio, que parece no tiene prisa por tomar posesión de su futura esposa, en lugar de ir directamente a la cámara donde ésta aguarda, prefiere antes celebrar el triunfo; llama a los músicos, pide cerveza y se pasa la noche, allí mismo, con los amigos cantando, bailando y libando sin cesar, juerga que dura hasta la mañana y en la que la novia no toma parte, pues durante este tiempo permanece encerrada en su habitación.

Cuando el sol empieza a dorar las cumbres del Himalaya, los amigos recuerdan al novio su deber trayendo otro pellejo, no de cerveza esta vez, sino de agua helada, que echan por la cabeza del contrayente para quitarle la borrachera.

Entonces los invitados, al verle más despejado le empujan al interior de la casa y le conducen al cuarto de la novia, pero la puerta está cerrada. El novio araña en la puerta, sale la novia, se agarran los contrayentes de la mano, traspasan la puerta y fuera se encuentran con parientes y amigos armados con los pellejos y botas vacíos, con los que sacuden una felpa a los novios mientras éstos rompen el cordón humano y corren en busca de un lugar tranquilo.

Desaparecen y después de la carrera de baquetas ya se consideran marido y mujer.

El hermano mayor queda casado y es considerado el jefe de la casa, pero todos los hermanos del novio se consideran esposos de la cuñada y tienen sobre ella los mismos derechos que el primogénito.

Entre las clases elevadas se limita a tres el número de hermanos, y cuando éstos son numerosos, los otros o entran en un convento o son adoptados en otras familias donde el número de esposos no es muy crecido. Entre las clases media y baja todos los hermanos, sea el número que fuese, tienen el mismo derecho sobre la esposa y sobre la propiedad, terrenos, rebaños, etc., de ésta.

Sucede con frecuencia que la novia no es feliz en su nuevo estado o no le gustan sus maridos, en cuyo caso se vuelve a casa de los padres; éstos dan una indemnización a los maridos, y la esposa se considera ya legalmente divorciada.

En caso de que la esposa no diera fruto, el marido puede tomar una segunda y hasta una tercera esposa. Si la esposa tampoco tiene hijos con tres maridos puede aceptar otro.

Las makpo son las hijas de los cuartos hermanos que han entrado en las lamaserías. "Estas no se casan nunca sino que escogen los maridos que les agradan por el tiempo que quieren." Cuando se cansan de ellos les despiden regalándoles una cabra, y buscan otro.

Actualmente el mundo entero está ansioso por conocer teorías o realidades acerca de la alimentación.

El Dr. E. V. Mc Collum, de la Universidad de Baltimore, dice que una minuciosa revista de las raciones de víveres de los pueblos de varias partes del mundo, demuestra que el alimento es un factor de mayor importancia que el clima para determinar el éxito y progreso de los pueblos tanto desde el punto de vista físico como mental.

LA PARTIDA

El tren se va a poner en movimiento,
pero a treparme nada me convida;
¡cómo habla al corazón esta partida
y cómo le estremece el sentimiento!

Ya la marcha rompió. Vuela sin tregua
dejando atrás cuanto era dulce y grato;
¡cuántas cosas se esfuman en un rato,
mientras recorre un tren legua tras legua!

Barrancas de San Pedro, ¡qué distantes
están ya tus paisajes placenteros,
tus rincones, tus pájaros parleros
y tus aguas serenas y sedantes!...

Chica de los ojitos soñadores
y del rostro mojado en luz de luna;
chica de las mejillas sin colores
y del acento de canción de cuna:

¡Si vieras el poeta cómo evoca,
con suave y melancólica ternura,
tu mirar, tu sonrisa, tu dulzura
y el halo de pureza de tu boca!

Aun le parece estar bajo el hechizo
que fluye de tus ojos de "madonna",
y de cuanto hay de lindo en tu persona
que tiene algo de ser de paraíso.

¿Recuerdas? En un ángulo olvidado
del salón, conversábamos sin ruido
de los sueños de amor que se han soñado
y que nunca en la vida se han vivido.

Y cuando yo miraba tus dolientes
pupilas, que un romance iban tejiendo,
tú bajabas los ojos, escondiendo
el teclado de perlas de tus dientes.

Vivíamos la dicha honda y secreta
de hacer volar hacia una misma estrella,
la mariposa azul de una doncella
y el pájaro celeste de un poeta.

De pronto entró al salón, grave y sonora,
una voz agresiva como un rayo:
"¡Es preciso partir; es ya la hora!"
Y temblamos los dos en un desmayo.

Te di la mano sin poder mirarte,
herido de letal melancolía,
y te dije "Hasta pronto"... aunque sabía
que ya nunca jamás iba a encontrarte.

¡Qué triste realidad tronchaba el sueño
que estábamos hilando dulcemente!
¡Y cómo obscurecióse de repente
la estrella que guiaba nuestro ensueño!...

Quizá un minuto más, quizá una frase
que no dije,—la misma que tú ahogaras—
hubiera decidido que te amase,
hubiera decidido que me amaras.

Yo era, tal vez, el hombre que soñaste;
tú, acaso, la mujer que yo buscaba,
y cuanto tú de mí te imaginaste,
yo lo mismo de ti me imaginaba.

Pero ¡ay! que en este mundo no se alcanza
la dicha del amor que se ha soñado;
los sueños van forjando una esperanza
que antes de realizarse se ha esfumado.

Por eso desde el tren en que se aleja
el poeta te da su despedida
y en versos sencillísimos te deja
la emoción que preside su partida.

El se va para siempre, peregrino
de un lejano país nunca encontrado,
y seguirá detrás de su destino,
que es el vivir cantando y engañado.

Quizá en lejana hora de amargura,
viéndote amada pero no dichosa,
vaya mi nombre a levantar la losa
de un borroso recuerdo de ventura.

Y entonces vivirás el día olvidado
en que hablabas conmigo, sin ruido,
de los sueños de amor que se han soñado
y que nunca en la vida se han vivido.

Carlos C. Sanguinetti

La luna grande y la luna pequeña

¿Por qué la luna, cuando aparece en el horizonte, es mayor que cuando se la ve en las alturas? Todos nos lo hemos preguntado muchas veces y siempre nos hemos supuesto que se debe a un miraje, es decir, a una ilusión óptica producida por la refracción al atravesar la imagen luminosa capas atmosféricas de diferente densidad, más densa en el horizonte que en capas elevadas.

Pero aunque no se haya desechado esta explicación parece ser que la ilusión óptica proviene de otra causa probable.

Trazad en un papel blanco dos líneas formando un ángulo, y después, en la parte interior, dibujad dos circunferencias de diámetros iguales, una cerca del vértice y otra más lejos, pero teniendo cuidado que ambas circunferencias tengan sus centros sobre la bisectriz del ángulo.

En seguida veréis que el círculo cercano al vértice parece ostensiblemente mayor que el otro, a pesar de ser iguales.

Si variáis de experiencia y dibujáis una de las circunferencias cerca del vértice y la otra fuera del ángulo, en otro papel independiente, ocurriría el mismo fenómeno: la circunferencia inscripta en el ángulo parecerá mayor que la otra.

El doctor Ponzo recordó en una revista italiana este fenómeno de ilusión óptica, y pensó que en esta ilusión visual podía estar fundado el aumento aparente de la luna.

Cuando, en efecto, vemos la luna en el horizonte, la línea de visión etre ella y nuestros ojos forma un ángulo agudo con el plano de la Tierra; tiene la vista un punto de referencia, el suelo, el horizonte, y por ello, como en el caso del dibujo al tener por referencia las líneas del ángulo, las dimensiones del círculo aumentan.

Cuando la luna está en medio de la bóveda celeste no hay ángulo posible, no hay línea de referencia y la luna aparece más pequeña.

Esta hipótesis queda reforzada por el hecho de que a veces, cuando la luna está elevada, pero cerca de un macizo de nubes, parece mayor que cuando se la ve desde el mismo sitio y a la misma altura, pero con cielo despejado.

Señal de que las nubes ofrecen el punto de referencia, que en su ausencia falta y que parece indispensable para producir la ilusión visual.

UNAMUNO Y JUANA DE IBARBOUROU

Señora doña Juana de Ibarbourou.

He leído, señora mía, primero con desconfianza y luego con gratísimo interés y agrado, su libro "Las lenguas de diamante". La desconfianza es en mí antigua por lo que hace a poesía de mujeres. El soplo poético de una Safo que supo desnudar castamente su alma — que cuesta más que desnudar el cuerpo — en sus versos, desapareció casi con el cristianismo. Después, el llamado amor místico ha sido una hoja de parra, cuando no una máscara. Aquí, en nuestra España, v. gr., creo que los versos más cálidos son los de Carolina Coronado, pero si cuando habló su alma de madre, cantando a su hija, es incomparable, sus versos al "amor de los amores" son una hoja de parra, una hoja reseca y arrugada por un ardor oculto y así le falta la frescura. Una mujer, una novia, aquí, no escribiría versos como los de usted aunque se le vinieran a las mientes y si los escribía no los publicaría y menos después de haberse casado con el que se los inspiró. Y si una mujer, aquí, se sale de la hoja de parra de mistequerías escribidoras es para caer en cosas ambiguas y malsanas. Por eso me ha sorprendido gratísimamente la castísima desnudez espiritual de las poesías de usted, tan frescas y tan ardorosas a la vez. Y al enviárselas, como me pide, a J. R. Giménez y a los Machados, se las recomiendo.

Claro que en sus poesías hay, para mi gusto, desigualdades. La nota triste, descorazonada y pesimista no le sale a usted bien. Me parece que se imagina, más que siente, el desengaño. Le debe de tener a usted muy presa la vida. Y que esto le dure mucho. "La espera", "Lo que soy para ti", "La hora", (estupenda), "Implacable", "El fuerte lazo", "Te doy mi alma", "La cita", "Las parvas", "La promesa", hermosísimas, hermosísimas.

Releí su libro volviendo a leerlo en voz alta a un amigo ciego, poeta también, a quien acompaño a diario y a quien sirvo de lazarillo y de lector, y no sabe usted lo que le impresionó "La angustia del agua quieta". Por lo demás fué él quien me sugirió — ¡a mí, profesor de literatura griega! — el recuerdo de Safo; el de la Safo histórica, por supuesto, no de la legendaria. Y ahora, ¿a qué vendría que le hablase a usted de lo que creo inexperiencias de léxica, de ciertas pequeñas violencias del lenguaje y de sumisiones a la tiranía de la rima? Eso importa poco.

Lo que sí creo es que debe usted dejar las tristezas hasta que ellas le vengan — que desgraciadamente, teniendo como usted tiene un alma sensible y hasta ardiente le vendrán — y le basten cuando usted dice:

Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca
se te oprima en los labios!

suena ello a algo natural, espontáneo, sentido (yo en vez de "oprima", vocablo demasiado literario, habría dicho "apriete") pero cuando añade:

Después será cenizas bajo la tierra negra,

esto me parece más razonado que sentido. Así, "Lacería" me agrada pero no me convence. Y no es que yo no guste ni sienta ese sentimiento: al revés, lo siento acaso más que el otro y he propendido siempre a lo elegiaco más que a lo idílico, pero en usted me suena algo así como uno que dueño de una lira de excepción, quisiera tocar todas sus cuerdas y alguna de ella era de prestado.

Su libro me interesa. He de decir algo más, y no a usted sola, de él.

Veo por su apellido que tiene usted sangre vasca, pues su apellido, aunque usted lo escriba a la francesa, es vasco puro—"cabecera del valle" significa — y yo soy vasco puro.

La saluda con toda su simpatía

Miguel de UNAMUNO.

La pobreza de la antigua Roma

Según Ferrero, aun en los tiempos de su mayor esplendor, Roma era pobre comparada con el mundo moderno. Hasta en el segundo siglo de nuestra Era, cuando figuraba al frente de un inmenso imperio, Roma constituía una población más pequeña, menos rica y menos importante que cualquiera de las grandes metrópolis actuales de Europa o de América. Toda su grandiosidad se reducía a unos cuantos suntuosos edificios públicos y a cierto número de casas particulares bonitas.

Además de esto, los palacios de los Césares en el Palatino constituyen unas ruinas grandiosas que entusiasman al atrista y hacen pensar al filósofo, pero si cualquiera mide los restos para calcular por ellos las proporciones del conjunto, se convence de que aquellas construcciones no podían rivalizar con los grandes edificios modernos. El palacio de Tiberio, por ejemplo, se alzaba en una calle de dos metros de ancho nada más, es decir en un callejón semejante a esos que todavía se ven en algunas ciudades antiguas y en los que sólo vive la gente más pobre.

Los banquetes imperiales de la antigua Roma nos los figuramos como el colmo de la riqueza y de la esplendidez y, sin embargo, si Nerón o Heliogábalo resucitasen y vieran los comedores de uno de los grandes hoteles de París o de Nueva York, resplandecientes de luz, de cristalerías y de plata, seguramente les parecerían mucho más admirables que los salones donde daban sus festines imperiales. Los antiguos eran muy pobres en lo tocante a luz artificial, tenían pocos vinos donde escoger, y no conocían el té, ni el café, ni el tabaco, ni los innumerables licores que se consumen en estos tiempos. Comparados con nosotros los romanos eran todos espartanos, pues por mucho que gastasen, no tenían medio de despilfarrar.

Los monitos

Los monos recién nacidos se encuentran con tan pocas aptitudes como los seres humanos. Durante los primeros quince días se pasan el tiempo casi inmóviles, durmiendo, mamando, recibiendo las caricias de la madre y mirando a su alrededor. Durante este tiempo, el cuidado y la solicitud de la madre es ejemplar; el menor ruido o movimiento llama su atención, y, si es inusitado, toma a su "bebé" en brazos y huye esquivándose con hábiles maniobras. Al cabo de la quincena el monito empieza sus primeros conatos de vida independiente y se atreve a alejarse un poco de la madre, siempre seguido de ésta, que a veces le enseña a hacer los movimientos adecuados. Pero en toda ocasión, apenas prevé algún peligro, la madre se apodera de su hijo y corre en busca de refugio. Cuando el monito tiene unas seis semanas de edad, necesita ya un alimento más nutritivo que la leche y la madre misma le enseña a procurárselo. La solicitud materna continúa rodeándolo por mucho tiempo más, y si en esa tierna edad llega a morir, la pena de la madre es tan intensa que a menudo le causa la muerte.

Sección vermouth

PARECIDO

—¿En qué se parece un reloj a un tabique?

—En que se para.

LOS FARMACEUTICOS

Juan en cierta ocasión visitó a un abogado para consultarle un caso en extremo difícil. El abogado le dijo que estudiaría el asunto y le manifestaría su opinión por carta.

Efectivamente, a los pocos días Juan recibió una carta del abogado, que iba acompañada de un papelito conteniendo las instrucciones de lo que era necesario hacer cuanto antes.

La letra del abogado era muy mala. Juan no la entendía. Para que le descifrara el escrito, decidió Juan visitar a un maestro de escuela. El maestro de escuela tampoco entendió la letra del abogado. Juan decidió visitar al párroco de su parroquia, pero el cura tampoco supo leer las instrucciones.

—¿Cómo saldré del apuro?—se preguntó Juan.

—Ah, pensó. Pérez que es farmacéutico y está acostumbrado a leer las recetas de los médicos, entenderá el escrito. No cabe duda.

Y Juan fué a visitar a Pérez.

Cuando Juan le entregó el escrito a Pérez, éste se puso los anteojos sobre la nariz, examinó el escrito y luego seriamente dijo:

—Vuelva usted dentro de media hora y estará preparada la medicina.

ENTRE AMIGOS

Luis encuentra a Pepe.

—Debes venir al café conmigo,—le dice.

—No,—le responde Pepe,—no vengo, precisamente porque "debo".

ESPOSO AMABLE

Juana y Leopoldo han terminado la luna de miel. Juana se queja amargamente, porque es el día de su cumpleaños y su esposo no le ha hecho regalo alguno.

—Eres un mal marido, no me quieres. Cumplo los años y no me has regalado ni una flor.

—¡Qué injusta eres quejándote! exclama el marido.—Así pagas mi delicadeza al no recordarte que tienes un año más.

EL AVARO

Pipirí le pregunta a su padre.

—Oye papá, ¿qué es un avaro?

—Un avaro es un hombre que quiere vivir pobre para morir rico.

FILOLOGICAS

—¿Cómo se llama al hombre que se casa con dos mujeres?

—Bígamo.

—¿Y el que se casa con tres?

—Idiota.

CHUPITEGUI EJEMPLAR

Míster John es un explorador famoso. Su único defecto es que le gusta demasiado la bebida. Particularmente el whisky.

Un día, después de un viaje al Africa, explica sus aventuras:

—De lo que se sufre mucho en el Africa—dice— es de sed. En cierta ocasión, hallándome acampado cerca del río Abtabout, me di cuenta de que todos mis bebestibles se habían terminado. No me quedaba nada, ni whisky, ni aguardiente, ni caña. Pasé tres días sufriendo lo indecible. No pudiendo resistir más, el tercero me bebí una botella de tintura de iodo y una lata de barniz.

—¿Pero no dice usted que se hallaba junto al río Abtabout? ¿Es que no llevaba agua tal vez

—Sí, era un río profundo; pero cuando un hombre tiene sed no piensa en bañarse.

Míster John ignoraba que el agua era una bebida.

UNA OBSERVACION

Agustina y Ezequiel buscan casa. Han visitado varios edificios. Uno de ellos le agrada bastante a Ezequiel, y le pregunta a Agustina:

—¿Qué te parece a ti la casa? ¿La alquilamos?

—Me gusta.—responde Agustina, pero observé que los techos eran muy bonitos, no así el piso. ¡Realmente el piso no estaba a la altura del techo!

EN LA PLAYA

Pipirí y Pocholo han ido a la playa, acompañados de sus respectivos padres, a bañarse.

—Más me gusta estar con tu papá que con el mío, dice Pipirí.

¿Por qué?—pregunta Pocholo.

—Porque el tuyo es más gordo y hace más sombra.

INDIRECTAS

Un nuevo dependiente entra en la oficina. El jefe le dice:

—En mí tendrá usted un segundo padre, sin que eso quiera decir que deba usted considerarme como tal el día de mis cumpleaños, 28 de enero, ni el día de los de mi señora, 6 de julio, ni en el aniversario de mi matrimonio, 29 de octubre, ni el día de mi santo, ni los días del santo de mis parientes...

LA LENGUA DE LOS AMIGOS

Dos jóvenes hablan de don Ruperto Puñoestrecho. Son amigos suyos. El uno dice:

—¡Qué vanidoso es don Ruperto! Siempre se alaba diciendo que él nunca fumó más que la mitad de un cigarro.

—Y lo que dice es cierto,—responde el otro. Pero se calla un pequeño detalle. Antes de enriquecerse fumaba puchitos, y ahora no dice que no siempre fumó la misma mitad.

CONSEJO INUTIL

Un naturalista eminente encuentra en el bosque a un hombre cargado con un cesto de setas.

—Tírelas en seguida,—le dice el sabio. Vea usted que son venenosas.

—¡No importa, señor,—contesta el hombre. ¡Yo no he de comerlas!

DEL DICHO AL HECHO

Un músico atorrante se alaba a sí mismo diciendo:

—Aunque me vea en esta situación soy un gran músico. Yo hago lo que quiero con el instrumento.

—¿Sí?,—le responden. ¡Entonces haría usted bien haciendo un traje! ¡Le hace a usted muchísima falta!

UN PRETENDIENTE

Gumersindo ha solicitado formar parte de la banda del regimiento.

—¿Usted quiere formar parte de la banda?—le pregunta el capitán.—¿Qué instrumento toca usted?

—El acordeón.

OFICIO PELIGROSO

—¿Cuál es el oficio, pregunta Malacha, que obliga constantemente al que le ejerce a exponer la piel?

—No sé.

—El de peletero.

MANJARES RAROS

Yo tengo unas amigas,—dice Malacha,—que comen sal y hojas de menta.

—¡Qué macana! ¿Por qué?

—Porque la "sal-y-menta".

INGLESES DE PURA CEPA

El trasatlántico "Bristol" se estrelló contra un iceberg durante su travesía por el mar del Norte.

Se fué a pique.

Casi todos los pasajeros se ahogaron.

Atados a un palo del buque, Lord Cleyton y Sir Williams lograron salvar la vida y, llevados por las olas, llegaron a una isla desierta.

Allí pasaron diez años sin que ningún buque pudiera recogerlos.

Al cabo de aquel tiempo, un velero que, por casualidad, pasó cerca de la isla, vió las señales que le hacían los dos Robinsones.

El capitán del barco mandó una lancha a la isla y transportó a los dos náufragos a su nave. Una vez llegados les tomó el nombre, la edad y la nacionalidad.

Lo que más sorprendió al capitán es que durante todo el tiempo transcurrido desde su llegada los dos ingleses no se habían dicho ni una palabra.

—¿Está usted enojado con Sir Williams?,—preguntó a Lord Cleyton, muy intrigado, el buen marino.

—¿Quién es Lord Cleyton?—interrogó Williams, sorprendido.

—¡Demonios! ¿Quién quiere usted que sea? Es el hombre que permaneció con usted diez años en la isla desierta...

—Ah... sí... No estamos enojados, no señor. Pero sólo le conozco de vista y nada más; nos saludamos... Verá usted... ¡Es que no fuimos presentados nunca!

EL HOGAR DEL "NOUVEAU RICHE"



El señor Acumulaplata elige un cuello para el día.

LOS PAREJEROS

por Carlos MOLINA MASSEY

(Del libro "Los reposos del viajero", recientemente aparecido)

I

Aquel redomón que Marcos había comprado en la feria de las Tres Flores, era todo lo que había que ver en el pueblito.

Al atardecer ya estaba aperado el zaino. Y por un punto de coquetería de su dueño mozo, se pasaba a veces el animal atado al palenque hasta entrada la noche, escarbando el suelo con el casco fino, o resoplando de impaciencia cuando cruzaba a galope algún jinete por la calle polvosa.

El alero del rancho daba frente a la calle. Allí solía Marcos pasar hartas horas.

Todo su amor de gaucho estaba pendiente de su parejero: primero, porque le había costado sus ahorros; y después porque él mismo lo había domado con cuidados de dueño: lo había palenqueado a su manera, hacia fines del otoño, y lo había jineteado solo, una tarde, en las afueras del camino.

Ahora estaba el zaino entregado y mansito, hecho a la vida del poblado, pero brioso y escarbador como cumplía a su prosapia.

—Es un tapado que ha de salir flojazo—auguraban los otros gauchos haciendo corro en la pulpería—Ahí está, no más: por qué no le ha querido correr al zarco de don Ayala?

Marcos no se preocupaba de ello. Seguía vareando el zaino de mañanita, con una reserva maliciosa que escapaba a la sagacidad de los vecinos, y por las tardes, prolijamente ensillado, lo dejaba vivacear en el palenque.

Algo tenía que ver con esto la linda cara de la muchacha de enfrente, aquella que asomaba a la puerta del rancho de don Ayala su silueta movil como una onda, y el seno firme, redondeado como fruta tempranera.

Cuando Marcos montaba el parejero para ir a pasear sus gallardías ante los ojos codiciosos de los otros gauchos, en la calle ancha, pasándose frente a ella, que lo miraba riente, le decía:

—A Dios...

—Adiós—contestaba la muchacha.

—...le debo la vida—concluía él, acariciándola con su mirar ladino.

Por encima del cerco, en el patio del viejo Ayala, veía Marcos el rival del zaino, aquel zarco pangaré mentado del paisanaje: guapo y ligero, y ganador como ninguno.

Lindo criollo de ley el viejo Ayala: carrerista, y tabero, y bancador en las bochas, y bueno para lo que rayase. En su rancho de gaucho pobre no faltaba la yerba. Era cuidadoso de su Genoveva, y parecía tenerle cariño a Merceditas, aquella chicuela vivaracha que conoció de tres años, cuando se alzó con la vieja y en ancas se las trajo a las dos para el poblado.



—En trescientos metros le corro—propuso Marcos al viejo, una tarde, leteniéndose con el zaino frente a la puerta.

—Le corro en mil.

—¡Cállase, don Ayala! ¿No ve que todavía el zaino es muy nuevito?

—Entonces déme peso en los trescientos.

—¡Tampoco!...

Y la apuesta no pudo concertarse.

II

Se acercaba el invierno; el trabajo escaseaba. Marcos resolvió aceptar el puesto de capataz que le ofrecían en la estancia vecina.

Las conversaciones seguían entre el gauchaje, y ahora el zaino tenía sus partidarios.

—¿Por qué no le aceptó en los trescientos el viejo?—decían.

—¡Vea, salirle pidiendo peso a un redomón!

—¡Arrolló como pata asada!

Algo llegó a los oídos del viejo, y eso sin duda había enfriado sus relaciones con Marcos.

Se saludaban apenas.

Entretanto, Merceditas parecía haber crecido; un sonrosado tenue de sazón de fruta suavizaba su rostro moreno. Cuando veía al mozo, la respiración angustiosa deprimía su corpiño, y lo hinchaba como si fuera a estallar.

Un día, en la puerta de la casa, se le acercó Marcos.

—Me voy a trabajar al campo—le dijo—¿Quiere que la lleve?

—No sé si mama querrá—contestó la muchacha roja de placer.—Mañana le contesto.

Y al otro día:

—Dice mama que sí.

—¿Y el viejo?

—También: dice que si el mozo me gusta...

III

Era muy de mañana. Había un vaho fresco de rocío abajo y estaba colorado como la boca de un horno el cielo.

Bien montado en el zaino cosquilloso, un poco atrás el cojinillo que ceñía por el borde la encimera del pegüal, cruzó Marcos al paso todo el ancho de la calle y se detuvo frente al cerco de don Ayala.

No había dormido aquella noche el viejo; se había acostado un rato y se había levantado después, para andar por la cocina errando como alma en pena. Quién sabe qué pasiones le trabajaban: el mozo, el zaino y la muchacha rondaban en su cabeza.

Junto al fogón le encontró la luz mañanera. Y cuando Merceditas cruzó llevando en la mano el pequeño lío que encerraba su ajuar, le preguntó ceñudo:

—¿Te vas?

—Me voy.

—¡Está bueno!

La vió alejarse. Por la rendija, la vió montar en el anca del zaino. Vió cómo Marcos la ayudaba, con cuidados de gaucho fino, y entonces estallaron en él los celos y el coraje.

Sin saber lo que hacía echó mano a un cuchillo; cruzó el patio corriendo; enfrenó el pangaré. Lo saltó en pelo con un salto limpio, y como pudo repechó el portón.

Cuando salió a la calle el zaino le llevaba ya como diez cuerpos. Iba al trotecito.

—¡Párate, maula!—gritó el viejo furioso.

Y en la arremetida le tomó ventaja.

Era de arranque el zaino: apenas le cerró Marcos las espuelas, se plegó y se estiró como la disparada cuerda de un arco. Oyóse el ruido sordo de los cascos en la arena, y los dos parejeros se batieron entre una nube de polvo.

Pronto se afirmaba el camino: los cascos repiquetearon sobre la tierra dura.

—¡Párate!—volvió a gritar el viejo.

Y cimbraron los caballos al azote. Iban como ventarrón.

A los doscientos metros el zaino se arrimaba tanto, que don Ayala hubiera podido, estirándose, castigarle las crines de la cola.

También era gaucha la muchacha: iba asida a los bastos, encorvada, sin mirar para atrás. Cuando Marcos le pegó al zaino un lonjazo, ella se agachó sobre las espaldas del mozo, como si fuera con él un solo cuerpo. Y así cruzaron el arrabal.

En otro tiro de cien metros los dos parejeros mantuvieron la distancia. Entonces don Ayala cambió de mano el cuchillo, y empezó a castigar recio.

La huella atravesaba un descampado; el zaino se afirmaba, las narices dilatadas y ruidosas. A cada bote las hacía resonar.

—¡Párate, hijuna!

Recrudecieron los lonjazos.

A los seiscientos metros la derrota del pangaré fué inevitable: sudoroso, temblando, a un tirón de las riendas se paró.

Volcó el viejo la pierna y cayó de pie en el camino, el cuchillo en una mano y el rebenque en la otra.

—¡Hijuna, se la llevó!...—dijo con rabia, apretando los dientes y los puños.

El pangaré jadeaba; dos largos penachos de vapor saltaban de sus narices.

A cien pasos se detuvo el zaino; escarbó el suelo y resopló fuerte. Luego arrancó otra vez al trotecito, cruzándose de costado, como si no sintiese la doble carga.

—¡Pucha, que me había dado peso!—murmuró don Ayala, con los ojos turbios.

Y después, encontrando una excusa a su desgracia:

—Bueno, era mestizo.

Calentador para automóviles

Se ha puesto ha poco en el mercado un calentador eléctrico para máquinas de automóviles. Lo fabrica un gran manufacturero de artefactos eléctricos, quien con su fabricación ha venido a proveerles a los dueños de automóviles lo que desde hace tiempo estaban necesitando: un aparato para mantener calientes las máquinas de sus automóviles mientras éstos permanecen parados en el invierno. Mediante el uso de este aparato eléctrico, el calor se concentra en la máquina y el carburador, que es donde más se necesita.

Lo que dice la esposa de Mr. Harding

por Annabelle LEE

No obstante verse llamada a ser la próxima gran señora de la Casa Blanca y primera dama de la República de Estados Unidos, la señora Harding, esposa del candidato electo a la presidencia por el partido Republicano, se lamenta casi de no haber nacido varón.

Mrs. Harding lo impresiona a uno desde el primer momento como agradable y simpática. Es ella a la vez que afable, cautelosa y prudentemente reservada. Su trato educado no aparenta presunción ni jactancia. Reticente y poco comunicativa de primer momento, en seguida que entablé conversación con ella, su charla adquirió entusiasmo vivo y con decidida franqueza me habló de sus ambiciones, sus quimeras y de sus aspiraciones, en la política — todo esto con la imaginación no en ella, sino en su esposo.

"Mi padre — dijo — nació de una antigua familia holandesa de Pensilvania, con una tendencia al aferramiento y una voluntad hecha siempre a dominar. El se había ilusionado con que yo naciera varón, pero después del nacimiento de mi hermano dejó de pensar en eso. A mí se me enseñaba cuando aún aprendía a dar los primeros pasos, que estar en medio del camino no es todo lo que encierra en sí un viaje, sino que debía mirarse a un lado y otro, y observar y poner oído para darse una cuenta de las cosas. Y así fué como principié yo a vivir con los sentidos alerta. Esto me sirvió luego de mucho en las distintas campañas políticas de mi esposo, ya que nunca llego a confundir una cara. Yo quiero a las gentes y a las personas individualmente. Me gustan las mujeres y me parece que sé conocerlas, y si alguna dote o gracia tengo, ello es debido a la habilidad para servir de contemporizante y pacificadora. Siento intuitivamente que los antagonismos personales pueden hacerse desaparecer y que opuestas facciones pueden llegar a una amistad estrecha si alguien se toma el tiempo y usa de paciencia bastante para lograrlo".

La señora Harding me confesó que su padre se había opuesto mucho á su matrimonio con Mr. Harding, no por disgustarle éste, sino por estar empeñado en que ella siguiera una profesión. Su oposición era tan firme, — me contaba ella — que ni siquiera concurrió a la boda. El retraimiento de mi padre continuó por varios años después de nuestra boda, debido por entero a su aferramiento inquebrantable. No puedo recordar ningún caso de la época en que viví con mis padres en que no dominara siempre su voluntad en todos los actos. Nunca bruscamente, pero sí autocráticamente, su opinión tenía que ser acatada aún en los insignificantes detalles del manejo de la casa. Cuando dejé mis estudios para casarme, me regaló el "trousseau" y me dió sus bendiciones, pero aun por espacio de siete años no pudo rendirse siquiera a que hubiera intercambio de visitas entre nosotros. Yo sé que él estaba en constante lucha consigo mismo, que sabía, en fin, que nosotros podíamos vivir mejor sin él que él sin nosotros. Pero ese número de años fué necesario para moverlo a pedirnos que lo visitáramos. Mi madre llevaba tantos años de enferma que le gustaba mejor seguir la opinión de mi padre. Además, ella era de tendencia conservadora como nativa del Este, y muy apegada a las viejas formas. Si yo me hubiese guiado por sus reglas sociales, hubiera perdido muchos de los encantos y alicientes de la vida. A mí me gustan las cosas positivas, pues hay en el vivir muchas alegrías con sólo tratar de encontrarlas.

No es necesario que Mrs. Harding hable para percibir su ingenio, pues en sus ojos azulinos relumbra constantemente. Es la mujer propia para ayudar a un político, por su mentalidad, que se pudiera llamar vivir, y, cosa rara, es capaz de conservar un secreto. Por final de interviú me dijo ésto, que tiene gran alcance.

"Le diré aún otra cosa. Si mi marido es electo yo estoy segura de que él se ganará el Congreso y que los miembros de su gabinete tendrán voz en las decisiones del Presidente: no serán meros amanuenses".

ILUSION OPTICA



—¡Araca! ¡Un acróbata!

El monto total del capital invertido en la fabricación de automóviles en los Estados Unidos es de cerca de 1.400.000.000 dólares. Durante el año de 1919 la producción de automóviles y de camiones motores fué avaluada en 1.807.000.000 dólares, o sea una cantidad mayor que la del capital invertido. Este valor era representado por 1.586.787 automóviles para viajeros, que valían en término medio y al por mayor 882 dólares cada uno, y 305.142 camiones automotores que se vendieron a un precio medio de 1.388 dólares cada uno al por mayor. Varias fábricas de automóviles rivalizan con las mayores corporaciones del país en capital invertido, en empleados y operarios y en superficie de solares de instalaciones y fábricas. Una de ellas, que fabrica automóviles, camiones automotores y cuanto se necesita para instalaciones de alumbrado, emplea a 63.000 hombres y tiene 40 fábricas. Otra, que fabrica un modelo de automotor barato, emplea a 53.000 hombres, y su dueño está ahora levantando su fundición de acero, la cual ha de suministrarle cuantos materiales en bruto necesite.

La novela político-social alemana

por Arturo MASRIERA

Primeros iniciadores. — Spielahgen y Gutzkow. — Otros novelistas. — Gertstaecker, Gesraner y Richter.— El Voltaire alemán. — La reacción ortodoxa.

Es cosa difícil concretar a quién corresponda el título de creador o iniciador de la novela político-social en esta nación. Litzmann se decide por adjudicar tal primacía a Spielhagen, autor de la novela ''In Reich und glied'', especie de apología del comunismo y que funda todo el valor del esfuerzo humano en la unión colectiva. Desde la mitad del siglo pasado Alemania mostróse tributaria de Francia, en lo que toca a esta clase de producciones, y se apresuró a traducir e imitar ''Los misterios de París'' y el ''Martín el expósito'', de Sué, con tanto entusiasmo como desdichado acierto. Von Aznim dió ya en 1843 su ''Dies Buch gehort dem König'', especie de alegato contra la monarquía y, sobre todo, contra la nobleza. Su obra alcanzó resonancia y preparó los éxitos sucesivos de las novelas de Rodenberg, Lindau, Hermann Heiberg y Karl Bleibtren. No hay que olvidar la tendenciosa novela de Karl Alberti, ''Wer ist der Stärkere'', que alcanzó centenares de ediciones, pero que los gobiernos de Holanda, Austria (y hasta el de la democrática Suiza) prohibieron, con penas severas, que penetrase en sus respectivas naciones.

No hay que negar el relieve e influencia de la labor novelística de Spielhagen. Escribía para un pueblo disciplinado y tenaz, que en el estudio, trabajo y abnegación no conoce límites; pero que, como verdadero septentrional, es tardío en asimilarse los primeros principios de cualquiera verdad o raciocinio. Y así, su novela principal ya arriba citada, contenía paradojas y utopías que toda Europa señaló con sonrisa burlona, pero que el pueblo alemán aún no se ha tomado la molestia de reconocer. La colectividad, según Spielhagen, es la ruina y a la vez la fuerza de la sociedad. El esfuerzo individual nada vale ni representa, pero el colectivo lo es todo; lo que equivale a proclamar la eficacia de una suma sin sumandos. En sus otras novelas, ''Sturmflut'' y ''Was will das Werden?'', inicia ya los problemas entre el capital y el trabajo, la ineficacia de la ley de la oferta y de la demanda, y la supresión de todo arbitraje. Casi todas las teorías de Carlos Marx pasaron a los capítulos de estas novelas.

A la misma época pertenece la labor de Carlos Gutz Kow (''Los caballeros del espíritu''), deliciosa novela utópica, que funda el bienestar de la futura sociedad en las teorías de La Play y Saint-Simon, acerca de la solidaridad humana.

País de verdaderos ideólogos, Alemania fué cuna de un sinnúmero de novelistas, que, enamorados de un sistema filosófico o de una utopía político-social, se apresuraron a encarnarla en una novela, creyendo así asegurarle un arraigo y una vitalidad, que muchas veces no aparecieron.

Sin alcanzar en esta nación la novela político-social el desarrollo que logró en Francia y en Inglaterra, no dejan de proporcionarnos elementos eficaces de estudio para la materia que tratamos, las novelas de Bertoldo Auerbach (''Spinosa'', ''Ivón el cura'' y ''Narraciones populares de la Selva Negra''), en las que introduce una exposición de las doctrinas panteístas y emanatistas, tal como las entendía el fundador del panteísmo, Baruch Spinosa. No hay que pasar en silencio tampoco las tentativas de Alberto Bitzius (''Jeremías Gotthelf''), quien puso empeño en propagar las ideas socialistas y comunistas por medio de su novela ''El espejo de los campesinos'', impregnada de cruel pesimismo y rebosando odio de clases, pero llena de interés y escrita en un estilo crudo y sin adornos, pero enérgico y sobrio, como pocos. Como ejemplo de celo y buena fe en hacer labor educativa, aunque fuese por procedimientos algo ficticios, pocos pedagogos superaron el de las novelas de Joaquín Campe, director de un Instituto filantrópico en Berlín y capellán de honor del príncipe heredero de Prusia. Intentó llevar a la novela los principios de la Revolución francesa, y en sus ''Cartas sobre la Revolución'', y en su ''Robinson el joven'', expuso sus ideas, no exentas, por otra parte, de cierto amargo pesimismo.

Federico Gerstaecker de Hamburgo (1816-1870), quiso cultivar el mismo género novelesco de Fenimore Cooper, y fué precisamente en los mismos Estados Unidos en donde escribió sus novelas ''Los dos convictos'' y ''Los piratas del Missisipí'', que contienen, aparte de no pocos convencionalismos, muchas ideas éticas sobre la familia, la propiedad, el matrimonio, el trabajo y el salario, que les hace dignas de incluirse en este estudio. El famoso autor de idilios, el poeta, pintor y grabador Salomón Gessner, ha de ser incluído también aquí, por haber escrito en lengua alemana, aunque fuese natural de Suiza, su ''Dapnis'', obra objeto de grandes controversias y que apasionó no poco a sus entusiastas y detractores. Juan Pablo Richter (''Selina'', ''Levana'', ''La logia invisible'' y ''Titán'') lleva a la novela todas las utopías ronssonianas y con elementos del gnosticismo, iluminismo y misticismo falso, intenta refutar el materialismo y sus derivaciones y consecuencias éticas. Luis Tieck, en cambio, se vale de la novela para hacer la apología del socialismo, y encomiar las teorías del fatalismo oriental. El racionalismo tiene también en él un entusiasta defensor, y hasta el pesimismo de Schopenhauer le encanta y le inspira novelas, como ''William Lowell''.

El volterianismo alemán lo representa Cristóbal Wieaud de Wurtemberg, que tomó a pechos la exposición de sistemas ético-sociales tan contradictorias como el pietismo, teosofismo, platonismo, epicureísmo, lacionalismo y escepticismo. Todos los trató y expuso en sus novelas ''Nadina'', ''Cuentos cómicos'', ''Gyrón el cortés'', ''Aristipo'', ''Agatón'' y ''El espejo de oro''; pero sus contradicciones y la sátira malévola con que aparejaba su estilo, le granjearon el nombre de ''El Voltaire alemán'', con el que es aún hoy conocido.

Los pesimismos de Goethe, divulgados en su ''Werther'' y en su ''Wilhem Meister'', las teorías antisociales de Schopenhauer y de Nietzsche (''así habló Zarathustra''), las crudas sátiras de Hoffmann y las no menos intencionadas en política y sociología de Enrique Heine, han de tener su estudio en otros géneros distintos del que estudiamos.

Hemos de mencionar, finalmente, como labor apologética y encaminada a divulgar las verdades ortodoxas, dentro de este género, las novelas del P. Spillmann, las del P. Passiwiekz, y no pocas tentativas de otros ilustres novelistas alemanes contemporáneos, que no por haber alcanzado sus éxitos dentro de un reducido público, son menos trascendentales y apreciables.



—¡Para pedir limosna viene usted a tocar a la una de la mañana!...
—Siñor, la vida ha subido mucho y tengo que trabajar horas extraordinarias.

Los rayos X y la sonda micrófono aprovechados junta y ventajosamente en cirujía

Una interesante aplicación de los rayos X y de la sonda-micrófono en combinación, para determinar la localización exacta de un fragmento de metal incrustado en las carnes de un paciente, ha sido divulgada por un médico de Chicago.

Una sonda quirúrgica ordinaria, un par de pilas secas, un teléfono adaptable a la cabeza y un platillo de plata se conectan en serie y el platillo se inserta a la vez a la boca del paciente. El tubo de rayos X, es colocado entonces debajo de la mesa de operaciones y una pantalla fluorescente sobre el sitio lesionado. En esta pantalla tanto la partícula incrustada como la sonda son perceptibles y la operación del sondeo guiada por la vista se facilita mucho. Un crujido ligero en el teléfono, sigue al contacto de la sonda con la herida, pero el contacto con el fragmento de metal produce un sonido mucho más pronunciado, haciendo un asunto muy sencillo la localización definitiva.

Todo el proceso requiere solamente una insignificancia del tiempo usualmente empleado en tales operaciones.

Insectos raros

De todas las formas de la vida animada, los insectos es la más abundante y variada, no sólo en tierra, sino en el agua, pues un buen número de especies se adaptan especialmente a la vida cerca del agua y hasta pasan una buena parte de su existencia como animales acuáticos, como sucede con la larva del mosquito, y, sin embargo, el océano, tan ricamente provisto de tan variadas formas de vida, desde los protozoos hasta los mamíferos de sangre caliente, como la foca y la ballena, no cuenta sino con un solo insecto.

La razón de que no haya insectos en el mar, dice von Luetgendorff, es el continuo y violento movimiento de las masas de agua y la falta de plantas donde cobijarse y vivir los insectos.

Si este fenómeno es curioso, mucho más y más raro es aun que haya un insecto, una sola especie que haya podido adaptarse a la vida en las olas del océano.

Tal es el halobates, muy parecido al insecto fluvial hydrometra llamado vulgarmente zapatero.

La estructura de este bicho está admirablemente constituída para adaptarse a la existencia sobre el agua en constante movimiento. Así vemos que mientras el hydrometra tiene relativamente un largo abdomen, en el halobates se ha reducido a tal punto, que el corazón, los intestinos y los órganos sexuales, que en los demás insectos están contenidos en el abdomen, en éste los encontramos en el tórax.

Un pequeño examen de este insecto muestra en seguida las ventajas de esta estructura. Primeramente hay que soportar un peso menor sobre el agua y, por otro lado, el par de patas posteriores puede moverse libremente, lo que no sería posible con un mediano abdomen.

Este par de patas y las segundas están admirablemente conformadas para la natación; el par central está provisto de finísimos, abundantes y largos pelos que sirven para aumentar la superficie de las patas y facilitar el movimiento de avance del insecto sobre las aguas. Las patas delanteras, en cambio, son mucho más pequeñas, pero más fuertes, y no están configuradas para remar, sino para coger y sujetar su presa con las garras de que están provistas.

Qué es lo que come este insecto, no se sabe a punto fijo.

Los ojos son grandes, las antenas no muy largas, y tiene además en la cabeza unos pelos especiales que, según Dahl, son el órgano de un sentido desconocido para nosotros.

El cuerpo del insecto tiene tres milímetros de largo, de color gris obscuro por la parte superior y blanco plateado por la inferior, como muchos peces, y las patas de un azul de acero.

Este insecto marino fué descubierto en abril de 1816 en los mares tropicales por el entomólogo Ivan Eschsoltz, médico a bordo de un buque expedicionario enviado por los Romanzoffs. Se conocen unas quince clases de halobates que apenas se diferencian unas de otras.

Todas ellas se encuentran únicamente en los mares tropicales en los lugares más tranquilos, y se observan mejor en los días calmas sin viento.

Prefieren el alta mar a las cercanías de las costas, y se comprende que huyan de la costa, pues seres tan bien acondicionados para vivir sobre el agua, sucumbirían si fuesen arrojados a la orilla.

Pensamiento

Los más grandes hombres del mundo, hoy día, son vendedores. Tal vez usted no sepa que lo son; pero es así. Pueden llamarse banqueros, ingenieros, abogados, sacerdotes. En realidad están vendiendo algo: sus propios servicios o los servicios de otros. Se les paga de acuerdo con su éxito. El mejor vendedor recibe los honorarios más altos.

Edwin W. MOORE.



—Si es para comer, con ese peso te alcanza.
—No, jefe, ¿y pa la propina?

LOS QUINTERO O EL COSTUMBRISMO

por Cristóbal DE CASTRO

Hay quien ha comparado a los Quintero con los Goncourt porque son hermanos y escritores; otros, con los Antona-Traversi porque son hermanos y dramaturgos; otros, con los Margueritte porque son hermanos y novelistas; otros con los Orage porque son hermanos y publican, como ellos, libros. Es decir, que en cuanto un señor sabe que en esta o en la otra literatura existen dos hermanos escritores, los compara con los Quintero. Lo de menos es, por ejemplo, que los Goncourt representen un realismo tan agrio como el de "La fille Elise" o una nobleza literaria como la de "Carlos Demailly" o la de su "Diario". Que los Antona-Traversi tengan: Giannino, su teatro de "Caritá mondana" y "Una donna honesta", audaz hasta el cinismo, y Camilo sus "Lettere ad Anna", azucarado de un romanticismo sensualista. Que los Margueritte representen todo un período de literatura patriotica, en competencia con Beranger y Deroulede. Que, en fin, los Orage, autores de la nueva doctrina "Socialismo gremial", sean, frente al obrerismo inglés, nuevos y elegantes fabianos.

Nada de ello importa a quienes al hablar de los Quintero necesitan tener a mano varias parejas de hermanos escritores, sin olvidar el conocido chascarrillo de "los hermanos" Erckman-Chatrian, con quienes, suponiéndoles de la misma progenie, también se ha comparado a los Quintero.

¿Por qué esa manía comparativa? Los hermanos Quintero tendrán, es claro, su filiación literaria como cada quisque; pero no se parecen a nadie... más que a los hermanos Quintero. Pueden repetir la arrogantemente modesta frase de Musset; es más, no niego que se puedan parecer, que puedan tener ciertas analogías—y desde luego ciertas diferencias—con algún autor español. Lo que por supuesto puede afirmarse es que no se parecen a ningún autor extranjero.

Así como los que pretendan escudriñar el pensamiento y aun el sentimiento de la España contemporánea no pueden prescindir del teatro de Galdós, quienes intenten reconstruir las costumbres españolas de nuestros días tendrán forzosamente que documentarse en los Quintero.

Esto del "costumbrismo", entendido así, a lo barato, claro que no es blasón; pero bien entendido, penetrando su espíritu observador, su finura ingeniosa y su riqueza plástica, es gala en "Fausto" y hasta en el "Quijote". ¿Qué más pintoresco, elocuente, juvenil costumbrismo que las escenas de los estudiantes y los burgueses en el poema de Goethe, o que los cuadros de la venta y los cuadrilleros en Cervantes?

No es sólo el escenario, sino también los cómicos; no sus trajes, sino sus dichos, sus maneras, sus gustos, "sus pequeñas grandes pasiones", según Diderot. Es una "clase media espiritual", ausente del alcázar trágico y de la plebe tabernaria. En la novela se llama Balzac, y en el teatro, Marivaux.

Los Quintero son admirables, incomparables, sagaces, finos, ingeniosos intérpretes de esa mesocracia anímica. Treinta años de ejercitar su arte no les han quitado ni el aroma ni la solera. Ahora mismo, "La del Dos de Mayo", que acaban de estrenar en Apolo, se distingue de todas las zarzuelillas al uso por su espontaneidad, ingenio y realismo. Saineteros o comediógrafos, pocas veces traspasan sus naturales dominios, pocas veces se exaltan con el drama o se rebajan con el ambiente chocarrero.

Así como nadie les iguala en la riqueza de colores, nadie los supera en la corrección del lenguaje. Tienen tanto respeto al público como a sí mismos.

Se discute la Andalucía de los Quintero—claro que por quien no conoce Andalucía—; los que la conocemos bien, amén de por ser andaluces, por haberla vivido y estudiado años y años, sabemos que los andaluces quinterianos son "la llave" de muchas puertas andaluzas. El "colmao", la torería, el "zenoito"; todo ese ocio pintoresco, vivaz, ocurrente e hiperbólico de Sevilla, está, más que copiado, calcado. Las pueblerinas, los noviazgos, los chismes y cuentos; todo ese medio entre sentimental, burlesco, melancólico y rutinario, tiene verdad y animación portentosas. Tan real es lo que se ve como lo que se oye. La vista penetrante de los Quintero no es superior a su oído sutil. Su Andalucía está analizada dicho a dicho, observación a observación.

Hay otra Andalucía trágica que no afrontaron los Quintero. Su estructura mental y sentimental no es propicia a la oscuridad, sino al optimismo. Ellos mismos lo han dicho alguna vez: "Así vemos la vida y es natural que así la reproduzcamos."

De cualquier modo, su teatro llena, tras Galdós y Benavente, la historia escénica de nuestros días. Es un costumbrismo tan español que ninguna obra suya puede ser confundida con otra extranjera; y es un "españolismo" tan personal, que ningún otro costumbrista, desde Bretón a Ricardo de la Vega parece haber influído en los Quintero.

Cuando ha treinta años llegaron a Madrid a probar fortuna traían ya consigo el tesoro étnico. Desde Utrera, su pueblo, lanzaron las primeras flechas periodísticas al "Nuevo Mundo", de Perojo, y Perojo, tan perspicaz, los admitió de redactores. Firmaban "El Diablo Cojuelo", y ya el seudónimo acusaba ese respeto por los clásicos que distingue a nuestros autores de entre la chusma cómica.

Pocos años pasaron entre su modestísima congrua de "Nuevo Mundo" y la no menos lamentable de unos destinillos en Hacienda. Julián Romea los apadrina y estrenan un gracioso entremés, "El tío de la flauta", que medio gustó. (También en ello hay preocupaciones clasicistas, porque lo de entremés hacía siglos que no se usaba.)

¿Cuántas obras han estrenado? ¿Cuánto dinero han conseguido? Dejemos campo a los anecdotistas. Lo que nos interesa, al estudiar la producción quinteriana, es su novedad, su frescura, su abundancia, su dignidad escénicas.

Claro es que en los Quinteros hay algo más, bastante más, que el sainete. Hay la comedia, que si se llama "Los Galeotes" es honor del teatro contemporáneo...

¿POR QUÉ NO?



—Señoras y caballeros: Tengo el agrado de presentarles a los campeones mundiales de fox-trot de peso liviano. Bailan veinticuatro horas sin descanso.

Lo bello, lo justo y lo bueno

por Isabel CREUS

No te pierdas en la maraña de tu dolor como en una oscura selva. Oriéntate. He aquí cuan potente y radioso luce el sol por sobre nuestras cabezas de jadeantes peregrinos, ansiosos de Ideal.

Allí donde hay una rama florida sabrá gorjear sus endechas el ruiseñor; la vida es tan irresponsable como el tronco en que puede apoyarse la madreselva perfumada o pernoctar el reptil...

Escojamos lo bello, lo justo y lo bueno. He aquí las tres cumbres que mi valor pretende conquistar. ¡El Ideal! Lo imposible acaso... ¿Pero dejamos de amar la suave luz de las estrellas, porque éstas sean inaccesibles? Y no son más caros cuanto más lejanos, esos delicados ensueños en cuyo encaje maravilloso incrustamos las piedras de nuestra femenil fantasía?

¡Elévate, corazón! Como un pájaro luminoso, ebrio de azul, abre plenamente las alas... He aquí la doliente caravana que pasa; llévale un poco de paz, hazle con tu misericordia amplio manantial en que puedan los míseros saciar su hambre y su sed espiritual; abroquela esas almas vacilantes con la fortaleza de tu pensamiento, alcánzales la luminosa e inefable limosna de una lágrima. Esta es tu misión. Y cuando arrecie el dolor, y cuando el desencanto clave su zarpa brutal en la albura de tu ensueño, cuando la injusticia restalle su látigo sobre la inocente cabeza ¿podrás acaso asemejarte a otra cosa que no sea el árbol perfumado de la poética leyenda?

Lo bello, lo justo y lo bueno. Esto es. Deja que el reptil se arrastre cauteloso y el águila anide en la cumbre solitaria.

Bajo el ala sombría del dolor tu espíritu no será jamás fuente sellada, sin manantial de perenne frescura—milagroso Leteo—donde la doliente caravana rejuvenecerá sus ansias de Ideal.

Levántate, pues, hasta la cumbre de tu misión.

"¡Sursum corda!"

Remedio inútil

Procopio está muy gordo. Procopio quiere adelgazar.

Procopio hace un viaje a Inglaterra. Cuando regresa se queja diciendo:

—¡Es una tontería visitar Inglaterra! ¡En aquel maldito país todo es "camouflage".

—¿Por qué lo dices?—le pregunta un amigo.

—Figúrese usted, responde Procopio, que durante mi permanencia en Inglaterra, me di al juego, perdí muchas libras y a pesar de haber perdido muchas libras no adelgacé ni medio!

LA PROTEGIDA DE LAS FLORES

(Cuento infantil)

por El gato con botas

Blanquita era una niña muy guapa y muy buena, que vivía sola en una casita a la entrada de un bosque. Se pasaba los días estudiando, hilando, cantando y leyendo cuentos.

Un día vió bajar del cielo una carroza de cristal arrastrada por cuatro cisnes negros; de la carroza bajó una dama bellísima que llevaba flores sobre su vestido de seda, flores en sus cabellos, flores en las manos.

—Soy tu madrina — dijo el hada de las flores. — Al despuntar el alba, recorro todos los jardines y campos del mundo en mi carroza de cristal, para abrir las corolas dormidas, al atardecer, reanudo mi carrera para cerrarlas. Llevo siempre conmigo una cajita de pinturas y una colección de frasquitos de esencia para pintar o perfumar toda flor que nace, según le corresponde. Afortunadamente, mis dos amigos y compañeros, la Lluvia y el Sol, me ayudan un poco en mis trabajos.

Aquí el hada se paró un instante para recobrar aliento — era un poquito charlatana — y exclamó:

—¡Qué tarde es! ¡Y todavía me quedan por pintar los corazones de diez mil margaritas silvestres y por perfumar tres millones de rosas de té! Pero antes de irme quiero hacerte un regalo. Pídeme lo que quieras, y te lo daré en el acto.

—Yo quisiera, hada madrina — dijo la dulce Blanquita, — un jardín lleno de tus súbditas las flores, para cuidarlas y quererlas mucho.

—Sea cumplido tu deseo — dijo el hada, sonriendo amablemente.

Le dió un beso, subió en su carroza de cristal, azotó sus cisnes negros con una vara de nardos y desapareció por los aires.

Y delante de la casita rosa nació un jardín maravilloso, donde todas las flores del mundo estaban representadas, desde el altivo y raro tulipán hasta la rústica amapola; desde la pura azucena hasta el apasionado clavel rojo; desde la coqueta rosa pomposa hasta la violeta sencilla y modesta. Y Blanquita se dedicó a cuidar sus flores; las regaba cuando estaban secas, y enjugaba delicadamente las gotitas que el rocío se había dejado olvidadas sobre las corolas y hubieran podido enfriarlas.

Un día en que se hallaba regando un macizo de jacintos pasó un cortejo deslumbrador por delante de su puerta: era Su Majestad el rey con su séquito.

Al ver el jardín, el soberano mandó detener su carroza, llamó a un paje y le dijo:

—Entra, corta las flores más hermosas de este jardín maravilloso y tráemelas.

Al oir estas palabras Blanquita, se adelantó, hizo una reverencia y repuso:

—Lo siento mucho, señor; pero no puedo consentir que se corte una sola flor de mi jardín.

—Pero ¿tú sabes quién soy yo? — exclamó el rey, furioso. — ¿Tú sabes que yo soy el rey en persona?

—Sí — contestó Blanquita, cuya timidez había desaparecido ante la horrible perspectiva del martirio de sus flores; — ya sé que sois el rey de este país; pero no sois el rey de mi jardín.

El soberano estuvo a punto de tener un ataque de apoplejía; y gritó, con los ojos centelleantes por la indignación y el orgullo:

—¡Que corten inmediatamente todas las flores de este jardín y que encierren a esta rebelde descarada en una torre.

Y Blanquita fué encadenada, no sin haber asistido antes, llorando a lágrima viva, al saqueo total de sus amadas florecillas.

A los tres días de estar Blanquita en la torre oyó detrás de la puerta de hierro un ruido argentino y musical: ¡Tilín, tilín!

Se apresuró a mirar por el ojo de la cerradura y dió un grito de alegría al ver un regimiento de flores que aguardaban, mientras que algunas campanillas malvas llamaban para avisarle de su presencia.

—¡Entrad, entrad! — exclamó.

Las flores se deslizaron por el ojo de la cerradura, saltaron a la celda y ahuecaron graciosamente sus corolas, que se habían chafado un poco en esta operación.

—Venimos a hacerte compañía y a consolarte — dijeron. — Venimos también a traerte la esperanza, anunciándote que hemos organizado una conspiración con el fin de castigar al rey por su crueldad y de conseguir tu libertad, y otras cosas más que ya irás viendo, porque sabemos ser rencorosas o agradecidas.

Aquella noche Su Majestad dormía apaciblemente — y aun roncaba, — cuando de pronto un ruido muy tenue le despertó; y vió que todas las flores que adornaban su alcoba se habían bajado de los búcaros y rodeaban su cama. Los pelos de punta se le pusieron al oir las vocecitas que le amenazaban:

—¡Miserable! — decía una dalia soberbia. — ¡No tienes entrañas!

—¿Te parecería bien — reconvenía dulcemente una violeta de Parma — que te cortasen los pies, como a nosotras nos han hecho?

—¿Tú crees — proseguía un narciso — que porque eres rey tienes derecho a hacer sufrir a las flores?

—¡Y todo — declaró con desprecio un clavel jaspeado — para adornar sus salones! ¡Si que vale la pena!

—¡Como si un jardín florido no fuese mil veces más hermoso que cualquier salón!—concluía fieramente una rosa temprana.

Entonces todas las flores se arrojaron sobre el rey; las rosas le pinchaban despiadadamente con sus espinas, los nardos redoblaron su perfume hasta levantarle dolor de cabeza y las enredaderas le ataron las manos para impedirle defenderse.

De pronto, un rayo de sol iluminó la estancia; el rey abrió los ojos y se irguió; todo estaba tranquilo; las flores llenaban los búcaros de plata; el aire estaba suavemente perfumado.

—¡Qué horrible pesadilla! — pensó Su Majestad, restregándose los ojos.

En la torre, las florecillas seguían distrayendo y animando a su amiga; hasta las hubo que fabricaron miel — trabajo que suelen dejar a las abejas — para endulzar el pan seco de la prisionera.

Por la tarde de aquel mismo día le dijeron:

—Estás algo pálida; vamos a jugar a hacerte muy bella.

Entonces una rosa le acarició las mejillas, encendiéndoselas suavemente; un clavel le tiñó los labios de carmín; una azucena le hizo las manos más blancas que el marfil; un botón de oro dejó reflejos maravillosos en su rubia cabellera, y un pensamiento puso un poco de su negro terciopelo en las cejas y las pestañas de la cautiva. Por último, las violetas formaron una guirnalda, que adornó graciosamente su corpiño, y las margaritas se juntaron en corona sobre su cabeza.

—Ahora — le dijeron — asómate a la ventana; verás qué hermoso está el día.

Y en el momento en que la niña se asomó, el hijo del rey pasó junto a la torre, y al verla tan linda, tan linda, se enamoró perdidamente de ella hasta el extremo de que juró en el acto tomarla por esposa, y fué a comunicar esta resolución a su terrible padre. Pero el monarca lo tomó muy a mal; le contestó con una negativa rotunda, y dió orden al carcelero de tapiar la ventana de la torre.

Luego se fué a la cama y se acostó muy satisfecho por su acto de autoridad.

Y como la víspera, las flores rodearon su lecho, y le hicieron reproches amargos por su crueldad hacia la dulce Blanquita, su amiga, lo cual era aún más grave.

—Libértala — decía el clavel, siempre digno.

— Libértala — decía la amapola, siempre campechana.

—Libértala — suspiraba el lirio, siempre romántico.

—Libértala — ordenaba la rosa, siempre altiva...

Y, como la víspera, las flores le atormentaron con tal ahinco, que al día siguiente tuvo qeu tomar una taza de tila, y, ¡cosa extraña!, la tila le dió fiebre. Y la desesperación de su hijo, que se pasó el día llorando y gimiendo, agravó su malestar. Por la noche, el rey, deseoso de tranquilidad, tomó unas gotas de flor de azahar, y se le pusieron los nervios de punta; tomó adormideras, y las adormideras le desvelaron, y apenas se acostó, las flores acudieron a atormentar su insomnio con sus reproches, sus réplicas y sus persecuciones.

El rey, exasperado, desguarneció su alcoba de flores y las mandó arrojar todas a la calle; pero, sin duda, ellas treparon por medio de las enredaderas y entraron por la ventana; el rey abandonó su cámara real y se resignó a dormir en una alcoba ordinaria; pero las flores le siguieron; se mudó de piso, y las flores continuaron visitándole en sus insomnios.

Y llegó el día en que aquel rey orgulloso y soberbio fué vencido por la empeñada insistencia de unas florecillas llenas de voluntad y de agradecimiento. Y consintió en todo: en la libertad de la cautiva, en el casamiento de su hijo con la rebelde descarada.

Fué el príncipe quien descorrió los cerrojos de la puerta de la torre; Blanquita, al ver quién la libertaba, abrió mucho los ojos y luego la boquita; y tales eran su sorpresa y su alegría, que tardó un buen rato antes de decidirse a tomar la sortija de perlas que el príncipe le ofrecía arrodillado.

Las flores no volvieron a conspirar ni aun a dar señales de vida; el rey hizo una ley pohibiendo, bajo las penas más severas, cortar una sola en su reino; y Blanquita, deseosa de adornar los salones de su suegro sin hacer sufrir a sus lindas protectoras, inventó las flores de trapo y de miga de pan.

ELOGIO DE UN PLUTÓCRATA



Al señor enriquecido no le importa el precio del carbón.

PUCHITOS

Se calcula que los Estados Unidos poseían en sus primeros tiempos 344.000.000 de hectáreas de terrenos madereros, de los cuales sólo quedan unos 180.000.000. Y sin embargo, a pesar de que por los métodos defectuosos de explotar la industria de madera se ha desperdiciado tanta de la primitiva riqueza maderera, los Estados Unidos son todavía el tercer país del mundo en extensión forestal, siendo los dos primeros Rusia y el Canadá. Los bosques vírgenes que quedan se componen principalmente de varias especies de maderas duras en las partes central y meridional que producen esta clase, de pino amarillo en la parte sudatlántica y en las costas del golfo de Méjico, de abeto de Douglas y abeto común y cedro del extremo Noroeste, habiendo bosques menos extensos de pinos gigantescos, de pino blanco y de azúcar de California, pino amarillo del Oeste y pino blanco de Idaho en la región de Inland Empire, de pino blanco en el norte de Minnesota y Wisconsin y de abeto en Maine.

En el follaje del abeto de Gordon, árbol que crece en ciertos distritos de la provincia de Columbia Británica, Canadá, se da una clase de azúcar comparable por su calidad y sabor a la mejor clase de azúcar refinado. El azúcar de dicho árbol contiene cierta substancia llamada "trisacarida", forma rarísima de azúcar concentrado que hasta ahora sólo se sabía que existiese en una región remota del Asia central. Al parecer exuda naturalmente de las pinochas del abeto y no se cree que provenga de picaduras de insectos, como el goteo de savia o sirop de otros árboles.

Este azúcar era conocido de los indios aborígenes que habitaban la región, pero nunca les llamó la atención a los pobladores blancos. Ultimamente es cuando se ha venido a hacer investigaciones y a llegar a una solución científica. El profesor John Davidson, que está encargado del departamento de botánica de la Universidad de British Columbia, en Vancouver, ha practicado un detenido estudio de las exudaciones de azúcar en el abeto y de las condiciones en que se forman. Ha visitado los principales distritos en que se crían dichos árboles y ha recopilado valiosos datos sobre el asunto.

Este azúcar, por su relativa escasez, nunca tendrá el valor comercial del azúcar de remolacha o del de caña, pero será de mucho valor para las investigaciones químicas y otros experimentos científicos. En todo caso es una fuente nueva de azúcar ignorada hasta el presente.

Las principales fuentes de abastecimiento de seda en rama se encuentran en el Asia, en la Europa meridional, en la China, el Japón, Italia, las regiones del este de Europa que se hallan junto a las costas del Mediterráneo y el Asia Menor y Siria. En los últimos cinco años el Japón se puso de un brinco en puesto delantero como centro mundial de seda. Lo grande que ha sido ese adelanto puede probarlo el hecho de que en 1910 la producción de seda cruda en el Japón fué de 13.279.000 kilogramos, y que en 1919 fué de casi 25.000.000 de kilogramos. La China, por el contrario, produjo en 1919, 1.360.000 kilos menos de seda que en 1914 a causa de sus anticuados métodos de producción y de la mala calidad de su seda en rama. En 1919 la producción de seda en rama del Japón equivalió a cerca de las tres quintas partes de la producción total del mundo, aumentando en 9.000.000 de kilogramos sobre la de 1914.

La China es el punto de origen de la seda. Desde tiempos inmemoriales viene mencionándose como producto chino; hasta el mismo nombre del país se deriva de la palabra china que designa la seda. Por tres mil años la sericicultura, o cría de los gusanos de seda, se mantuvo como un secreto en la China. Los mercaderes chinos vendían seda en Persia, pero estaba prohibido, so pena de muerte, el divulgar el secreto de la cría del gusano y del tejido de la seda. En otros países se destejían las telas chinas y se volvían a tejer con patrones nacionales, y esto hasta el año 300 A. de J., época en que, según se dice, varias jóvenes chinas fueron al Japon y llevaron ocultos en la ropa algunos gusanos de seda. Les enseñaron sericicultura a los japoneses, y pocos años después, según también se dice, fué introducida la industria en la India por una princesa china casada con un potentado hindú. De la India se propagó la industria por Persia y el Asia Central; de allí pasó a Constantinopla y de Constantinopla al mediodía de Europa.

Llámase látex el líquido lechoso que mana de ciertos árboles, especialmente de los árboles de caucho, por incisiones hechas en los mismos. Ese líquido lechoso se cuela y se coagula mediante la adición de una débil solución de ácido acético, y luego, hecho ya una pasta pegajosa, se somete al procedimiento de ahumarlo. Y antes de poderse convertir el caucho en objetos manufacturados, tiene que pasar por varios procedimientos de refinación. La índole y duración de éstos dependen de los fines para que sean los objetos que vayan a fabricarse con el caucho. Después de eso no vuelve a hacérsele nada al caucho hasta que lo compran los manufactureros.

UN SECRETO



—Si no se lo dije a nadie que nos habíamos comprometido. Sólo se lo dije a tres amigas íntimas.
—¡Ah! ¡Así no me extraña que haya salido en el diario!

Se ha calculado que hay ahora en los Estados Unidos unos 8.000.000 de vehículos de motor, de los cuales 850 mil son camiones automotores. Resulta pues que de cada trece personas que viven en el país, una goza la ventaja de poder disponer de un vehículo de motor de alguna clase. Compárese esta proporción con la del resto del mundo, que es de un motor por cada 2.182 personas. En Inglaterra, de cada 268 personas hay una que posee un automóvil; en Francia hay una de cada 402; en Alemania una de cada 684 y en Rusia una de cada 5.300.

En el año que terminó el 30 de junio de 1919 los Estados Unidos consumieron 20.000.000 de kilogramos de seda en rama procedente del Asia y del mediodía de Europa, cantidad que representaba casi el cincuenta y cinco por ciento de la producción mundial de seda. Esa seda cruda fué convertida en géneros y en hilaza e hilos por unas 925 fábricas que dan empleo a 128.000 personas y cuya producción anual se valúa en $ 900 millones. De dicha producción no se exportó más que el cinco por ciento, no porque no pudiera tener más salida, sino porque la demanda nacional dió buena cuenta del resto.

Los Estados Unidos son el mayor consumidor de madera entre los países del mundo. La mayor parte de las viviendas y establecimientos rurales son de madera. Del consumo total del país, más de la mitad se va en maderas de construcción y en los productos de los aserraderos, tales como guarniciones de puertas, pisos, etc., etc.

Para la mayor parte de las operaciones de la manufactura del caucho no es preciso usar éste en estado puro. Puede mezclarse con otros ingredientes que no le alteran el carácter, pero que, sin embargo, abaratan el costo y que con frecuencia lo hacen servir para mayor variedad de empleos que el producto absolutamente puro, sobre todo cuando se le somete a cualquier acción química. En las operaciones o procedimientos de mezcla se emplean polvos minerales principalmente. Oxido de hierro, azufre, óxido de cinc y sulfuro, cal y grafito son algunos de los minerales más usados. Se requiere gran pericia y habilidad técnica para llevar a cabo la mezcla a perfección, y éste es procedimiento de mucha importancia.

En casi toda la fabricación de objetos de caucho se efectúan las mismas operaciones: la disolución del caucho, la mezcla de substancias químicas, y los procedimientos de moldeado, calandriado, secamiento y vulcanización necesarios para convertir el caucho en objetos acabados. Los procedimientos, sin embargo, son sumamente variados y han de adaptarse a las necesidades especiales para que estén destinados los objetos. Son estas adaptaciones las que le han dado tan técnico carácter a la industria del caucho.

Son tantos los países que están escasos de víveres, y tantas las personas que se han muerto o se están muriendo de hambre, que ha llegado uno al extremo de considerar la carencia como una enfermedad casi crónica que tardará muchos años en curarse. Sin embargo, parece ser que ésta, como otras muchas perturbaciones económicas, podrá remediarse rápidamente en cuanto se decidan hombres y mujeres a volver con ahinco al trabajo, opinión que confirman los últimos informes relativos al abasto mundial de víveres. Lo que ha de significarles a los países de Europa una abundante provisión de víveres, apenas puede calcularse, pues no sólo obtendría la gente vigor físico y mental para tomar parte activa en la rehabilitación de sus países respectivos, sino que la abundancia de las cosechas europeas influiría mucho en el restablecimiento de los depreciados cambios. Una serie de buenas cosechas significaría que eso menos tendría Europa que importar, o por lo menos que el dinero gastado en importaciones de comestibles podría invertirse en la importación de materias primas y otros efectos que tienen relación más íntima con el restablecimiento económico.

El carbón de piedra, el elemento indispensable en toda la industria, ha adquirido desde la guerra una importancia que no había tenido nunca y que se espera que no vuelva a tener jamás. Con Inglaterra, el gran país exportador de carbón en lo pasado, retirada hasta cierto punto del comercio de exportación; Francia comenzando ahora a poner de nuevo algunas de sus minas en estado de trabajar; Alemania necesitando mucho carbón; Italia sin un grano del mineral, y los países del norte, sud y este pidiéndoles ayuda a los Estados Unidos, la situación es de todo punto precaria. En los Estados Unidos la situación ha estado muy mal también. Muchas fábricas han tenido que cerrar por falta de combustible; las compañías de servicio público han tenido que arreglárselas con provisión para dos o tres días en sus depósitos en vez de la regular cantidad de varias semanas, resultando que no ha mucho tuvo la Comisión de Comercio Interprovincial que decretar la regla de prioridad para las expediciones dentro del mismo país, lo que casi equivalió a decretar un embargo sobre el carbón, por lo que toca a los embarques para exportación.

LA TRISTEZA DE LA HORA

La tarde va lentamente
hundiéndose en el ocaso,
mientras el alma doliente
siente desbordar su vaso...

Suena la hora tranquila
en una torre lejana.
La joven de ayer, no hila;
borda recuerdos la anciana.

Los prados, ayer floridos,
miro tristes y desiertos;
no hay jolgorios en los nidos,
flores ni miel en los huertos!

Las imágenes desfilan
taciturnas a mi vera,
dijérase que destilan
hielo y sombras por doquiera.

Y una congoja infinita
se concentra en mi ternura:
¿Es la tarde quien medita
o es que sueña la Natura?

Pasan rumores dolientes
en las auras que se alejan;
sombrías, quietas, las fuentes
fingen almas que se quejan...

Clarisa G. de DIEGO ARBÓ.

LA MENTIRA DIARIA...

(Fragmento de comedia)

por Julio FRANZOSO

PERSONAJES:
La actriz Luisette. — El poeta Rolando.

La acción en el camarín de la actriz. (Ella, sentada ante el espejo, retoca su onda, onda principesca que decora bellamente el marco marfileño de su frente).

El poeta.—(Desde la puerta). ¿Molesto?

La actriz.—Un buen amigo no molesta nunca. Adelante.

El poeta.—(Acercándose). En verdad, ¿soy para ti, un buen amigo?...

La actriz.—Negarlo sería mentir, y yo, perdóname, no quiero mentir más en la escena...

El poeta.—He ahí, entonces, como consecuencia, que la escena miente... Sí. Tienes razón. El teatro, en medio de su bullanguería, sus carcajadas y delirios, posee tristezas, amarguras que parecen empeñadas en no querer mostrar su faz...

La actriz.—Después de todo, ¿para qué? El público quiere risotada. A él ¿qué le importa el dolor si su apariencia es de risa?

El poeta.—...el teatro es como una cortesana, con la que más gozamos cuanto ella más nos muestre su mentida sonrisa, su mentida ternura, sus mentidos halagos... Sin embargo, entre tanta farsa, para nuestro bien, resplandece una verdad...

La actriz.—No la digas... (Hay un breve instante de silencio. Ella y él se miran a los ojos...) ¿Me amas?

El poeta.—¡Y eres tú quien lo pregunta! Siempre...

La actriz.—Pues bien; olvídame...

El poeta.—¡Imposible! Te necesito. ¡Oh, si tú supieras cuanto sufro recordándote allá, en mi bohardilla de bohemio solitario, rodeado de páginas por mí borroneadas que dicen de amor y de esperanzas...!

La actriz.—¡Vano empeño! Todo el fuego de tu pasión no alterará jamás esta glacial negativa: Yo no puedo amarte.

El poeta.—(Avanzando junto a ella; al oído casi). ¿Por qué?

La actriz.—Porque en la vida se ama una sola vez, en una hora única, y esa hora, para mí, por desgracia, ha pasado ya... Sí. Ha pasado dejando tras de sí muchos sufrimientos y llevándose consigo todo el dulce encanto de aquella primera emoción...

El poeta.—¡Oh, Luisette! ¿Por qué no confías en mi amor? Acaso él tenga un mágico poder para hacerte revivir... Así ambos olvidaríamos las horas tristes para entregarnos esperanzados, ilusionados, a las del porvenir... ¿Quieres?

La actriz.—No. Te estimo demasiado para engañarte. Créeme. Olvida a esta mujer de teatro, que, como todas, al decir de las gentes, no tiene corazón, y amolda tu ser a la realidad, por más cruel, por más amarga que ella sea... Yo no puedo, no quiero, no debo ofrendarte un corazón que al cruzar de los tiempos perdió toda su fe en la vida y en los hombres... (Silencio. En la penumbra del camarín adquieren las cosas reflejos extraños. Diríanse animadas, de pronto, por una vida interior, oculta, misteriosa... Luego se oyen aplausos...) Perdóname. Me llaman. ¿Esperas?

El poeta.—Quien sabe... (Resuelto). No. Algo acaba de separarnos inevitablemente, irremediablemente... Una sola palabra nos queda ya por decir...

La actriz.—Dila...

El poeta.—Adiós..

La actriz.—Tú lo has querido... (Avanza hacia la puerta. Ahora, los aplausos renuévanse con más fuerza. Desde allí, mientras lo acaricia con la mirada, dice lenta, muy lentamente:) Adiós... Sigue, joven poeta y amigo, este consejo: Olvida a Luisette, que es una mujer de teatro, que como todas, al decir de las gentes, no tiene corazón... (Vase).

El poeta.—¡Mentira!... ¡Mentira!... (Después se deja caer sobre un sillón, y, sobreponiéndose al dolor que invade su alma poco a poco, comienza a escribir el próximo artículo para su periódico...)

"La escena es como una cortesana..."

RECEPCION A BORDO DEL ACORAZADO "ROMA"



Grupo de familias de la colectividad italiana que asistieron a la recepción ofrecida a bordo del acorazado "Roma" por el comandante y oficiales de la nave en honor de sus connacionales residentes en Buenos Aires.



Durante un intervalo en el baile realizado con todo lucimiento, sobre la cubierta del buque.



El comandante Capon, jefe del "Roma", y el ministro de Italia comendador Cobianchi, en unión del intendente municipal, señor José Luis Cantilo, de su esposa señora Josefina Achával de Cantilo, de los doctores Cittadini, Veronelli y Buffanini, y de otros invitados a la fiesta



Vista parcial del salón del Colegio de San Francisco de Sales, durante la fiesta recientemente ofrecida en homenaje al estado mayor, oficiales, suboficiales y marineros que componen la tripulación del acorazado "Roma" Al acto asistió el ministro de Italia, comendador Cobianchi y destacadas personalidades de la colectividad italiana



De la estada del infante don Fernando de Baviera, en Mar del Plata



El señor Miguel Alfredo Martínez de Hoz dando al infante de Baviera interesantes explicaciones sobre la cría de caballos de carrera, en su estancia Chapadmalal.



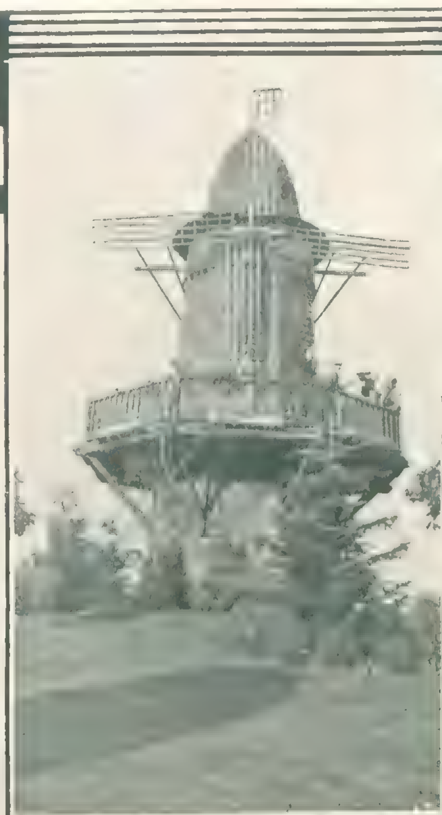
Vista del castillo de Chapadmalal, propiedad del conocido turfman, señor Miguel A. Martínez de Hoz.



Don Fernando, la señora González Guerrico de Demaría, el capitán Betnaza y el señor Zulueta, saboreando una taza de café.



La señora de Unzué y el attaché de la embajada de España, en la estancia "La Armonía", de los esposos Cobo.



Un detalle pintoresco de la estancia "La Armonía".



El infante, la señora de Martínez de Hoz y el señor Jaime Zulueta recorriendo los jardines del golf.



El duque de Arco y la señorita de Bosch, en el golf.



El embajador de España, marqués de Amposta, después de haber realizado un vuelo en aeroplano, sobre Mar del Plata y Chapadmalal.



Las señoras Unzué de Cobo y Unzué de Aldao, el infante don Fernando, el marqués de Amposta, los doctores Ricardo E. Cranwell y Cárcano, y los señores Carlos Unzué y Leloir, paseando por la estancia "La Armonía".



El capitán Betnaza, que obtuvo una Copa, ganando un partido de polo.

Fots. Bonnin.

Nuestra representación consular en Alemania

Elogio del cachimbo



Señor Alberto M Candioti, recientemente nombrado cónsul argentino en Berlín, para cuyo punto partió el 20 del actual, a bordo del transporte "Bahía Blanca"





Distinguidas damas de la sociedad londinense, fumando en pipa, en un jardín público



Aspecto del banquete últimamente realizado por el personal de la revista "Nosotros", en el restaurant Martín, y organizado en honor de la señorita Herminia C Brumana.



Personal mecánico perteneciente al dirigible "El Plata": Juan Bertero (×) jefe de los motoristas y perito electro-mecánico; Carlos Cesarini, jefe de los montadores del hangar donde se aloja la aeronave; N Martellini, Pascual Tesini y Silvio Giseldi, armadores del dirigible; Angel Salvatori, operario montador del hangar y Luis Rossanigo, mecánico



ECOS DEL TRIUNFO DE CARPENTIER Carpentier y Levinsky, poco antes de comenzar el match, que resultó un triunfo para el campeón francés.



Nueva York nocturno

Su parecido con Buenos Aires

















1. — A las cuatro de la madrugada el "botón" yanqui ha detenido dos hombres, para examinar un paquete sospechoso. — ¿En Buenos Aires, a la misma hora, o antes, no se da el mismo programa policial?
2. — En la calle 39, Este, el público forma cola para comprar entradas, durante la temporada de ópera. — ¿Y qué nos dice usted, del público porteño, apelotonado frente al Colón o Coliseo, a pesca de localidades para una "Aída" a precios populares?...
3. — Gatti-Casazza, el administrador del más importante teatro de ópera. — ¿Y nuestros Da Rosa, Mochi y etcétera?
4. — A las dos de la madrugada, en las calles Broadway y 44, algunas confiterías permanecen abiertas. ¡Bah, bah, bah! Hasta "inta Boca", a esa hora, hay "chupping-houses" que funcionan "au grand complet" de devotos del "grapín".
5. — En camino hacia el barrio chino de la ciudad. Aquí, en cambio, tenemos barrio de los turcos y barrio de los "smujens", hacia los cuales se puede ir en tranvía, en auto, en placero, en side-car o a patacón por cuadra.
6. — Poca gente se imagina el trabajo realizado para que cuando los habitantes se levanten, encuentren limpia la ciudad. — ¿Y los "musolinos" que toman por asalto líquido nuestras calzadas, después de haber pasado la "artillería Bollini"?
7. — Barriles conteniendo manzanas, en los alrededores de un mercado. — Aquí, no abundan las manzanas, es cierto, pero... ¿qué me cuenta de las ciruelas a 0.40 el ciento?
8. — A las 4 de la madrugada, un chauffeur que prefiere el trabajo nocturno. — Se explica: si tienen tarifa doble como en Buenos Aires, asunto arreglado.

Nota social



Señorita Marta Anchorena [illegible]

Fot. Witcomb.

EL VERANEO EN LAS SIERRAS



Una hija del doctor Gorriti, veraneando en Santa María (Córdoba)

VARIETÉS







La crítica en general ha consagrado a Helena D'Algy como una de las más interesantes "soubrettes" surgidas últimamente, refrendando ese fallo los aplausos del público. Con su linda figura, su voz límpia y agradable y sus acertadas interpretaciones, la D'Algy se ha impuesto rápidamente, conquistando un puesto destacado en la escena





Alumnas egresadas de la Escuela Superior Comercial de Mujeres. Señoritas M. C. Lorenzi, I. Cosentino, C. Schavager, E. Pena, A. Borgin, R. Lifchitz, D. Magliola, C. Picone, P. Robertie, C. Coda e I. Marcoux



Tucumán. — Lunch realizado en el Cine Alberdi por los alumnos de las Escuelas Internacionales diplomados en 1920

Fot. Martín

DE CACHEUTA



Señora de Lanza e hija.



Un robusto y alegre veraneante probando la resistencia de la hamaca del hotel



Los doctores Carpio, Loustalet y Fassan, con aires de irresistibles.



Un cuarteto integrado por los Dres. Corvalán, Dell' Aglio, Bordi e Iribarne



La familia del ministro Tobal, de la intervención paseando por los jardines del hotel



A la espera del tren



Una morocha paseandera



Una sesión nocturna de ruleta.

Fots Aragón

NOTAS DE AVIACION



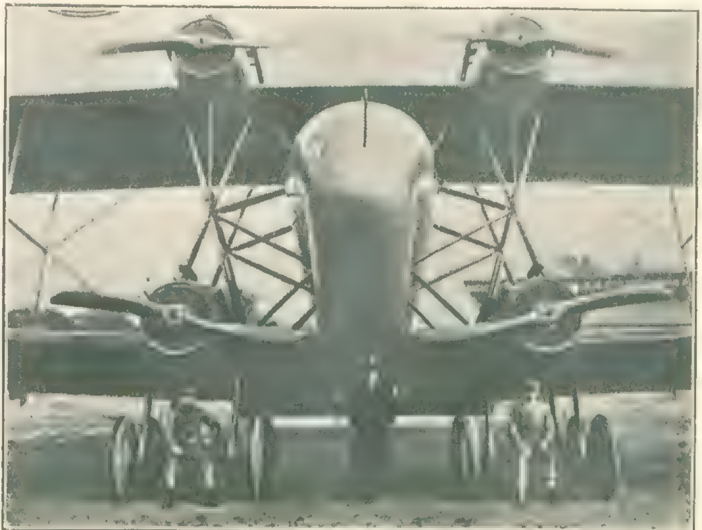
Nuevo monoplano alemán, incombustible, con capacidad para ochenta pasajeros y sus equipajes. Es movido por cuatro motores de 250 caballos, y puede caminar a más de cien millas por hora. Está construído por completo con aluminio y otros metales.



El nuevo monoplano alemán, en pleno vuelo



Una de sus particularidades es la situación de la puerta de la cabina de pasajeros, que generalmente acostumbra a estar al lado del aparato.



Nuevo gigante Blériot, recientemente terminado en Francia. Lo mueven cuatro motores de extraordinaria potencia.



A. Wilson, después de la muerte de Locklear, es el más atrevido de los aviadores. A. Wilson pasando de un aeroplano a otro, en plena marcha, sin ayuda de cuerdas ni de otro objeto alguno.



A. Wilson y su mascota, el perro "Laddie", que lo ha acompañado en numerosos vuelos



El general Pershing y varios oficiales del cuerpo de aviación norteamericano, en su palco del aeródromo de Mitchel Field, contemplando la carrera en que se disputaba el trofeo Pulitzer.



La sonrisa de la Victoria. C. C. Mosley, el primer ganador del trofeo.



Llegada del aviador C. C. Mosley al final de la carrera. Tripuló un aeroplano Verville-Packard, recorriendo más de 132 millas, a una velocidad de 178 millas por hora.

Un calculista maravilloso

''The Lancet'' de Londres, da cuenta de que en el Asilo de Armentières se halla recluído un ciego de nacimiento, joven de veintiséis años, apellidado Fleury, a quien se considera como un hombre de inferior mentalidad, o como un demente.

A pesar de esta circunstancia, el joven Fleury es uno de los calculistas más prodigiosos del mundo. Fleury puede extraer la raíz cuadrada de cualquier número, con seis cifras, en seis segundos. Sacó la raíz cúbica de 34.012.224 en once segundos, y la raíz cúbica de 465.484.375 en trece segundos. Pero esto parece un juego comparado con lo siguiente:

Se le preguntó cuántos granos de trigo habría en cada una de las 64 cajas, que contenían: uno, en la primera; dos, en la segunda; cuatro, en la tercera; ocho, en la cuarta, y así sucesivamente, hasta la última, y en catorce segundos contestó que en 14 había 8.192 granos; en 18, 131.072; en 24, 8.388.608, instantáneamente, y dijo que en cuarenta y ocho cajas había 140.737.488.355.328, en seis segundos.

Se le ordenó que diese el total de todas las cajas, y en cuarenta y cinco segundos dijo que contenían las cajas 18.447.734.073.709.551.615.

Como es ciego de nacimiento, jamás ha podido ver los números, pero ha estudiado el tratado de Braille y ha inventado él mismo su método.

En vista de su agilidad mental, varias personas se proponen prestarle asistencia para completar su educación.

El espíritu de Gui

En la última sesión celebrada por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París, el director de los Archivos nacionales leyó un interesante estudio titulado: ''De spiritu Guidonis'', que es un incunable descubierto en Delft, en 1486, y que refiere una escena acaecida en Alais, en diciembre de 1323, y otra, en enero de 1324.

''Un honrado burgués de la población llamado Gui du Tour—dice el documento—murió recientemente. Desde aquel punto, su viuda oía todas las noches la voz de su marido. Los vecinos la oyeron también, y por consejos de éstos, fué a consultar el caso con los hermanos predicadores. El prior, Juan Gobi, acompañado del hermano Juan Bonafous, lector en Filosofía; el hermano Deodato Duraud, el hermano G. Raoul de Millau y de más de 100 seculares, entre ellos el señor De Alais y Pierre de la Bruguliere, notario, se trasladaron a los lugares.

Después de adoptar todas las precauciones, hasta en los techos y en los alrededores, para evitar el fraude y la ilusión, e informados de que la voz parte de la habitación y se cree que del lecho del difunto, los cuatro monjes se encerraron en dicha habitación, cada uno con su linterna, y tomaron asiento sobre el lecho mortuorio, recitando las nuevas ''lectiones mortuorum cum litania''.

Los frailes se encontraban solos en la casa con la viuda, que estaba acostada, y con una dueña de su guarda.

El prior, sin que nadie lo supiera, se había provisto de una hostia consagrada.

Sin embargo, se oyó un soplo y un ruido, como el de una escoba sobre el suelo.

La viuda gritó: ''Ahí está''.

Y, en efecto, oyóse una voz, débil, pero distinta: era la del difunto.

Los cuatro frailes procuraron indagar de dónde salía, y la conversación se entabló entre el prior y el espíritu, el cual contestaba a las preguntas que le dirigía aquél, a quien conocía.

Dijo que estaba en el purgatorio, por haber ofendido a su madre; pero no estaba en el purgatorio común, sino que está obligado a hacer su purgatorio particular, donde tenía que permanecer dos años en los lugares mismos donde había pecado, a menos que no aliviasen con misas y otras plegarias, como los siete salmos de la penitencia.

Las misas podían ser en número de ciento.

El alma declaró que estaba sometida al suplicio del fuego.

El prior exclamó con asombro:

—¿Cómo un espíritu incorporal puede sufrir con una llama corporal?

—Es la voluntad de Dios—contestó el espíritu.''

Sigue el documento refiriendo otras particularidades de escaso interés, y luego cuenta que el espíritu le dice al prior:

''Que al morir las personas se ven rodeadas de un horrible concurso de demonios; que los demonios creen en la Santísima Trinidad; que los pecados confesados, pero no perdonados, se cuentan en el pasivo de los muertos, y que el alma, libre del cuerpo, tiene conocimiento de las cosas naturales. El prior dice al difunto que por qué su alma no busca consuelo de los religiosos, en vez de acudir a atormentar a su mujer, y el espíritu responde que es porque la quiere mucho y porque, además, ella esta al corriente de lo que le preocupa. El prior, en nombre de la hostia, de que es portador, ordena al espíritu que le siga, y el espíritu se dispone a obedecer. Cuando la voz pasa por encima de la viuda, ésta se desvanece. Y entonces el silencio se hace''...

Los académicos discutieron mucho este extraño documento, inclinándose los más a considerar que la viuda era una histérica, y que la voz se debía producir por los medios de que se valen los ventrílocuos para suponer que procede de puntos alejados del en que se encuentran.

Un arroyo de petróleo a través del océano

Ya se ha lanzado la noticia y está en estudio el proyecto.

Se trata de establecer, a través del océano, una tubería desde América hasta Inglaterra para enviar el petróleo del Nuevo al Viejo Mundo.

La ''Révue Scientifique'' publica acerca del particular detalles interesantes, referidos por el inventor M. Murphi.

Consta el conducto de un tubo flexible, formado por planchas de acero enrolladas en espiral y recubiertas de amianto, que posee una envoltura metálica protectora interior de 150 atmósferas, y una presión exterior de 700 atmósferas.

Se tiene en cuenta, al apreciar esta medida, que la viscosidad del petróleo opondrá una resistencia enorme en su deslizamiento en distancia tan considerable.

Esta dificultad podrá quedar resuelta por medio de un artificio inspirado en los que se utilizan en las líneas-pipas terrestres. Estas se hallan rayadas interiormente, como los cañones de las armas de fuego, con líneas helicoidales, y se adiciona al petróleo un 10 por 100 de agua.

La columna líquida impulsada por la bomba adquiere un movimiento de rotación; el agua, más densa que el petróleo, es arrojada contra las paredes del tubo por la fuerza centrífuga, y el petróleo, rodeado de una capa de agua que carece de viscosidad, puede correr rápida y con toda regularidad.

La tubería será fabricada a bordo de los barcos que deben colocarla, y depositada en el fondo del agua a medida que se vaya construyendo.

Cosas del cine, que no se ven en el cine

CÓMO IMPRESIONÉ "POR DON CARLOS"

La célebre novela de Pierre Benoit "Por Don Carlos" acaba de ser adaptada al cine. Musidora, que ha interpretado el principal "rol" femenino, cuenta en el siguiente artículo algunas impresiones experimentadas por ella durante la impresión del "film".

La escena en un restaurant de Montmartre. Son las dos de la tarde.

Personajes: Un amigo, Pierre Benoit, Musidora.

El amigo ha terminado un vasito de "chartreuse", Pierre Benoit lleva a sus labios un vaso en forma de tulipa.

Musidora fuma mordiendo un cigarrillo "Darling" —lo que prueba que no sabe fumar.

El amigo dice:

—Ya están el uno frente al otro; mi labor ha terminado.

Musidora responde:

—Sé que "Atlántida" será adaptada al cine. ¿Tendría usted inconveniente en cederme "Por Don Carlos"?

Pierre Benoit habla a su vez:

—Por el contrario sólo ventajas veo en ello—Pierre Benoit es esencialmente amable y galante. La heroína de mi novela parece haber sido concebida ex profeso para usted. Hay particularmente una escena de asesinato... con un cuchillo de cocina... que le sentará a usted como un guante.

El mozo trae la adición.

—...Y no quiero tardar más en decir que impresioné "Por Don Carlos" después de haber leído la adaptación a don Jaime de Borbón, hijo de don Carlos, adaptación que felizmente le agradó mucho.

"Por Don Carlos" será algo así como "La Arlesiana"; Don Carlos no aparecerá en la pantalla, o aparecerá muy poco. En cambio conoceremos por completo todo el país carlista, espléndido, salvaje e ignorado. Toda aquella guerra, esencialmente campesina, que se desarrolla entre montañas grandes y granjas pequeñas, será revivida en el cine por un núcleo de figurantes, los más dóciles, los más sinceros, los más conmovedores que hayan nunca aparecido en la pantalla. Les veremos en el éxodo de una aldea, con la misma alma de 1875. Una anciana conmovedora, sostenida por un nenito, preparó ella misma su carretilla. ¡Recordaba tan perfectamente la guerra! Nada faltaba. Era todo exactamente igual como en aquel año memorable.

Los caballos muertos manchados de sangre, todos los detalles trágicos de la guerra, contribuirán a prestar emoción a la obra. Granjas y caseríos quemándose servirán de fondo al trabajo de los célebres actores Abel Tarride, Janvier, Daragon, Mauloy, el pobre Jean Guitry, Jean Signoret, Clérone, Stéphane Weber, Henri Jullien, Reschal. Quisiera decir la emoción que experimenté viendo representar a Manoac, un día, al amanecer, ante la silueta de un fuerte, negro y enorme, en la cual se destacaban los cubrecabezas blancos de los soldados liberales.

Es un film soberbio que representa tres meses de ardua labor en España, con grandes y elevados apoyos, entre los cuales se puede citar a la diputación de Guipuzcoa, a la vez tan moderna y tan esencialmente tradicional. Con un medio como sólo pueda hallarse en el país vasco, y con una que otra pequeña molestia, como las que nos ocasionaba el alcalde de Fuenterrabía, gordo y redondo, mandándonos de vez en cuando algunos alguaciles; sin duda para que no olvidáramos que nos encontrábamos en la patria de Gil Blas.

El cinematógrafo hoy, debería poder presentarse doquiera. Las fronteras deberían abrirsele. A menudo se le pone ceño adusto; una máquina de fotografía parece sospechosa. ¡No obstante ¡no es ventajoso para todos los países hacer conocer las maravillas de su arquitectura y de sus paisajes!

Epílogo. — Pierre Benoit acaba de recibir la siguiente carta, de Fuenterrabía, fechada el 15 de septiembre de 1920:

Buen amigo: Todo ha terminado. Esta mañana me enterraron. No quiero dejarle ignorar los sufrimientos físicos que eso me ha valido.

Ahora ya he dejado de sufrir. De madrugada, a las seis de la mañana, mi "regisseur", el fiel Sánchez, ha llamado a mi puerta y me ha dicho:

—Hace lindo día, señorita. Hoy será la cosa.

Me levanté, tomé mi ducha, peiné mis cabellos, maquillé mi rostro, prestándole un aspecto cadavérico, rehice mi herida (pues ya recordara usted que en mi film "Alegría" muero herida por una bala) y en compañía de los operadores y de un anciano pastor, hemos subido en un carricoche, desmantelado y chirriante.

El día era anacarado y presagiaba una jornada hermosa; no obstante, tras las montañas violetas, algunas nubecitas blancas y delgadas me inquietaban. Nos faltaban tres horas de diligencia para llegar a mi tumba, tres horas a través de una carretera encantadora, serpenteada y plateada, y tan alta, que se distinguían las olas blancas a través de los árboles y las olas del mar parecían inmóviles.

Veíamos grandes manchas azules, límpidas como ojos infantiles, reflejos de arena dorada, a través del agua, y lejos, muy lejos, el nácar del cielo y del agua confundido, unido.

Entre un promontorio de rocas sombrías, pardas y rojas, unas matas de hierba, como una pincelada del Veronés, en una inmensa paleta, atrajo nuestras miradas. Era allí.

El carricoche, rudo para nuestros miembros sacudidos, se había detenido. Sólo nos faltaba recorrer un sendero de piedras grises y tierra acre para encontrar la tumba. La habían cavado la víspera. Era una tumba como todas las tumbas, banal, simple y conmovedora. Una cruz de madera. Una pala, un fusil, flores silvestres... ¡Eso era todo!

El pastor me tendió sobre la tierra fría. Todos estábamos conmovidos. Yo oía el ruido de las olas y retenía mi respiración. Cuando los preparativos cinematográficos estuvieron terminados, aspiré una gran boqueada de aire y el viejo pastor, tembloroso, comenzó a echar palas de tierra sobre mí.

La tierra era pesada, pesada y fría, para mis piernas aprisionadas, para mi cuerpo inmovilizado, del cual sólo la cabeza sobresalía.

Y entonces fué necesario aproximar el aparato, porque era menester que mi cabeza, como todo mi cuerpo, quedase enterrada en la tumba, para que ésta diera una impresión real.

Respiré una vez aún, procuré la inmovilidad más completa, y di yo misma la señal: "Vamos ya".

La primera paletada de tierra cayó sobre mis mejillas y mi mentón. La segunda cubrió mis ojos. La tercera cubrió mi rostro por completo, menos mi nariz.

La última, pesada y definitiva, hizo desaparecer para siempre mi rostro.

Ya era tiempo. Toda la ceremonia apenas había durado veinticinco segundos, pero ya me ahogaba. Mi boca masticaba tierra crujiente, mis oídos estaban taponados por tierra húmeda, mis párpados permanecían cerrados, por temor de sentir mis ojos llenos de polvo ardiente.

Y exclamando... "Zut!"... fué como hallé de nuevo a mis camaradas, el aire, el sol, el calor, la vida.

Heme ya gozando de buena salud. El film ha terminado. Regresamos de España, contentos por la labor realizada. Mi director de escena y mis operadores se entregaron por completo. Su conciencia puede estar satisfecha porque sembraron dinero a manos llenas, para mayor bien del arte.

Hasta pronto, querido Benoit, Musidora y Alegría le abrazan a usted... —**Musidora.**



Vivian Martin.

La vacuna contra la tuberculosis

El Instituto Pasteur, de París, acaba de publicar una memoria, en que el subdirector, M. Calmette, y el jefe del servicio de veterinaria, M. Guerin, se ocupan de los trabajos que desde hace muchos años vienen practicando sobre la vacunación de los bovinos contra la tuberculosis.

Como el descubrimiento del medio de curar la tuberculosis podía hacerse esperar demasiado tiempo, los dos sabios se dedicaron a resolver el problema de evitar la dolencia. Aunque su tarea no ha sido terminada, los resultados hasta aquí obtenidos merecen conocerse.

En 1908 comenzaron sus experimentos en Lyon, vacunando seis becerras bretonas que después encerraron en un establo dispuesto ya para favorecer el contagio, con cinco vacas adultas tuberculosas y cuatro becerras sanas, sin vacunar. Las vacunadas quedaron indemnes, y de las no sometidas a la operación, tres se contagiaron.

Los ensayos han proseguido desde entonces con tal éxito, que puede afirmarse que es un hecho la inmunización de los animales vacunos.

"Pero—añade el doctor Calmette— el problema exige experiencias prolongadas. Hemos adquirido la certidumbre de que nuestro bacilo bovino es inofensivo contra el hombre, aun aplicado por inoculación intravenosa a la dosis, por lo menos, de 44.000 bacilos. Pero si pretendemos precisar el valor práctico de nuestro método para su aplicación posible a la especie humana, necesitamos extender nuestros ensayos a mayor número de animales y proseguirlos por espacio de un ciclo de años que corresponda a la duración media de la vida de los bovinos. A este propósito aspiramos a ejecutar nuestros trabajos en los chimpancés, y vamos a crear en Konakry, en Guinea, país de origen de estos animales, un establecimiento donde sea posible criar un número suficiente a nuestras necesidades. En Francia un chimpancé cuesta 2.400 francos, y en Guinea sólo 25.

"Los ensayos de vacunación del hombre contra la tuberculosis no pueden emprenderse en condiciones satisfactorias, sino en un medio no infectado, es decir, en regiones del globo donde no exista la infección tuberculosa. Por eso creemos que se debe realizar en una isla de la costa occidental de Africa, donde no haya población indígena. Allí podían hacerse ensayos extensivos a la lepra, la fiebre amarilla, el tifus exantemático, las fiebres eruptivas, como la escarlatina, el sarampión, la viruela, etc. De este modo se organizaría un centro de investigaciones de psicología experimental, utilizando los monos antropoides y los métodos modernos de pedagogía aplicables a los animales."

Una ascensión al Kinchinyinga

El Kinchinyinga es uno de los montes gigantes de la cordillera de los Himalayas, y eleva su siempre nevada cumbre a unos diez mil metros de altura, al norte del país del Sikkhim, en la región septentrional de la India inglesa.

Dos alpinistas británicos, Mr. Harold Raeburn, autor de la obra "Mountaineering Art", y Mr. C. G. Crawford, funcionario civil de Assam, han efectuado últimamente un laborioso intento para llegar a la cúspide del gigante, y, aunque solamente han llegado a la altura de 21.000 pies (unos seis mil metros), han obtenido algunos datos interesantes respecto al coloso.

A principios del verano hicieron los expedicionarios algunas exploraciones previas en las inmediaciones de las faldas del Kinchinyinga, aun cuando las lluvias a la sazón eran muy copiosas y los campos de hielo de aquellas alturas amenazaban a cada momento descender en formidables aludes. Los exploradores siguieron río arriba el curso del Talung, hasta llegar al glaciar del mismo nombre, donde el río encuentra su origen. Para ello tuvieron que cruzar corrientes cuyos puentes habían sido arrastrados por la fuerza de las aguas, y atravesar bosques impenetrables, abriéndose camino a hachazos durante varios días. Siempre contrariados por el tiempo lluvioso, avanzaron casi directamente en dirección norte Pamionghi, y, salvando el paso de Ginchu, a 1.450 pies de altura, alcanzaron el glaciar de Talung al sur del Kinchinyinga, y desde donde obtuvieron una espléndida vista del gran monte el día 3 de agosto.

Desde allí volvieron a Darjeeling para hacer los preparativos necesarios con objeto de efectuar la ascensión definitiva. Contrataron varios "coolies" y prepararon gran cantidad de víveres y material apropiado. Las lluvias, entretanto, fueron tan tremendas, que la expedición no pudo ponerse en marcha hasta el 2 de septiembre.

Entonces, siguiendo a lo largo de la sierra de Singalilla, atacaron el Kinchinyinga por el sudeste y exploraron los glaciares de aquella parte. El acceso a la cumbre del gigantes resultó muy difícil; pero perseveraron en la empresa y llegaron a acampar a la altura de 20.000 pies. Las dificultades desde allí fueron creciendo y el tiempo se presentó cada día peor. Comenzó a caer nieve y el avance se iba haciendo, no sólo penosísimo, sino muy peligroso.

A pesar de ello se elevaron a 1.000 pies más, llegando a la máxima altura de 21.000. Pero, a partir de aquel punto, las dificultades de todo género fueron insuperables y los "coolies" con el equipaje no podían adelantar un paso, por lo cual decidieron no continuar el ascenso.

El retorno se hizo por un nuevo paso, cubierto de nieve, y a 18.000 pies de altura. El tiempo, al principio, fué verdaderamente insoportable, pero después fué mejorando. No hubo lluvias pero sí ventiscas de nieve, llegando a alcanzar gran espesor las capas de nieve recién depositadas en las laderas por la parte de Sikkhim.

Los expedicionarios estuvieron de vuelta en Darjeeling a mediados de octubre, después de un mes de ausencia. Los dos exploradores expresaron la admiración que les había causado la vista de las cimas del Kinchinyinga, cubiertas de nieve, contempladas desde el último campamento a 21.000 pies de altura. Ambos han manifestado la seguridad de que si el tiempo les hubiera sido favorable hubieran llegado hasta la cúspide.

El resultado más importante de la expedición de Mr. Harold Raeburn y míster C. G. Crawford ha sido el haber podido explorar los glaciares existentes en los pliegues de la colosal montaña y que, hasta el presente, eran muy poco conocidos, pues incluso en los documentos oficiales faltaban unos o se hallaban otros representados por verdaderas caricaturas de la realidad.

Transmisión y reproducción de fotografías por telégrafo

Se ha efectuado en los Estados Unidos la demostración práctica del Teleosterógrafo, aparato inventado por Mr. Edouard Belin, físico francés, quien hizo la primera demostración del aparato en París. El teleosterógrafo transmite y reproduce "telegráficamente" una fotografía.

La demostración presentada en los Estados Unidos, se efectuó el 14 de noviembre del año pasado. Los puntos de transmisión fueron la oficina del diario "The World", en Nueva York, y la oficina del diario "St. Louis Post-Dispach", en San Luis. La distancia en línea recta entre las dos ciudades es 1.000 millas. Se transmitieron cuatro fotografías, las que fueron reproducidas en ocho minutos. La reproducción de los negativos fué bastante clara, especialmente la del retrato de una de las personas presentes en la demostración desde New York, cuya fotografía transmitida por el teleosterógrafo es de un parecido notable, y satisfactorio acabado en línea y medios tonos.

También se hizo la transmisión de un mensaje escrito, el que se recibió en San Luis en forma bastante legible.

El mensaje se escribió con tinta roja en papel sensible y de especial preparación. Su reproducción tomó menos de un minuto, y en breve lapso de tiempo fué desarrollando en la cámara obscura del "St. Louis Post-Dispach". Inmediatamente que quedó desarrollado se transmitió por teléfono a New York, donde el inventor recibió una entusiasta ovación.

Aunque el teleosterógrafo está todavía en el período de experimentación, y su explotación comercial es embrionaria, ha demostrado, sin embargo, tener mérito intrínseco en este ramo de experimentación. Por cierto la idea no es del todo original en los Estados Unidos, donde en este ramo se han efectuado en los últimos años ciertos adelantos y perfeccionamientos más o menos conocidos; pero, con todo, es muy grata la valiosa cooperación del genio inventivo francés, cuya actuación en el terreno práctico es de desear sea tan efectiva como lo ha sido su brillante labor y bien expresadas teorías científicas.

El algodón produce más pelusa o borra cuando las filas de matas son esposas que cuando están apartadas, y esto por una propiedad algo rara del algodonero al echar las ramas. El algodonero echa dos clases de ramas: unas cortas, laterales, que dan fruto; y otras largas, gruesas, vegetativas, que no son otra cosa que tallos secundarios. Estas ramas vegetativas acaban por echar ramas fructíferas laterales, pero necesitan para ello larga temporada. En condiciones desfavorables, como cuando ocurre una sequía o cuando viene una plaga de gorgojos, no producen algodón, porque su sazón de dar fruto llega tan tarde que lo impiden las condiciones desfavorables, cualesquiera que éstas sean.

NO SE CAZAN MOSCAS CON VINAGRE

Comedia por Henry DUVERNOIS

(La escena pasa en París. Salita de estilo antiguo.)

PERSONAJES:

Leopoldo, Mme. Chevetrier, M. Pulvinaire, Mme. Camisade, Cecilia, Aurelia.

ESCENA I

Mme. Chevetrier, Aurelia

(Mme. Chevetrier, 60 años, rosada, fresca y jovial con sus cabellos blancos, arregla flores en un jarrón. Entra su vieja doncella Aurelia.)

Aurelia. — Señora, ya está aquí el señor Leopoldo.

Mme. Chevetrier (mirando el reloj). —¡A las tres!

Aurelia.—Por cierto, el señor Leopoldo sabe bien que es el día de la señora. Juan está vistiéndose. Yo he tenido que abrir la puerta, así como estoy...

Mme. Chevetrier. — Está bien; que pase adelante.

ESCENA II

Mme. Chevetrier, Leopoldo

Leopoldo.—Buen día, tia.

Mme. Chevetrier.—Buen día, Leopoldo. ¿Cómo te va?

Leopoldo.—Mal. El estómago... Pero no quiero molestarla. Sé que usted no me pregunta por mi salud para que yo le responda con un boletín detallado. Pues entonces, le contesto: Muy bien; gracias. No agrego: ¿Y usted? Porque usted tiene un rostro resplandeciente. ¿La molesto, tía?

Mme. Chevetrier.—Tú no me molestas nunca. Siéntate. Con tu permiso voy a continuar en mis pequeños preparativos...

Leopoldo.—Estoy viendo que la molesto. Usted me envió una tarjeta avisándome que recibía los domingos. Creí que esto era para darme a entender que yo sería importuno si viniese en otros días. He venido, pues, en domingo, pero eligiendo una hora que ya habría parecido poco mundana en los tiempos de Balzac. Dispénseme...

Mme. Chevetrier.—Eso no tiene importancia alguna entre nosotros.

Leopoldo.—La tiene. Con pequeños detalles de este género no doy buena opinión de mí. Es por esto que su doncella me ha anunciado con estas palabras: "Señora, "ya" está aquí el señor Leopoldo". Lo he oído. Por lo demás, Aurelia me detesta; me ha visto nacer, pero ella me detesta...

Mme. Chevetrier. — ¿Qué te imaginas tú de eso?

Leopoldo.—Que no tengo la suerte de haber nacido simpático.

Mme. Chevetrier. — ¡Estás loco! Ya... mi jarrón está terminado. ¿Lo encuentras bien?

Leopoldo.—¡Perfecto!

Mme. Chevetrier.—La gente moderna estrecha las flores unas contra otras, y las presentan como empaquetadas y como repollos. Yo soy de la antigua escuela. ¿Y tú?

Leopoldo (Con vaguedad). — ¡Dios mío!

Mme. Chevetrier. — Tú me encuentras muy trivial, y también muy cándida, ¿no es así? Darse tanto trabajo...

Leopoldo.—Para las gentes que no la conocen por ningún lado.

Mme. Chevetrier.—¿Esas tenemos? ¡Pobre niño! Cuándo dejarás tú de jugar al puerco espín, al erizo, y de rodearte de puntas, cuando nadie piensa en atacarte. Con el tiempo, cuando te hayas conquistado una situación brillante, tendrás enemigos, como los tiene todo el mundo. Por el momento, créemelo, tú te beneficias con una neutralidad benévola...

Leopoldo.—No se podría recordarme más hábilmente mi obscuridad. Obscuro, sí, pero clarividente. En la sombra en que me hallo es de donde se observa mejor. Luego, si yo he venido a las tres, ha sido para encontrarla a usted sola, y para no encontrar ni al gran banquero que me tiende el índice, como si yo fuera un pestoso, ni la gran coqueta, ni...

Mme. Chevetrier. — ¡Leopoldo!

Leopoldo.—¡Oh, tía, encontraría usted excusas al mismo Barba Azul!...

Mme. Chevetrier. — ¿Quién sabe? ¡Las mujeres son a menudo tan fastidiosas!

Leopoldo.—¡A qué paradojas lleva la indulgencia! ¡Tía, usted es una marquesa del siglo XVIII!

Mme. Chevetrier.—Y tú un tenebroso del siglo XVI. Pero ¿qué borrascas te traen por acá?

Leopoldo.—Esto: M. Pulvinaire, en cuya casa usted tuvo la bondad de colocarme, me niega todo aumento. En calidad de secretario, yo registro todas sus torpezas históricas, corrijo sus faltas de ortografía, me esfuerzo en enderezar su sintaxis vacilante. ¡Qué vida! En la noche, cuando termino mi trabajo, estoy casi desfallecido...

Mme. Chevetrier.—¿Y entonces?

Leopoldo. — ¿Entonces? Voy a comer. No a "comer". ¿Ha atrapado usted el significado? Comer en cualquier restaurant. Los cambio a menudo, porque no me dejo envenenar, ni explotar, sin quejarme.

Mme. Chevetrier.—¡Confío en ti!

Leopoldo.—Después tomo un tranvía que ordinariamente se queda plantado veinte minutos...

Mme. Chevetrier. — Inscribe entonces tu reclamo en el registro que existe al efecto.

Leopoldo.—Se entiende. Regreso a mi domicilio...

Mme. Chevetrier.—Tú no saludarás al portero, con el cual estarás reñido...

Leopoldo. — ¡Abría mis cartas! Y héteme aquí, después de un día cargante, en mi triste aposento, entre dos vecinos igualmente odiosos: un imbécil que se esfuerza en vano por tocar "Arizona" en el piano, y un pavo que canta con la nariz...

Mme. Chevetrier. — Estas pobres gentes aman la música. Es prueba de un alma sensible. Tú lo ves todo negro... ¡El estómago, Leopoldo!

Leopoldo.—Con tal motivo, usted va a reír. M. Pulvinaire, mi patrón, que se cree médico, como se cree historiador, me había indicado un remedio contra mis males de estómago. Lo tomé y casi me morí...

Mme. Chevetrier.—¿Es posible?

Leopoldo.—Casi la torcí, empleando el lenguaje corriente.

Mme. Chevetrier.—¿Y tú se lo has dicho?

Leopoldo.—Más o menos.

Mme. Chevetrier. — ¡Qué torpeza! ¡Era necesario hacerle creer que te había curado! Aunque esto no hubiera sido sino para hacértele agradable. No. Pero, en verdad, ¡qué mal carácter! ¿De qué te quejas, en resumen? Eres joven, un gentil muchacho; tienes por delante el porvenir, el amor...

Leopoldo.—¡Hablemos de eso! Usted me presentó a Mme. Camisade y a su hija Cecilia. La señorita Cecilia, me agrada, lo confieso. He decidido desplegar astucia y conquistarme primero a mi futura suegra. He tratado hasta hoy de hacerlo, pero no he podido dispensarme de largar algunas verdades a esa vieja loca...

Mme. Chevetrier.—¿La que no quiere oir hablar más de ti? Te has equivocado.

Leopoldo. — Si hubiera de prestar oído a usted, me sería necesario lanzarme hacia todos con los brazos abiertos para abrazarlos.

Mme. Chevetrier.—¡Por cierto!

Leopoldo.—¿Usted, tía, quiere reirse de mí?

Mme. Chevetrier. — Soy muy seria. No se cazan las moscas con vinagre. Oye, hace treinta años, cuando yo era bonita, tenía una enemiga feroz. Un buen día fuí a verla y le dije: ¡Querida, abracémonos, y que todo lo pasado concluya! Yo no esperé su respuesta. Yo la abracé; primero se resistió, después se enterneció. Sentí que se ablandaba... La conquisté de un solo golpe. Después, habría sido capaz de arrojarse a las llamas por mí.

Leopoldo.—¡Ah! Yo no tengo la diplomacia de usted... Mi carácter...

Mme. Chevetrier. — ¡Es execrable! Oye, se me ocurre una idea. ¿Quieres hacer una apuesta conmigo? Tú debes tener necesidad de veinticinco luises.

Leopoldo.—Tía, un moralista ha declarado que el hombre serio no tiene jamás necesidad de veinticinco luises... tiene necesidad de quinientos francos.

Mme. Chevetrier.—¡Pues bien! Te apuesto quinientos francos, ¿lo oyes bien?—los quinientos francos que tú necesitas—a que tú no abrazas a todas las personas que vengan hoy aquí.

Leopoldo.—¡Usted quiere hacerme encerrar en Charenton!

Mme. Chevetrier.—¡Veinticinco luises!

Leopoldo.—Para no ocultarle nada, yo venía a pedirle este dinero. ¿Quiere usted que yo lo gane? Pierda usted cuidado... Acepto esta apuesta extravagante. Yo no haré selección. Pero usted verá cómo va a pasar esto... Abrazaré... abrazaré como un loco, abrazaré a quien quiera, a riesgo de pasar como un idiota o como un monomaníaco, pues no me importa un diablo el modo cómo explicaré esta fantasia.

Mme. Chevetrier.—Ten confianza en mí y entrégate a la casualidad.

Leopoldo.—¡Una más a quien yo no soy simpático! (Entra Aurelia). Tiene bigotito, casualmente. (En voz baja a Mme. Chevetrier). ¿No va usted a exigir?...

Mme Chevetrier. (En voz baja).—Al contrario, empieza tu aprendizaje.

Aurelia.—¿Ha tocado el timbre la señora?

Mme. Chevetrier.—Trae té y pasteles. Decididamente, yo pondré este jarrón en la sala. ¿Me excusas, Leopoldo? (Ella sale).

ESCENA III

Leopoldo, Aurelia

Leopoldo.—¡Aurelia!

Aurelia.—¿Señor?

Leopoldo.—Oiga (la abraza). ¡Ya esta!

Aurelia.—¡Oh, señor Leopoldo!

Leopoldo.—¡Usted no me pregunta lo que me pasa!

Aurelia.—¡Vaya, señor, a mi edad!... Supongo que el señor ha recibido una buena noticia y que está contento. Esto no impide que yo me sienta muy honrada. ¡Y yo, que creía que el señor no me quería! ¡Mil gracias, señor!... En vez de té, le traeré al señor un buen chocolate bien espeso.

Leopoldo.—Vaya una buena idea...

Aurelia.—Y con una tortita, de esas que yo no hago sino para la señora. (Sale).

ESCENA IV

Leopoldo, Mme. Chevetrier

Mme. Chevetrier.—¿Está hecho?

Leopoldo.—Sí. Me ha dicho que se sentía muy honrada.

Mme. Chevetrier.—¡Tú ves!

Leopoldo.—Pero ella pica.

Mme. Chevetrier.—Tendrás ocasiones más agradables...

Leopoldo.—Tengo deseos de irme. Lo juro que esta jugarreta va a tener quizás malos resultados.

Aurelia (anunciando).—¡M. Pulvinaire!...

Leopoldo.—¡Mi patrón! ¡Oh! ¡No!...

Mme. Chevetrier. (Implacable).—¡Quinientos francos...

Leopoldo.—¡No podré nunca!...

ESCENA V

Leopoldo, Mme. Chevetrier, M. Pulvinaire

M. Pulvinaire. (Parece uno de esos muñecos chinescos formados de dos bolas. La más pequeña la cabeza; la más grande el vientre).—Mi querida amiga, he llegado muy temprano. Más tarde, llega la noche y yo trabajo a la luz de cuatro velas y de una lámpara "Cárcel", como los románticos.

Mme. Chevetrier.—Yo no le presento a mi sobrino...

M. Pulvinaire (Glacial).—¡Ah, ah! ¡Nuestro joven! Buen día, amigo.

Leopoldo.—M. Pulvinaire, yo... (lo abraza).

M. Pulvinaire. (Sorprendido).—¿Estaré decorado sin saberlo?

Leopoldo.—No, M. Pulvinaire!

M. Pulvinaire.—Entonces, no comprendo esta efusión... ¿Habrá abusado usted, amiguito, de alguna bebida alcohólica?

Mme. Chevetrier.—Tranquilícese usted. Mi sobrino ha querido solamente hacerle notar su agradecimiento. Sufría del estómago; usted le ha indicado un remedio y helo aquí completamente sano.

M. Pulvinaire. (Encantado).—¡Cáspita! ¿Qué le había dicho yo, joven?...

Leopoldo.—Me había usted recomendado tomar una yema de huevo fresco en agua de cal medicinal.

M. Pulvinaire.—Una idea mía. ¿Y esto le ha hecho bien?

BUEN REMEDIO



—¡Qué habrán pensado de ti! ¡Ese sinvergüenza te ha besado en público!
—No habrán pensado nada malo, mamá, porque yo lo arreglé, besándole a él. ¡Habrán creído que éramos parientes!

Leopoldo. (Con esfuerzo).—¡Admirablemente!

M. Pulvinaire.—Entonces lo tomaré yo cuando mi digestión sea difícil. (A Mme. Chevetrier). Querida amiga, he reflexionado mucho sobre la medicina como sobre todas las cosas. Compongo medicamentos a mi modo. Compruebe usted misma el resultado. Yo me congratulo, por otra parte, de aprovechar esta ocasión para dar a usted, delante de él, todas mis felicitaciones respecto de su sobrino.

Leopoldo.—¡M. Pulvinaire!...

M. Pulvinaire.—Bajo una cubierta un poco arrugada, yo había adivinado desde hace algún tiempo que ocultaba un corazón ingenuo y abnegado. Estreche esta mano, joven... pero no... no me abrace más, se lo agradezco, es inútil, pero lo estimo a usted mucho. Y en cuanto al aumento, es asunto decidido.

Leopoldo.—¡Oh! M. Pulvinaire!...

Mme. Chevetrier.—Tocan el timbre. Pasemos al salón.

M. Pulvinaire.—Con mucho gusto. ¿No viene usted, Leopoldo?

Mme. Chevetrier.—Un instante (a Aurelia, que acaba de abrir la puerta). ¿Quién es?

Aurelia.—La señorita Camisade.

Leopoldo.—¡Dios mío!

Mme. Chevetrier—Esta vez, te dejo solo.

Leopoldo. Tía, no me atreveré nunca!

ESCENA VI

Leopoldo, Cecilia

Cecilia. (En el umbral).—¡Oh! Perdón...

Leopoldo.—¿Le causo miedo, señorita?

Cecilia.—¡Oh! No, señor...

Leopoldo.—¿Entonces?

Cecilia.—Es que estoy sola.

Leopoldo.—Mayor razón...

Cecilia.—Pero va a venir mi mamá...

Leopoldo.—¡Ah! Entre usted entonces.

Cecilia.—¿Y está usted bien, señor?

Leopoldo.—Señorita Cecilia, no se sorprenda usted de nada.

Cecilia.—¿Qué es lo que hay, entonces?

Leopoldo.—Aseguro a usted primero y antes que todo, mi más profundo respeto...

Cecilia.—Le agradezco, señor.

Leopoldo.—Agregaré que cualesquiera que sean las faltas... no... me expreso mal, cualquiera que sea la voluntad de una madre... yo me inclino ante esa voluntad.

Cecilia.—Sé, señor Leopoldo que tiene usted excelentes sentimientos.

Leopoldo.—Establecido esto, no se admire usted de nada, se lo repito. ¿Sufre usted de desmayos?

Cecilia.—Absolutamente, no.

Leopoldo.—¿Es usted una de esas personas vivas, irritables, que se encolerizan de nada, lanzan grandes gritos, y alarman a todo el mundo?

Cecilia (riendo).—Esto no me ha sucedido nunca hasta hoy.

Leopoldo.—No se ría usted. Es porque tal vez no ha llegado la ocasión.

Cecilia.—Sin duda.. Usted es muy bromista, señor Leopoldo, y nunca lo había oído hablar tanto.

Leopoldo.—Tengo calor...

Cecilia.—Espero; usted ha picado mi curiosidad.

Leopoldo.—Si usted supiera... ¡Ah! Señorita Cecilia, qué abismo puede haber en setenta y cinco centímetros más o menos.

Cecilia.—¿Un abismo de setenta y cinco centímetros? No es algo terrible saltarlo.

Leopoldo.—¡Lo ha dicho usted bien! Y cuánta verdad hay en esto... ¡Vamos! Ha llegado el momento, señorita Cecilia, esté usted persuadida de que para obrar como yo voy a hacerlo, es preciso que yo esté guiado por un interés superior...

Cecilia.—¡Oh! Pero, señor Leopoldo, usted al fin, me está dando miedo! ¿Y cuál es este abismo?

Leopoldo.—Es el que separa mis labios de su frente!...

Cecilia (tranquilamente).—¿Quiere usted besarme, señor Leopoldo?

Leopoldo.—Sí, señorita Cecilia... Pero le juro que en este instante no pienso sino en usted. ¡Hace ya tanto tiempo!... Y usted está ahora aquí... Y usted oye mis extravagancias sin molestarse... Yo temía tanto este encuentro. Si usted me hubiera acogido con frialdad, no sé qué habría sido de mí. Era lo mismo cuando usted me hacía el honor de recibirme. Llegaba contento y me retiraba inquieto...

Cecilia.—¡Por consiguiente!...

Leopoldo.—Sí, lo sé bien: "por consiguiente"... ¿Qué quiere usted? Yo paseo en la vida, como en una calle en que todas las ventanas estuvieran cerradas y todas las casas me fueran hostiles. En su interior, hay luz, alegría, calor... El extraño pasa y siente frío de este calor que adivina, está triste con esa alegría que presiente, y está a obscuras con esa luz que entrevé. Las gentes le creen malvado; y no es sino un desgraciado. No es sino un pobre hombre que siente una necesidad desesperante de ser amado, pues se cree digno de ello. Su amargura está hecha de su amor por la justicia y de su ternura contenida. Para curarlo, no bastaría quizás sino el humilde milagro de un beso...

Cecilia.—¿Por qué no me lo había dicho usted antes?

Leopoldo. — Siempre creo que se comprende lo que se siente tan vivamente.

Cecilia.—Usted no hablaba sino con mi mamá...

Leopoldo.—Yo me imaginaba poder así apartar el único obstáculo...

Cecilia.—Cuando quedábamos solos, por casualidad. Usted me exponía proyectos prácticos.

Leopoldo.—Sepa, señorita, que solamente los desinteresados son los que hablan sin cesar de proyectos prácticos. Se les reprocha: "¡Usted no es práctico!" Tratan de defenderse como pueden, y yo le hablaba a usted del seis por ciento, de la dificultad de tener buena servidumbre, y del presupuesto de un matrimonio serio con muchas cosas bonitas en la cabeza, a tal punto que si yo se las hubiera dicho, me habría usted tomado por un loco. Lo verá usted. No soy de esos burgueses que pisotean las flores con sus zapatos gruesos. Haré en todo su voluntad. Seré un bohemio, un bohemio ordenado, pero un bohemio... Oiga... Si usted no me permite abrazarla... aunque pueda costarme... yo no le dirigiré ni un solo reproche. Me iré resignado... La escucho, señorita...

Cecilia. — Señor Leopoldo. Voy a irme.

Leopoldo.—¿La he molestado a usted?

Cecilia.—Yo me voy y vuelvo pronto. Eso será menos molesto. Imagínese usted que no me ha visto todavía. Usted se sienta allí, y lee un libro.

Leopoldo.—Obedezco (toma un libro y aparenta leer. Cecilia sale, cierra la puerta, y regresa en seguida).

Cecilia.—Buenos días, señor Leopoldo.

Leopoldo.—Buen día, señorita. ¡Ah! que bella sorpresa. (Cecilia acerca la frente). Yo soy... yo... (La besa) ¡Cecilia!

Cecilia (conmovida).—¡Leopoldo!

Leopoldo.—No. usted no se ha enojado.

Cecilia.—Usted lo ve...

Leopoldo.—No haga caso de mis palabras: son estúpidas, pero lo que hay debajo de ellas es radiante. "Usted no está enojada" quiere decir: "Estoy loco de felicidad", yo...

Cecilia.—Retírese.

Leopoldo.—¿La disgusto?

Cecilia.—No. Pero siento pasos en la sala...

Leopoldo.—¡Cielos! ¡Su señora mamá!

ESCENA VII

Leopoldo, Cecilia, Mme. Camisade

Mme. Camisade (a Cecilia).—¿Qué haces ahí? (Secamente, a Leopoldo) señor?...

Leopoldo (trastornado). — ¡Señora! (Abraza a Mme. Camisade).

Mme. Camisade.—¡Oh! ¡Por ejemplo! Esta no está conmigo. Y aunque lo estuviera.

Leopoldo.—Señora, quiera usted excusarme este modo un poco caballeresco de reconocer mis faltas.

Mme. Camisade.—¿Reconoce usted al fin que ha cometido faltas?

Leopoldo. ¡No!

Mme. Camisade.—¿Cómo?

Leopoldo.—¡Sí, sí!

Cecilia.—Voy a explicártelo, mamá. El señor Leopoldo me acaba de preguntar cómo me manejaba yo cuando estaba chica, para obtener tu perdón. Yo le decía: No hay sino tomar a mamá por el cuello y abrazarla. Ella resiste un poco, por fórmula, y después...

Mme. Camisade.—En verdad, soy muy débil...

Leopoldo. — Es usted muy bondadosa.

Mme. Camisade. — Por fin, señor Leopoldo, yo tomo en cuenta su hermoso movimiento, un poco desconcertante en verdad, pero espontáneo. Esa mascarita tiene razón: soy arrebatada, soy colérica... sí, sí... conozco mis defectos; pero un gesto como el suyo... y toda mi rabia se funde como nieve al sol. Sólo es necesario tomarme a tiempo, eso es todo... Vaya usted a comer con nosotros el jueves.

Leopoldo. — ¡Señora! ¡Cuánto le agradezco! ¿Smoking? ¿A las nueve?

Mme. Camisade.—Vestón. A las siete y media.

ESCENA VIII

Leopoldo, Cecilia, Mme. Camisade, Mme. Chevetrier

Mme. Chevetrier.—¡Me dejan sola! Entren al salón sin temor. M. Pulvinaire se ha ido.

Mme. Camisade. — Querida amiga, vaya usted a comer a casa con su sobrino, el jueves.

Mme. Chevetrier.—¡Ah! ¡Con mucho gusto!

Mme. Camisade.—Será una gentileza.

Leopoldo. — Señora, permita usted que me retire (movimiento de Mme. Camisade. El le besa la mano).

Mme. Camisade.—¡Felicidad!

Cecilia.—Hasta el jueves, señor.

Mme. Chevetrier.—Hasta el jueves. (Cierra la puerta de la derecha).

ESCENA IX

Mme. Chevetrier, Leopoldo

Mme. Chevetrier.—¿Estás contento?

Leopoldo.—¡Ah! Tía mía, tía mía!..

Mme. Chevetrier.—Creo que mi idea era buena.

Leopoldo. — ¡Sublime! Todos mis principios han sido derribados. Abrazaré a todo el mundo, ahora. ¿Dónde está alguien para abrazar?... Voy a abrazar al mozo de mi restaurant, al motorman del tranvía, a mi portero, a mi vecino, a mi vecina! ¡Tía, Cecilia me ama! Me he reconciliado con Mme. Camisade. La doncella de usted me halla gracioso, y M. Pulvinaire me va a aumentar el sueldo.

Mme. Chevetrier.—¡Y todo esto por cuatro abrazos!

Leopoldo.—Es usted un hada. ¡Piense usted! ¡Un matrimonio, una situación!... Sin contar quinientos francos que me permitirán "doblar el cabo" a fines de mes...

Mme. Chevetrier.—¿Qué quinientos francos?

Leopoldo. — ¡Los veinticinco luises de la apuesta!

Mme. Chevetrier.—¡Me había olvidado! El día ha terminado, y ha terminado bien, ¿no es verdad? Conviene arreglar la apuesta.

Leopoldo.—Oh, suerte!

Mme. Chevetrier. — ¡Tú has perdido!...

Leopoldo.—¿Perdido?

Mme. Chevetrier.—¿Cuáles eran las condiciones?

Leopoldo.—Usted ha apostado que yo no abrazaría a todas las personas que yo encontraría hoy aquí...

Mme. Chevetrier.—¡Pues bien! ¡Tú no me has abrazado a mí! (Leopoldo cae en sus brazos).

Versión del francés por [illegible]

Rabindranath Tagore, el sutilísimo poeta hindú

por José ALBUERNE

Este mago moderno de la poesía, conocedor melódico de todos los matices del pensamiento, gigante alma de niño con orientales irisaciones, famoso ya en el mundo de las ideas, arribó a Nueva York recientemente.

Apenas contemplamos su faz serena de apóstol y la dulce luminosidad de sus grandes ojos de vidente en las fotografías que publicaron los diarios, nos dispusimos en orden de peregrinación, tal que si pensáramos visitar algo muy venerado, inclinado el torso, destocados, mirándole con la humildad del que escucha una oración al sacerdote.

Porque Rabindranath Tagore es un sacerdote en el amplio concepto de la palabra; más aun: es un Mesías contemporáneo, en cuyo inflamado corazón, rebosante de fraternidad, quiso el cielo que resonaran delicadísimas canciones.

El genial poeta hindú refleja, así en su aspecto y con su palabra como en sus libros, las dos características de los maestros: serenidad, sinceridad.

Tagore es un cauce idílico; su mansedumbre literaria hay que encontrarla en la vida de Crisóstomo, del hermano Francisco. Sus versos exhalan una ternura casi desconocida en la literatura occidental. Hay un suave panteísmo en todos sus poemas que logra esponjar el alma del lector, como si uno se bañara en el Infinito, sintiéndose ingrávido, lumínico, espolvoreado en las cosas...

Si fuéramos a adjetivarle, a encasillarle con arreglo a nuestras cambiantes y ridículas fórmulas de "escuela", a Rabindranath Tagore le llamaríamos panteísta, teósofo, budista, esotérico y sabe Dios cuántas lindezas por el estilo, siendo tan fácil, con una palabra, calificar su maravilloso talento, porque el anciano bengalés es, por excelencia, poeta, el poeta, tal como, por raíz filológica, ha de entenderse el significado directo de los "adivinos" e intérpretes de los pensamientos altos y bellos.

Un grupo de periodistas, en su mayor parte americanos, escuchamos su palabra flúida, resonante, cálida y dulce al mismo tiempo. Su gentil figura de gran señor oriental, la placidez de su noble rostro, austero y expresivo, el mesurado accionar de sus manos y todo su continente grave y sin embargo lleno de cordialidad, a todos nos impresionó muy gratamente desde los primeros instantes.

Nos recibió en su departamento del hotel Algonquin, estrechándonos la mano y sonriéndonos. Luego de unos minutos en que las preguntas y respuestas se cruzaron rápidas y discretas, el autor de "El Cartero del Rey", —acaso su mejor obra — nos habló así:

"Yo dije alguna vez — comenzó diciendo Rabindranath — que América era fuerte, ruidosa. Pero esto no es exactamente la verdad; hay que ampliar el concepto. América es joven, impetuosa, hambrienta de vida expansiva, con ambas manos tendidas en un robusto deseo de abrazar muchos horizontes.

Los europeos se hallan exhaustos, gastados, laxos. La civilización europea, habiendo desparramado su cauce, volverá a orientarlo en América la joven, donde la vida, exuberante y pródiga, comienza ahora a formar ideales nuevos con la virilidad y el entusiasmo de las primeras acometidas. El viejo mundo, después de la tremenda crisis de la guerra, se encuentra en peor situación con el advenimiento de la paz.

Pero, de todas suertes, a pesar del gran fracaso que significó, así en lo espiritual como en lo material, el enorme desahogo de la guerra, yo soy optimista con respecto a los futuros destinos de la Humanidad. Yo no desespero de los pueblos europeos, que, al fin, encontrarán una honrada orientación sociológica fundada, según creo, sobre bases más fraternales que jamás se hayan ensayado en la Historia.

La tirante situación entre Inglaterra e Irlanda "rompe el corazón". Recientemente, estando yo en Francia, leía las informaciones de los periódicos acerca de este difícil problema, y, a consecuencia de tales lecturas, caí enfermo, materialmente afectado.

La gravedad de la situación sigue en pie; la política inglesa, usando todos los recursos imaginativos de su autoridad, no hace otra cosa que aplazar la gran ruptura, un desenlace sangriento tanto más horrible cuanto más detenido... Acaso el Altísimo se apiade de nosotros...

En este Continente no todas las condiciones que pervalecen son buenas; falta mucho por andar, pero los peregrinos poseen sólidas piernas que sabrán acarrear sus optimismos hacia más fraternales circunstancias. Hay esperanzas. La guerra no ha torcido, no ha logrado desvirtuar las cualidades espirituales, casi vírgenes, que florecen desde hace algunos lustros en esta parte del planeta.

Acerca del intento de Mr. Edison para establecer científicamente comunicación con los muertos, llegando a la certeza de la supervivencia... Bien; esto es una materia espiritual seguramente, un buen camino de experimentación practicada con sinceridad, con curiosidad noble y deseos vehementes de sana filosofía.

He aquí una pregunta: La personalidad, el "yo", ¡puede y desea comunicarse con la tierra que dejó tras de sí?

Antes de nuestro nacimiento no teníamos noción de lo que la vida iba a ser. Y justamente tampoco tenemos idea de lo que nos espera después de la muerte. Nacemos y nos hallamos como en nuestra propia casa; parece que todo estaba previsto para nosotros.

Todo lo que sabemos del mundo que nos espera es que será algo bueno; no se concibe, no puede ser de otro modo. La muerte sería terrible de no morir con tal creencia. Tengamos fe.

Respecto a la máquina de Mr. Edison, con la que se intenta averiguar si la personalidad sobrevive, no se puede decir aquí si un desencarnado desearía o tendría los medios de comunicarse con los vivos por conducto mecánico. Es esta una cuestión, una gran cuestión que nos afecta fundamentalmente a todos. Plantearla es algo; resolverla... acaso sea demasiado.

La vida futura nos ofrece mejores perspectivas que las de este mundo; hay que creer, hay que estar seguros de un "más allá" iluminado de bondad y de sabiduría, de acuerdo con la ley de evolución universal...

Encuentro en América una asombrosa hambre espiritual, signo de un bello porvenir de civilización mental, y se va abriendo paso la verdad que consiste en la íntima persuasión de que no bastan las riquezas materiales para darnos satisfacciones verdaderas. Hay otra "cosa" por encima del progreso mucho más deseable que la sensualidad de los sentidos; la inteligencia y el corazón suelen asociarse para soñar en otras conquistas de plenitud anímica, de las que no dejan amargos rastros de cansancio y hastío.

Vamos dentro de la Ley; todo marcha dentro de la Ley; nadie ni nada se evade de la Ley; pero la Ley, en su elástica sapiencia, permite muchos caminos, facilita muchos impulsos, corrige muchas desorientaciones hasta que todo, a su hora debida, cae en el cauce ascendente que nos conduce al UNO, al GRAN FOCO del cual hemos emanado.

En realidad filosófica no se retrocede. Los pequeños retrocesos aparentes, ya colectivos, ora individuales — guerras, asesinatos, egoísmos — obedecen también al Destino y buscan y encuentran al fin, después de los necesarios tanteos, el sendero ascendente.

Todo marcha, todos marchamos en una maravillosa disconformidad que es uniforme sideralmente considerada.

Esto es lo más bueno que debemos pensar y creer todos los humanos."

Calló el poeta, paseando su inteligente y clara mirada por los circunstantes.

Sus blancas barbas apostólicas semejaban la florida mata de un rosal sagrado, algo como una enredadera de sutilísimos tallos ensortijados cubriendo el apacible rostro.

Y al contemplarlo así, tan cerca, tan humano, sintiendo el genial aliento de su alma asomarse a los sacerdotales labios, releímos mentalmente las bellísimas páginas de sus poemas; recordamos el estupendo infantilismo de su numen, tan grande en los ínfimos detalles, tan rico en caricias espirituales, tan amplio y tan comprensivo... Sus ternísimos poemas que juegan con las mariposas, que se posan, para balancearse graciosamente, sobre la hoja palpitante y húmeda de una flor; que hablan con los pajarillos y se columpian de las ramas de los árboles, y luego van a las rosadas bocas de los niños, anidan en el pecho amoroso de las madres, suspiran en los corazones de las amantes, rezan en los labios temblorosos de las abuelas para ascender, en espirales de luz, hasta la "melancólica lágrima de plata".

El maestro Tagore se propone dar lecturas aquí, ante selecto público, desarrollando, en varias conferencias, sus enseñanzas y sus ideales.

Es un Mesías de paz y de optimismo que va por el mundo derramando el bálsamo saludable de sus estrofas.



Rabindranath Tagore.

El aire difundidor de enfermedades

El veterinario jefe del ministerio de agricultura de Inglaterra ha hecho público en los periódicos de Londres una nueva teoría en que sienta como elementos de difusión de ciertas enfermedades del ganado los aeroplanos, el aire y las nubes.

El veterinario jefe, sir Etewart Stockman manifiesta que la Gran Bretaña ha permanecido indemne a esas infecciones hasta que se ha desarrollado la aviación. Además dice que las aves migratorias, excepto las que en la primavera acuden desde el Mediodía, también son portadoras de gérmenes infecciosos.

Igualmente sostiene que el virus es llevado por el aire a grandes distancias.

"Donde se acostumbra—dice,—como sucede en el continente, a mantener siempre al aire libre los ganados, es muy común observar que las hebras de las babas que se desprenden de la boca de los animales vacunos son arrebatadas por el aire y dispersas a los pocos momentos en partículas, que desaparecen pronto de la vista."

Supone luego que esas partículas son arrastradas a centenares y miles de kilómetros por las corrientes del aire, y hasta elevadas a las nubes, de donde descienden con el agua de las lluvias.

Todas estas circunstancias contribuyen a que las enfermedades de los ganados enfermos en un país se transmitan sin necesidad de contacto directo a los de otra nación más o menos inmediata.

Sir Stewart Stockman cree que los aviadores podrían prestar grandes servicios a la ciencia cooperando a las investigaciones conducentes al análisis del aire en determinadas zonas de la atmósfera.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Remedios caseros

AGUA SEDATIVA

Se prepara disolviendo un puñado de sal de cocina en un litro de agua caliente, se deja enfriar y se le añade una copita de amoníaco líquido y una cucharadita de alcohol alcanforado.

AGUA BÓRICA

Hervir durante quince minutos, 20 a 40 gramos de ácido bórico en polvo en un litro de agua. Esta preparación es excelente para la antisepsia de la piel, de los ojos y de la boca.

AGUA FENICADA

Se emplea principalmente para el lavado y desinfección de las heridas y de los instrumentos. Se prepara haciendo hervir en un litro de agua cincuenta gramos de ácido fénico.

BAÑOS DE PIES

Además de sus cualidades higiénicas, tienen aplicaciones curativas. Calientes (35° a 40° C.) son calmantes para dolores de cabeza y de muelas, pues descongestionan la cabeza; se emplean también en los casos de opresión al pecho, resfríos, etc. Para que su efecto sea más activo, se le agregan otros ingredientes; así se hacen con cenizas agregando cuatro o cinco puñados por balde de agua caliente; con uno o dos puñados de sal común o de soda; con mostaza echando un puñado en el balde antes de verter en él el agua caliente. Cuando los pies están afectados de sabañones o tienen heridas, los baños se prepararán con dos o tres cucharadas de alumbre, o con decocciones de malvas, hojas de nogal o corteza de roble. Los baños fríos (20° a 30° C.) tienen efectos muy distintos, no convienen a las personas débiles o enfermizas. Se emplean para combatir el insomnio tomando un baño de minutos inmediatamente antes de acostarse; los pies no deben secarse, sólo se envolverán en un paño de lana. Son también convenientes para reaccionar cuando se tienen los pies helados. Se tendrá siempre la precaución de tomarlos al acostarse y dos o tres horas después de las comidas.

La cocina

CABEZA DE TERNERA A LA PORTUGUESA

Se toma una cabeza de ternera sin sesos ni lengua y después de cocerla, se quitan los huesos. Se parte la carne en pedazos que se ponen en una cacerola, en la que antes se ha rehogado un poco de cebolla picada, perejil, pimienta y manteca, añadiendo poco a poco el caldo que ha resultado al cocer la cabeza hasta que quede muy reducido.

ESTOFADO DE VACA

Tómese un buen trozo de carne que se mecha con trocitos de tocino. En una cacerola con tapa se disponen en el fondo unas lonchas de tocino, manteca de cerdo, pimienta en polvo, clavo, cebollas pequeñas enteras y un poco de vinagre. Colóquese la carne encima y cúbrase con una mezcla de dos partes de vino blanco y una de agua. Tápese la cacerola y póngase a poco fuego, destapando únicamente cuando tenga que darse vuelta a la carne. No se debe destapar la cacerola hasta media hora después de haber empezado a cocer y se conocerá que el estofado está hecho cuando la carne esté tierna.

CARNE DE VACA ASADA

Se toma un buen pedazo de carne de asar y se sazona con ajo picado y sal molida. Póngase en una cacerola con unas lonjas de tocino, manteca de cerdo, cebolla en pedazos, pimienta y perejil, y llévese a asar a fuego lento dando vuelta con frecuencia al trozo de carne. Si antes de estar la carne asada se pusiera el caldo muy espeso, no hay más que añadirle un poco de caldo o de agua caliente.

Conviene siempre acompañar este plato con una ensalada de lechuga, tomates o escarola para atenuar la grasitud de la comida.

BACALAO A LA PORTUENSE

Se despedaza bacalao cocido y limpiándole perfectamente la piel y las espinas, se mezcla con trozos de patata cocida, en mayor cantidad que de bacalao, y se añade perejil y pimienta, picando todo muy bien hasta que forme una masa uniforme. Por separado se pone aceite a freír en una sartén y cuando está hirviendo se echa la masa en forma de dolas, que se retiran de la sartén cuando están bien doradas.

PATA DE CARNERO ASADA

Se toma una pata de carnero y después de limpiarla se le echa sal molida, y se unta con manteca de cerdo. Colóquese en el asador y mójese con una mezcla compuesta de dos cucharadas grandes de vinagre, dos cucharadas de caldo y cebolla picada. Póngase después al horno y úntese de cuando en cuando con manteca. Una vez asada la pata se saca del horno, se unta con huevo batido y pan rallado y se vuelve a meter en el horno hasta que se dore.

PUDDING DE PESCADO COCIDO

Se cuece el pescado que se prefiera y una vez limpio de la piel y de espinas, se pica muy menudo y se hace una masa con miga de pan deshecha en leche. A esta mezcla se añadirá cebolla picada muy fina, perejil también picado, sal, pimienta y huevos en cantidad proporcional a la del pescado. Los huevos se han de añadir a la masa después de batidos, y ésta se echará en un molde untado de manteca, que se pondrá al horno, hasta que se dore.

COSTILLAS DE CARNERO

Se preparan las costillas limpiándolas y sazonándolas con sal, pimienta y ajo, y se dejan una noche entera a remojar en una cacerola o en un plato hondo lleno de vino blanco. Transcurrido este tiempo se baten unos huevos en los que rebozan las chuletas, cubriéndolas con perejil picado y pan rallado. Fríanse en manteca de cerdo y sírvanse.

TORTA DE ALMENDRAS

Se toma la cantidad suficiente de harina y haciendo un montón y un hueco en el centro, se echan en éste 125 gramos de manteca, otro tanto de azúcar en polvo, 200 gramos de almendras peladas y machacadas, 4 huevos y un poco de sal. Amásese todo bien, pásese el rodillo y échese la pasta en un molde, dorando por encima con huevo batido.

PUNTOS DE VISTA



—Qué ridículamente vestían nuestros antepasados, ¿no es cierto?

Colaboración espontánea

El día que me quieras

El día que te decidas
a decirme el "sí" que espero,
con tanto afán como el náufrago
que avista el ansiado puerto,
alumbrarán las estrellas
en mi cielo que es tan negro;
y será la primavera
dentro de mi crudo invierno.
Tendrán un nuevo perfume
las hierbecillas del huerto
y entonarán las calandrias
desconocidos gorjeos.
El manantial de la fuente
será más claro y sereno
y el sol lucirá sin manchas
en el marco azul del cielo.
Las nubes serán más blancas
y el bosque tendrá reflejos
tornasolados y nítidos,
cual la paleta de un diestro
pintor, al que la locura
de la inspiración, lo ha muerto
para la razón, y tiene
un mundo dentro el cerebro...

El día que te decidas
a decirme "sí", de nuevo
el Amor habrá nacido
para bien del universo.
Y habrá otra casita blanca
y un bien cultivado huerto
con su palomar, con flores
y también con gallinero...
Y habrá ruido de alas,
aromas y cacareos,
risas alegres, cantares
y un dulce rumor de besos...

Rafael **RUIZ CRUCES.**

Quiero ser bueno...

Este amor que me inspiras, noble amiga,
hizo nacer de nuevo la esperanza
en mi espíritu triste y fatigado.
Hoy ya quiero vivir,
quiero olvidar para sentir de nuevo,
y en el alma febril de mi ternura
he soñado, mi bien, con ser muy bueno.

Bueno como el aroma de esas flores
que endulzaron mis horas de amargura.
Bueno como ese beso recibido
en mis noches nostálgicas y largas
en un rayo de luna confundido.
Bueno como los labios de mi madre
que secaron mis lágrimas con besos...

Y en el ansia febril de mis ternuras,
ya ves cómo he querido ser muy bueno...

José D. **FORGIONE.**

No estoy solo, señora

En mi torre de angustia, recluso, día a día
aspiro la exquisita fragancia evocadora
de un lejano recuerdo... y aunque sufro, señora,
no maldigo la gracia de mi melancolía.

Emanación sutil de nardos que la umbría
amortajó en el suave poniente de la hora
final de aquel idilio que tembloroso llora
mi corazón ya viejo, ¡que tanto la quería!

Mi soledad es noble, tranquila, sosegada;
se tiende hacia la sombra la pupila cansada,
buscando los objetos que su mano sahumó.

Y al hallar como nunca tan bello mi retiro,
la veo cual me mira en todo lo que miro
con sus divinos ojos que la muerte cegó!

Rodolfo **BAGUÉS.**

Al Plata

Porfiadas tus olas dan
en besar tu playa, ¡oh, Plata!,
cuya atracción arrebata
la intensidad de su afán.

OPINION JUSTIFICADA



—¡Qué conversador más ameno! ¡Sabe elegir muy bien los asuntos, para interesar!
—¿De qué te hablaba?
—De mí.

Tu grandeza las espanta,
con sus ímpetus las hiere,
y como el cisne que muere
cada ola muriente canta.

Por halagarte en secreto
al ir a tocar tu playa,
con sus burbujas ensaya
collar de perlas discreto.

Galas de apuestas ondinas
que arrebata la corriente,
y que asoman de repente
en las ondas azulinas.

Murmurantes se deshacen
sobre tus blandas arenas,
y apenas mueren, apenas,
igual que el Fénix renacen.

Tal vez en su discurrir
vierten su plegaria ignota,
o espontánea y blanda brota
la expresión de su sentir.

O quizás van al azar
rodando como mis horas
tras de playas bienhechoras
donde poder descansar.

Teófilo C. **CHIESA.**

La absurda tristeza

Yo en un tiempo vagaba, triste y malhumorado;
por todas partes llevaba una absurda tristeza;
con mi paso tardío y mi colgante cabeza,
aún sin melena, parecía un alocado.

Ni yo mismo sabía la causa de ese estado
de mi espíritu que antes era todo entereza,
y cuanto más preguntaba a mi pobre cabeza,
más sombrío me tornaba y más malhumorado.

Pero un día lo supe. Ante un vaso de cerveza,
—con que yo pretendía matar esa tristeza...—
una pobre bailarina de un obscuro bar,

una pobre bailarina, muy fea y muy vieja,
acercóse, y muy triste, con voz que era una queja,
al oído murmuróme: ¡Hay que amar! ¡Hay que [amar!

O. RODRIGUEZ NASSO.

Tus ojos

Tienen tus ojos,
grandes y negros,
el don sublime
de cautivar.
Y si me miran
serenamente,
siento en el alma
deseos de amar.

Ellos me hablan
de tu cariño,
de los encantos
de tu pasión.
Ellos me dicen
¡ay! tantas cosas
que siempre nacen
del corazón.

Yo bien quisiera,
constantemente,
ver de tus ojos
siempre el fulgor.
Para inspirarme
en tus miradas
y así cantarte
todo mi amor.

Joaquín Carlos **YORIO.**

Cuadro

Para "Fray Mocho".

En la cumbre de una loma
que dora el sol con sus rayos,
donde en lánguidos desmayos
va a posarse la paloma,
entre unos sauces asoma
ranchito de paja y tierra,
emblema de ayer que encierra
la tradición nacional
y donde canta triunfal
el ruiseñor de esta tierra.

Allí un valiente paisano
alzó su nido amoroso
buscando paz y reposo
entre el infortunio humano;
vive contento y ufano
con la china que lo adora,
la que con voz seductora
y al compás de la guitarra
sus puros amores narra
en la bordona que llora.

No conocen inquietudes,
ni pesares, ni dolores;
la vida les brinda flores
en pago de sus virtudes.
Transcurren sus juventudes
sin un pequeño incidente,
entregados dulcemente
al afán de una pasión
que llena de bendición
porque es algo que se siente.

Por la mañana las aves
despiértanlos con sus trinos,
con cantares peregrinos
llenos de músicas suaves;
y por la noche las naves
que cruzan el ancho cielo
como puñados de hielo
les mandan su luz más bella,
y ellos se espejan en ella
y amarse siempre es su anhelo.

Pascual A. **DE VITA.**

Lid de amor

Como un temible guerrero
que atacara con firmeza
la enemiga fortaleza
confiado en su fino acero...

Embriagado de pasión
y con una fe optimista
me lanzo yo a la conquista
de tu altivo corazón.

Y sé que tendré la gloria
de obtener una victoria
sin gastar grandes esfuerzos...

¡Pues cuento con la ardentía
de mi alma y la armonía
de mis eróticos versos!...

Domingo F. **ARIETTI.**

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

APUNTES DE VERANO

Teníamos al calor por un enemigo del teatro y al verano como la estación del calor. Una de nuestras dos tesis ha fracasado. O este año el verano no lo es, o la gente no se ha enterado de que es verano, o la temperatura nada tiene que ver con el teatro. Tampoco comprendemos por qué la opereta ha de ser el género estival.

Lo indudable es que los teatros se ven sumamente concurridos, que se estrena, que se gana plata y que se vive. La cosa nos sorprende, pero al mismo tiempo nos agrada. Aquello de que "nunca segundas partes fueron buenas" no reza con el teatro. Estamos viendo elencos muy discretos constituídos por partes que son de "segundas" para abajo, que consiguen en verano lo que no han logrado en invierno algunas primeras figuras con detestables acoplados.

Está bien porque es una lección. Y ojalá lo siga siendo, por lo menos mientras sea una necesidad para los cómicos de cualquier fila comer durante todas las estaciones del año.

EL TEATRO NACIONAL EN 1920

Como complemento de los datos estadísticos que publicamos en números anteriores referentes a la temporada de 1920, consignamos a continuación, extraído del Boletín de la Sociedad de Autores, un detalle de las obras que obtuvieron mayor acogida por parte del público.

Obras en tres actos, estrenadas en 1920, que se representaron más de 50 veces en el año:

"Melgarejo", de Florencio Parravicini	334
"El vasco de Olavarría", de Alberto Novión	286
"La Santa Madre", de González Castillo y Martínez Cuitiño	273
"Mi prima está loca", de Collazo e Insausti	204
"Mamá Clara", de Federico Mertens	170
"El pobre hombre", de José González Castillo	128
"La propia obra", de César Iglesias Paz	88
"¡Dios te salve!", de José Pedro Bellán	82
"Cuervos rubios", de Vicente Martínez Cuitiño	70
"¡Te quiero, te adoro!"..., de Roberto Gache	65
"La serpiente", de Armando Mook	60
"La madrecita", de Francisco Defilippis Novoa	57
"La botica de enfrente", de Arturo Lorusso	56

Obras en un acto, estrenadas en 1920, que se representaron más de 100 veces:

"Tu cuna fué un conventillo", de Alberto Vaccarezza	702
"La gran revista", de Collazo, Bayon Herrera y Antonio de Bassi	242
"El trago amargo", de Julio F. Escobar	185
"Hasta la hacienda baguala cái al jagüel con la seca", de Darthés y Damel	176
"El mundo al día", de Bayon Herrera, Romero y Padilla	155
"El pibe del corralón", de Estevánez y Vergara	155
"Percanta que me amuraste", de Romero y Contursi	146
"Bajo el yugo de un tirano", de Julio F. Escobar	139
"Marina Keller", de Maroni y Giudice	126
"La mano de Pepita", de Ivo Pelay	110
"La revista del mundo", de Romero y de Bassi	101
"Así terminó la fiesta", de López Silva, Pacheco y maestro Payá	100
"Pronóstico para 1920", de Bayon Herrera, Insausti y maestro Coll	100

APOLO

El jueves se inició "la semana de Sánchez", durante la cual y en homenaje al gran dramaturgo cuyos restos acaban de repatriarse a su patria, subirán a escena las piezas más celebradas del inolvidable autor.

Para en breve, se anuncia el estreno de "Las sacrificadas", de Horacio Quiroga, con la que piensan repetir el suceso de "La loba" los elementos del Apolo.

ARGENTINO

Resultó poco interesante "La camisa del hombre feliz". Ni el libreto ni la música ofrecen grandes cosas. Es una camisa "negligé" de liquidación y que le queda chica a la compañía. Pechera sí que la tiene y puños dobles también, pero con todo no es artículo que haya de cotizarse alto.

Y no decimos más, porque "La camisa del hombre feliz" es de las de once varas y no nos gusta meternos en esas cosas.

De la revista "El mundo" (por lo que den), estrenada últimamente, nos ocuparemos en otro número.

NUEVO

No decae el interés que ha logrado despertar en el público la linda "soubrette" Helena D'Algy y los excelentes elementos que la acompañan en esta afortunada temporada por el pintoresco mundo de la opereta.

Cada reprise es un éxito, habiendo sobresalido entre todas "La duquesa del Bal Tabarin", donde la D'Algy hace una interesante creación de Frou-Frou, la picaresca duquesa.

En la semana anterior debió estrenarse "El yerno enjaulado", pieza de la que nos ocuparemos en nuestro próximo número.

AVENIDA

Por semi-llenos se pueden contar las funciones de la compañía de Inés Berutti. La notable tiple

afirma cada vez en forma más definitiva su triunfo en la opereta, de la que tal vez no salga más, para suerte del género. (Nos referimos al género teatral, no al masculino).

Está por estrenarse de un día para otro la célebre opereta de Oscar Strauss, "El último vals", que se espera con enorme interés.

"MUSTAFÁ"

Los populares autores Armando Discépolo y Rafael J. de Rosa, han leído al director artístico de la compañía Arata-Simari-Franco la pieza en un acto "Mustafá", que será uno de los primeros estrenos de la temporada que realizará dicha compañía en el San Martín.

HOMENAJE A FLORENCIO SANCHEZ

Con motivo de la repatriación de los restos de Florencio Sánchez, se trasladó a Montevideo una delegación de autores argentinos formada por los señores Federico Mertens, Rafael J. de Rosa, Tito L. Foppa, Gustavo Caraballo, Carlos M. Pacheco, Alberto Vacarezza, Carmelo Martínez Payva, Enrique García Velloso, José González Castillo y José A. Saldías.

Dicha delegación fué portadora de una placa de bronce costeada por la Sociedad de Autores que lleva la inscripción: "A Florencio Sánchez, la Sociedad Argentina de Autores". Hizo uso de la palabra, en el acto de inhumarse los restos del gran dramaturgo, el señor Saldías.

BUENOS AIRES

La compañía de Rambal estrenó "Los amos del mar" o "La escuadra invisible", pieza en la que interviene el detective Nick Carter en una de sus aventuras policiales. Una sala llena premió con sonoros aplausos las incidencias de la obra y la excelente representación que le dieron los elementos de Rambal.

Es digno de puntualizarse el interés que tiene el público por esta compañía, a la que presta todo su favor.

EL ACTOR BELLUCCI

Este simpático actor que forma parte de la compañía Rivera-De Rosas desde hace cuatro años, se ha desvinculado amistosamente de la misma.

Bellucci, por razones de orden privado, se ve imposibilitado de acompañar a De Rosas en la jira que este actor iniciará en el mes próximo.

LICEO

Cavalli y los suyos actúan en el Liceo con bastante fortuna. "La vedova", que estrenara últimamente, es una bonita comedia que gustó sin reparos. El viejo actor y la Piacentini conquistaron aplausos, lo mismo que los actores que los secundaron. Es posible que al aparecer este número haya Cavalli estrenado "La volata", de Darío Nicodemi, que se espera con interés.

COMEDIA

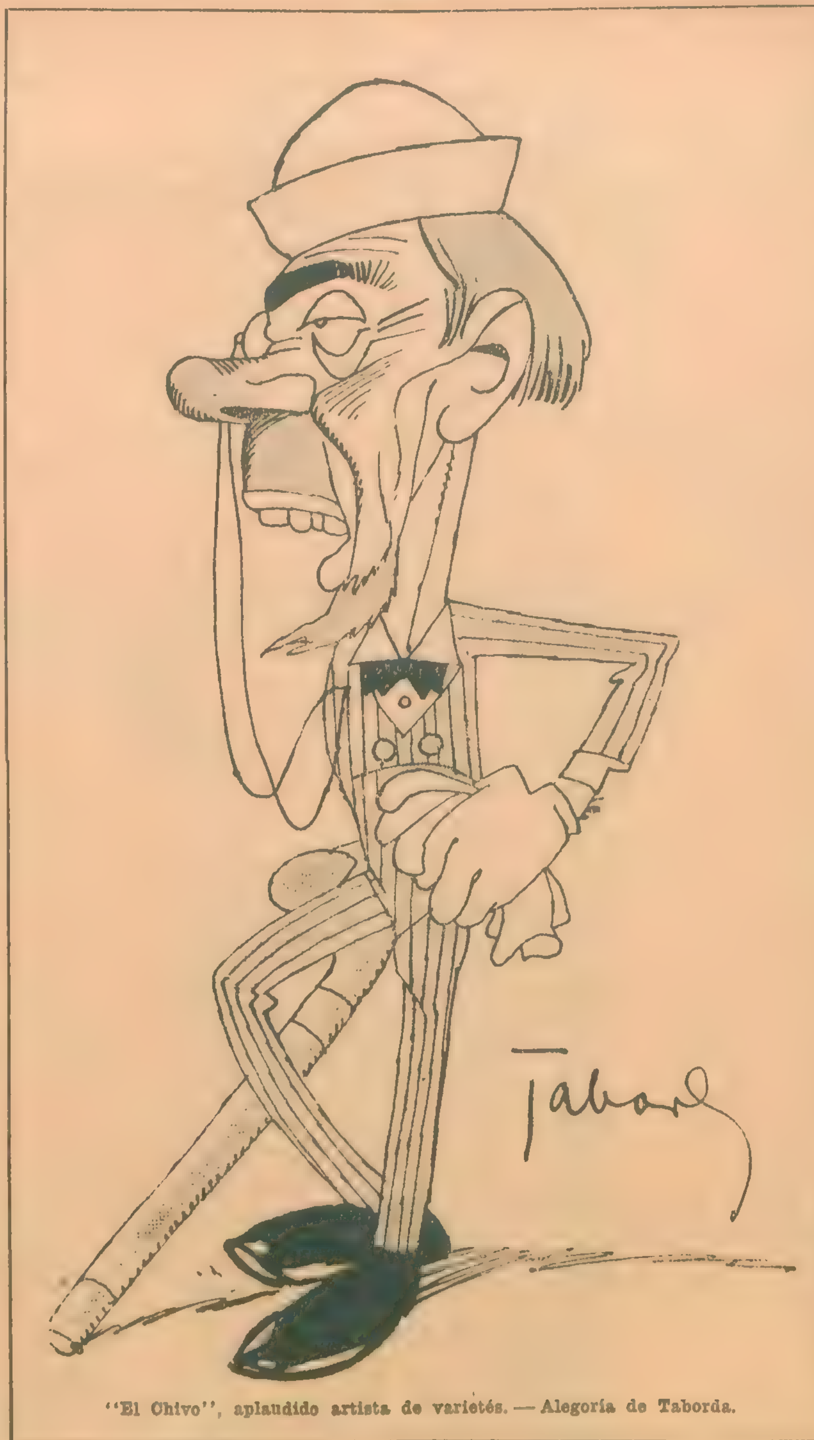
La compañía Abad-Carbonell matiza sus espectáculos mezclando el viejo repertorio español de dramas con el moderno. Ello, si no le produce grandes éxitos, por lo menos atrae la atención del público.

VARIEDADES

Los espectáculos de la compañía de Panigazzi se ven favorecidos por buena cantidad de público.

CASINO

Sigue despertando interés la compañía de variedades que últimamente debutara en esta sala.



"El Chivo", aplaudido artista de varietés. — Alegoría de Taborda.

ESMERALDA

Matizando la exhibición de películas con números de varietés, esta sala se ve frecuentemente concurrida. El dueto ítalo-criollo Negri-Appiani, se festeja todas las noches.

EXCELSIOR

La compañía de operetas Marín-Fernández que actuaba en el cine-teatro Parc, debutó en esta sala con buen resultado.

SPLENDID THEATRE

Las hermosas películas que se exhiben diariamente en este lujoso salón de la calle Santa Fe, atraen numeroso público de familias distinguidas.

El jueves, por la tarde, habrá la acostumbrada función dedicada a los niños, ofreciéndose vistas cómicas para regocijo de los "pibes".

CAPITOL

Nos ha sido dado asistir a algunas funciones realizadas en estos últimos días en este elegante salón y podemos afirmar que el espectáculo cinematográfico resulta sumamente atrayente por la calidad y belleza de las cintas. Es así que esta sala se ve frecuentada por numerosas familias distinguidas.

"LA ESCENA"

En el número que se pondrá a la venta el jueves, publicará esta revista teatral la comedia "La gallega", del malogrado periodista José M. Bosch. En el suplemento aparecido ayer se insertó "Los japoneses", traducida del francés por Jorge Dowton.

El misterio de la supervivencia

La noticia lanzada por Edison de haber terminado un aparato hipersensible, capaz de permitirnos comunicar con los muertos, ha producido efecto considerable en el mundo científico.

Conocida es la teoría "mediúmnica", según la cual, el medium es un ser muy sensible, cuya substancia nerviosa puede impresionarse por determinado flúido, merced al cual se transmite el pensamiento. En "La muerte y su misterio", describe Camilo Flammarion extensamente esta teoría, y muestra cómo la sensibilidad y la visión a distancia o telepatía y la lectura del pensamiento pueden producirse en ciertas condiciones entre determinadas personas.

El filósofo Bergson, en su último libro, "La energía espiritual", dice que si es cierto que las facultades espirituales del hombre no están condicionadas inexorablemente por la función del cerebro, la supervivencia es tan verosímil que la obligación de la prueba incumbe a sus adversarios.

Los partidarios de la supervivencia espiritual admiten que existe durante la vida, unido al cuerpo material, pero susceptible de separarse, un cuerpo fluídico, etéreo, astral, que algunos consideran como una especie de intermediario entre el alma y el cuerpo. Este "doble", como lo calificaban los antiguos, que sería capaz durante la vida de separarse momentáneamente del cuerpo y acudir a impresionar otros cerebros (telepatía) u observar otros espectáculos por cuenta del sujeto dormido (clarividencia), ¿por qué no ha de sobrevivir más o menos tiempo a la descomposición del cadáver, y entrar en ciertas circunstancias favorables en comunicación con los vivos? Después de largos años de experimentos, han contestado afirmativamente a esta interrogación los espiritistas Allan Kardec, León Denis y G. Delanne y los sabios Crookes, Oliver Lodge, Flammarion y Carlos Richet.

En su libro "De lo consciente a lo inconsciente", el doctor Geley asegura que la materia se halla bajo la dependencia de la idea y que del cuerpo de ciertos mediums dormidos puede exteriorizarse un flúido, una "substancia", que él ha visto condensarse poco a poco y tomar todas las apariencias de la materia, hasta las de la personalidad humana.

Esta "substancia", según los espitistas, es la que los "desencarnados" podrían arrebatar momentáneamente al "medium" a fin de materializarse y expresarse por su intervención, comunicándose lo mismo por su boca que por la escritura o por los movimientos de un cuerpo externo, por una verdadera "materialización". En apoyo de tales hipótesis, se invocan las nuevas teorías sobre la formación de la materia, que también puede ser de origen fluídico, como se piensa desde el descubrimiento de la radiactividad.

Esta química de los flúidos la describe extensamente Cornillier en su "Supervivencia del alma".

Por todo lo expuesto, se supone que el aparato de Edison registrará las vibraciones producidas por los cuerpos etéricos de los muertos en un determinado medio fluídico, lo que los ingleses denominan "olas de pensamiento".

No cabe duda que después de las maravillas del hipnotismo, de la transmisión de la voluntad, etc., etc., hay derecho a creer que el hombre posee facultades que le serán reveladas en el porvenir, cuando con fe y constancia vaya a conquistarlas, provisto con todas las armas de la ciencia y de la observación.

Branley ha dicho, con este motivo, que "es preciso estimular esas tentativas, porque pueden proporcionar elementos nuevos a la ciencia".

"Novela Nacional"

Ha obtenido un buen éxito de crítica la novelita "La mujer fuerte", de Enrique Méndez Calzada, publicada en el último número de esta prestigiosa publicación que dirige el señor Hernández-Cid. En el que se pondrá a la venta hoy. se inserta un trabajo de José Muzzilli titulado "Fuego de amor", que se recomienda por su buena factura literaria.

OPINIONES DE Mr. GLOOM SOBRE REYES Y POTENTADOS

por Elmer DAVIS

Gódfrey G. Gloom, demócrata chapado a la antigua, hallábase sentado en el vestíbulo de su casa en Amity, Indiana, ocupado en jugar una partida de solitario.

—Imagino que la distracción a que me entrego parecerá frívola a muchas personas, — observó Mr. Gloom en tono deprecatorio. — Vivimos en una época de agitación, y todos se afanan en pregonar que produccion y mas producción es lo que el mundo necesita. Todo aquel que no trabaja, aunque sea a la edad de ochenta y un años, se ve obligado a explicar su conducta.

El hecho es que he leído en los periódicos que un montón de miembros de la familia Habsburgo han tenido que echarse a trabajar. Parece que cuando Austria los arrojó de su seno, todos ellos cruzaron la frontera de Suiza y allí se quedaron esperando que los volvieran a llamar. Pareciales imposible, como a muchos jóvenes calabaceados por sus novias, que pudieran pasarse sin ellos mucho tiempo. Indudablemente que, tan pronto como se enfriaron las cosas, enviarían en su busca. Así, al abandonar Viena, llevaron muy poco consigo: apenas algún dinero en efectivo, unas cuantas sortijas de diamantes y una o dos maletas llenas de trajes; porque esperaban estar de vuelta para la primavera, y las cosas del verano pasado bien podrían servir para otra estación.

Bien; el tiempo pasaba, y nadie venía por ellos. Gastaron el dinero y empeñaron las joyas; y, como todo el capital que habían dejado en Viena se componía de coronas, que habían bajado a medio centavo cada una, tampoco les habría servido de mucho aun cuando lo tuvieran consigo. Por último, cuando todo se hubo gastado y la dueña de casa comenzó a dar vueltas exigiendo adelantado el pago de la semana, los Habsburgo tuvieron que afrontar los hechos por primera vez en varios centenares de años. Se portaron bien, hay que decirlo. Varias de las damas salieron a buscar y encontraron trabajo como institutrices o doncellas, y el emperador despachó al tutor que había contratado para sus hijos, decidiendo pagarse a sí mismo este sueldo. Considero este comportamiento altamente laudable. Pero cuando yo leí estas noticias en el "Amity Gravepine-Telegraph", me dije a mí mismo: "Gódfrey, han pasado varios siglos sin que estos Habsburgo hayan trabajado en nada; y en cuanto a ti, tú has trabajado más de lo que se cuenta una vida. Supongamos que les haces la oposición, exactamente como sucede en el congreso: tú trabajabas cuando ellos holgazaneaban en su palacio; ahora, que ellos trabajan, échate tú a descansar". Porque yo calculaba que no estando los Habsburgo acostumbrados al trabajo, la capacidad productora de la familia entera no llegaría en mucho tiempo a exceder lo que un hombre solo pudiera producir, si quisiera, trabajando aquí, en plenos campos de maíz.

Por esta razón me encuentro ahora empeñado en el inofensivo juego de naipes, tratando de ganar unos cinco dólares hipotéticos a una carta. Vea usted, cuando yo no era sino un muchacho los Habsburgo eran grandes personajes. Su mala suerte no se había anunciado todavía en aquellos tiempos, y nosotros leíamos lo que se contaba de ellos, cómo danzaban sus valses vieneses y bebían su champaña y se daban la gran vida por lo general; y acostumbrábamos sentarnos en torno del fuego de la cocina, después del trabajo del día, fumando nuestras pipas y deseando ser los Habsburgo, Hohenzollern o Bonaparte o cualquiera de esas familias felices que habían tenido antecesores y continuaban viviendo de su fama. Bien; los tiempos han cambiado. Han sucedido cosas inesperadas a todas aquellas familias; y me figuro que es un tantico más difícil acostumbrarse a trabajar después de una vida de ociosidad, que acostumbrarse a estar ocioso después de haber trabajado. Soy viejo, no cabe duda; pero apostaría que puedo rajar más leña en una hora que el malogrado kaiser, con toda su buena voluntad.

Sin embargo, la sangre hablará. Es una gran cosa aquello de que "nobleza obliga". En todo caso, cualquiera puede notar la diferencia entre los aristócratas de verdad y los aristócratas de pega. Cuando yo era muchacho, el hombre más prominente en mi lugar era el juez Smálley. Era un gran hombre, y su padre había sido otro gran hombre, y los Smálley eran la flor y nata de la comarca. Tenían una hermosa casa en lo alto de la colina, con una cúpula en el remate y una avenida de olmos que conducía a la propiedad; y si había alguna diferencia entre los Hapsburgo y los Smálley en aquellos tiempos, no era en favor de los Habsburgo al menos según se miraban las cosas allá en Amity. Bien; pasó el tiempo, y murió el viejo juez; y la joven generación de los Smálley se pavoneaba en la ciudad con grandes chisteras y envueltos en su propia estima. Jamás habían trabajado, por supuesto; el padre trabajó y había dejado a la familia a su gusto. Eran ciudadanos prominentes y acostumbraban desempeñar puestos tales como presidentes de la comisión de recepción cuando llegaba al lugar el candidato presidencial; pero en cuanto a trabajo verdadero, pagado en dinero contante, eso estaba muy por debajo de su condición.

Bien; siguió pasando el tiempo, y otra generación de Smálleys creció en una atmósfera de deudas, de trajes raídos y de grandezas pasadas. Los tenderos de los viejos días, que juzgaban un honor contar con la parroquia de la familia del juez, comenzaron a desaparecer y a ser substituídos por una nueva generación que no estaba familiarizada con la historia de José y exigía su dinero contante y sonante el primero de cada mes. La antigua mansión de los Smálley era todavía la casa más hermosa de la ciudad, pero el tejado de ripia estaba lleno de agujeros, el cerco de estacas ostentaba brechas por donde podría pasar un tiro de caballos, y la mala hierba crecía a la altura de dos pies en el jardín fronterizo. Y de repente, uno de los más jóvenes Smálleys llega del colegio y dice a su padre: "Padre, creo que me voy a poner a trabajar".

Pues bien; este golpe apresuró ciertamente el fallecimiento del viejo caballero; pero el muchacho era obstinado y se aferró a su idea. De alguna manera cundió la horrenda infección entre los hermanos y primos, y sucedió, por último, que todos se echaron a trabajar. Y bien; la antigua mansión de los Smálley ha quedado reducida a escombros; nadie vive allí, y la mala hierba crece tan alta que no podría descubrirse el paseo central a la luz de un reflector; los Smálley de este tiempo viven en lindas casas de campo en otra parte de la ciudad, manejan ellos mismos sus máquinas segadoras y pagan sus cuentas el primero del mes, y no son considerados mejores que sus vecinos. Imagino que, en medio de todo, no se sienten más desgraciados. Pero lo que quiero hacer notar es que se necesitaron dos generaciones para que nuestros hidalgos campesinos aprendieran la lección; en cambio, los Habsburgo la han aprendido en menos de dos años. Lo cual indica, a mi entender, que deben pertenecer a una familia de recursos.

Y ahí tiene usted. Por primera vez,

LOS NEGOCIOS SON LOS NEGOCIOS



El dentista aprovecha el concierto para examinar la dentadura de los cantantes, esperando conquistar algun cliente.

en varios siglos, los monarcas europeos están dando buen ejemplo. En vez de dedicarse a cosas sin importancia, como la colocación de piedras angulares o alguna invención diabólica para dar material a los periódicos del domingo, lo cual constituía la principal ocupación de los reyes antes de la guerra, todos esos ex emperadores y ex reyes y ex archiduques, o la mayor parte de ellos, se han puesto a trabajar. Y la tragedia de la Europa moderna es que precisamente cuando los reyes se echan a trabajar todos los demás abandonan la labor. Las seudo clases trabajadoras pueden reconocerse a la primera ojeada en estos tiempos: arroje usted una mirada a Europa, y si ve usted alguien que no hace nada, puede asegurar con toda certeza que es un obrero. No hay duda que hay mucho de cierto en aquello de que puesto que ellos trabajaban cuando los reyes se daban buena vida, es lo más equitativo que descansen cuando los reyes trabajen. Lo único malo es que no hay suficientes reyes en el mundo.

Naturalmente, no todos los reyes se han lanzado a ocupaciones productivas. El rey Jorge, por ejemplo, continúa en su antiguo oficio de dar buen ejemplo a los hombres casados de sus dominios. Su hijo mayor ha salido ahora de viaje por cuenta de la casa, y he oído que se ha labrado un buen mercado en provincias; y hasta donde puedo observar, parece que están educando a los más jóvenes para que sean buenos camaradas y cultiven las simpatías de los clientes. El rey de Italia parece estar a la expectativa, ahora precisamente, tratando de descubrir si quedará eliminado del personal antes de haberse procurado otro empleo.

La familia real de Grecia presenta todavía otro aspecto de la situación, no pareciendo muy satisfecha con su destierro en Suiza. Uno de los ex príncipes griegos se ha casado recientemente con una señora que era un pozo de dinero, extraído de Indiana y otros lugares en el negocio de hoja de lata, así que ya está colocado; pero el rey está todavía buscando algo que le convenga. Leí, hace de una semana, que está dispuesto a echar al olvido lo pasado, a perdonar a todos y a regresar a Atenas para ser rey de nuevo. He conocido una porción de gente que había apostado al caballo perdidoso; pero es la primera vez que encuentro alguien que trata de cobrarle al vencedor.

—¿De manera que no ve usted indicación alguna de que Europa esté dispuesta a volver a trabajar? — inquirió el corresponsal.

—No quiero decir eso, — replicó Mr. Gloom. — Como usted sabe, hay diferentes clases de trabajo. Europa, como el resto de la humanidad, no parece resistirse al trabajo en su propio beneficio, pero solamente en labor útil y provechosa. Allí tiene usted a nuestros amigos los italianos que se han apoderado de las fábricas en que trabajaban, las han fortificado, han arrojado a los patrones y dicen que las manejarán ellos mismos. A menos que las cosas hayan cambiado mucho desde la guerra civil, exige labor bastante considerable fortificar una fábrica o cualquiera otra cosa. Sin embargo, esos mozos se ocupan en ello durante las horas libres, procurando que las labores sigan su curso al mismo tiempo. Si alguien hubiera tratado de exigirles cosa semejante, se habrían declarado en huelga inmediatamente. Nunca he oído a nadie que hubiere participado en una guerra negar que aquello no significara un gran trabajo; y, sin embargo, en toda la Europa oriental, hombres que voltearían la espalda y se irían a dormir, si oyeran la llamada al mostrador o a tomar la azada, acogen de buena gana la llamada a las armas. Y esto no se aplica solamente al trabajo material. He leído el otro día que Mr. Hérrick, de Cléveland, que debe saber lo que se pesca, decía que Europa comprende perfectamente la posición del partido republicano. Como todo aquel para quien el estudio de la política es su principal pasatiempo, diría yo que cualquiera que comprenda la posición del partido republicano ha hecho una buena labor y labor que no tiene importancia alguna, por añadidura.



LA SUERTE

—¡Siempre son los mismos los que ocupan los mejores lugares!

Sin embargo, el trabajo es cosa muy peculiar. He visto que Mrs. Charlie Chaplin se queja de que la crueldad de su marido ha destrozado su vida, al punto que le ha sido imposible trabajar por varias semanas. Pocos habrá tan dados al trabajo que unas cuantas semanas de vacaciones les echen a perder todos los años venideros. Pero, como dije antes, todo está en encontrar el trabajo que a uno le agrade, el cual puede ser muchas veces enteramente inútil si no del todo pernicioso. Allí tenemos a D'Annunzio, por ejemplo. Supongo que le da bastante trabajo mantener en orden su ciudad de Fiume, pero para él es lo mismo que escribir versos. Lo que oímos de Fiume nos hace pensar que el trabajo no goza allí del favor popular — me refiero al trabajo útil. Si alguien trabaja, le llaman yugoeslavo y lo despachan de la ciudad, pensando, sin duda, que puesto que la Cruz Roja está dispuesta a enviarles víveres de Italia, no hay necesidad de que nadie eche a perder el armonioso cuadro de un poético estado. Pero D'Annunzio ha redactado una nueva constitución y se ha acordado a sí mismo la corona real, y es tan feliz como puede serlo el hombre que, habiendo sido echado de su alojamiento porque debía el arriendo, ha quedado a mano buscándose otra vivienda y haciéndose nombrar egregio y supremo potentado.

—¿Qué piensa usted de la situación política en los Estados Unidos? — preguntó el corresponsal.

—Lo menos que puedo, — replicó Mr. Gloom. — Usted puede decir cuanto quiera acerca de la Liga de las Naciones, pero la generalidad de la gente cree, al parecer, que no necesita seguro contra incendios. Sin embargo, observo con placer que se deja notar en la campaña cierto espíritu de verdadera habilidad en los ejercicios al aire libre, que no era aparente a principios del verano. Cox y Hárding tratan de cederse mutuamente los votos conscientes, pensando sin duda que, después de todo, el número es tan insignificante que no hará mucha diferencia.



SIRVIENTA INGENUA

—Tenga mucho cuidado con estos cuadros. Son todos retratos de antiguos señores de la casa.

—¡Demonio! ¡Nunca me habría figurado que la señora había enviudado tantas veces!

Confesiones de la hermosa Gabriela Robinne

de la Comedia Francesa

No puedo evocar sin emoción muy singular, el patio del viejo Conservatorio, calle del Faubourg Poissonniére, donde hice mis estudios teatrales.

Me hallaba tolavía pensionada, con la falda y los cabellos cortos, cuando penetré allí por primera vez; acababa de cumplir catorce años, no sabía nada del teatro y había obtenido permiso para tomar participación en los exámenes del Conservatorio. Mis padres contaban con que yo no sería recibida y que el fracaso me alejaría para siempre de la carrera dramática: fuí admitida por unanimidad, — se resignaron, — estaba escrito que yo debía ser actriz...

¡Cuantas horas febriles hemos pasado, mis compañeras y yo, en ese pequeño patio rectangular! A pesar de su aspecto lúgubre de cárcel o monasterio, conservaba todavía el encanto de las cosas viejas que han visto agitarse y pasar tantas esperanzas y tantas decepciones humanas. Fué en este patio, efectivamente, donde se anunciaban los resultados de los exámenes y concursos de fin de año. La electricidad era cosa menos que desconocida en aquellos vetustos muros, harto conservadores; un pertiguero venía, pues, con una pequeña linterna, a leer en medio de los discípulos ansiosos, los nombres de los bienaventurados elegidos; como veía mal, estropeaba los nombres y cada vez que pronunciaba alguno, suscitaba protestas. Una tarde, a la mitad de su lectura, un discípulo descontento le sopló la linterna... Era de oír aquella gritería... Por lo demás, tales escenas no terminaban nunca sin alguna crisis de nervios... no obstante que los "dichosos" organizaban una zarabanda en derredor de un fuego de júbilo encendido en un rincón. Verdaderamente, esa tarde, la desesperación, la ambición, la alegría, la juventud... la vida toda palpitaba en el viejo patio.

Fuí además privilegiada con bastante rapidez entre las discípulas; tres meses después de ser admitida, mi profesor, M. de Feraudy, me propuso para desempeñar un papel secundario en la Comedia Francesa en una pieza moderna; ¡cuánto placer me causaron aquellos primeros ensayos!

Veía a diario a Mme. Bartet, Le Bargy, de Feraudy, que trabajaban en la pieza; decía algunas frases cerca de ellos; me hicieron hacer un traje de baile, — creo que deliraba de contento.

Finalmente, después de dos años de Conservatorio, me propusieron para Rusia, para el Teatro del Emperador, un contrato tan halagador que partimos por seis meses mi madre y yo. Fué aquello, para la pequeñuela que era yo entonces, una vida de trabajo ciertamente, pues representé más de veinte primeros papeles, durante seis meses, pero también una vida maravillosamente pintoresca. Fuimos invitadas por doquiera, recibidas en la corte, colmadas de flores, de regalos y agasajos, y eso en un país profundamente acometido ya del mal que debía conducirlo a la terrible crisis actual. En ese invierno tuvimos allí la huelga general que duró más de tres semanas, y entramos en la noche con una guardia de diez cosacos de a caballo rodeando nuestro carruaje. Por eso, a pesar del triunfo, a pesar de las fiestas, tenía yo prisa de volver a ver a Francia. Regresamos el mes de mayo, y en julio fuí contratada en la Comedia Francesa.

Desde entonces, como los pueblos felices, no tengo historia. He representado allí todos los grandes papeles del repertorio: "Célimène", "La Aventurera", "Le mariage de Figaro", "El juego del amor y del azar", etcétera; muchas piezas modernas: "Les Marionnettes", "Le Marquis de Priola", "L'Abbé Constantin", "Amoureuse", "Le Prince d'Auree", etcétera.

Me hallo profundamente ligada a la "Maison de Moliére". Lo estoy doblemente, como artista y como mujer, puesto que es allí donde encontré al que es hoy mi marido, M. Alexandre.

Tuve, durante la guerra, el honor de representar en la Comedia Francesa a Colombia y de llevar su estandarte, y he recibido desde América tantas y tan encantadoras muestras de simpatía, que tengo ansia de conocer a mis amigos remotos. Entre tanto, me siento feliz de poder decirles hoy lo mucho que ya les estimo, y les envío en las presentes líneas, muy afectuosamente, el saludo de una francesa a sus hermanas latinas.



Pato hediondo

por MARTIN GIL

Un cazador de ocasión, observador y filósofo por temperamento, de espíritu analítico y sagaz, a quien yo mucho quería, mató en sus andanzas cinegéticas uno de esos patos negros, de cuerpo aplastado y cabeza de víbora, que suelen verse como pegados en las grandes piedras de nuestros arroyos y a los que nadie molesta por ser ''pato hediondo''.

Cuando nuestro hombre llegó con su pato a la linda casa donde se hospedaba, fué recibido con ruidosa hilaridad; la gente reía a carcajadas; alguien disculpaba el error del cazador, pero las mujeres, sobre todo, se apretaban la nariz y mirábanse a los lados, como dispuestas a huir.

—¡Puff, el pato hediondo!

—¡Solamente a usted se le puede ocurrir matar un pato hediondo!

—¡Dios mío, qué disparate!

—¿Y para qué lo trae?

—Para que lo comamos en el almuerzo — dijo el cazador.

Todas las manos se dirigieron hacia él, y una exclamación, mezcla de terror y asco, hizo vibrar el aire.

—Pero, díganme con calma, señoras y señores ¿han probado alguna vez un pato hediondo?

—¿Nosotros? ¡Sólo que estuviéramos locas de remate!

—¿Y ustedes, caballeros?

—¡No, hombre! ¡cómo quiere...!

—Pues entonces probémoslo, y en un último caso que me lo preparen para mí; experimentaremos, — dijo el cazador.

La cocinera se apoderó del pato.

Cuando en medio del almuerzo apareció la sirvienta con el pobre animal tendido de lomo sobre una gran fuente de porcelana floreada, engalanado con brillante lechuga, discos de tomates rojos y redondelas de huevos; las canillas tiesas y envueltas en papel picado, parodiando calzones; el pescuezo en forma de interrogante y las alas contraídas y rígidas, un profundo silencio reinó en el comedor. Sin embargo, en todas las caras relampagueaban risas ocultas, comprimidas, prontas a estallar como bombas al primer contacto.

—Vamos a ver, ¡traigan para aquí ese animal! — dijo el interesado — haciendo crujir el trinchante contra la chaira.

—Quien se anime a comer esto, que avise — agregó, y la hoja reluciente del cuchillo se hundió silenciosa en el cuerpo del pato, buscando con afán sus coyunturas.

—La verdad es que no se siente ningún mal olor — replicó la señora dueña de casa, con cierta indecisión, pero alcanzando el plato para que le sirvieran.

Sea por imitación o por lo que se quiera, el hecho es que todos siguieron el ejemplo de la valiente dama y probaron el pato.

—¡Delicioso! — exclamó la señora, en plena lucha con un muslo.

—¡Espléndido! ¡Riquísimo! — dijeron todos en coro.

—Pero ¿quién habrá sido el bruto que se le ocurrió llamarle pato hediondo? — refunfuñó el viejo abuelo, chupeteando una ala con fruición, y haciendo chasquir su labio caído y embadurnado de aceite.

—¡Vean no más las consecuencias de un prejuicio! — dijo. — Si no hubiera sido ese animal, y no me refiero al pato, no sería yo quien viene a probar esta delicia allá a los setenta años, cuando un estornudo es capaz de hacerme volar los pocos dientes que en mi boca bailan la danza macabra. ¡Ah, los prejuicios! — prosiguió el abuelo, meneando la cabeza y haciendo correr por sus labios el ala del pato a estilo de flauta.

— Los prejuicios, con todas sus variaciones y corolarios — agregó un comensal — han hecho y hacen más daño a la humanidad que todas las tiranías. Ellos envuelven al hombre en una malla casi imperceptible, pero tan resistente, que imposibilitan todo movimiento, todo pensamiento, toda acción. En el camino de la vida, producen el efecto del jabón en el riel: la locomotora llega haciendo retemblar la tierra, resoplando y arrojando a borbotones fuego, vapor y humo; un impulso plutónico la anima; nada puede impedir su paso; pero de pronto la veis titubear como espantada; sus grandes ruedas motrices se revuelven en el mismo sitio sin avanzar un palmo; sus largas y brillantes palancas accionan con desesperación, semejando los brazos de un náufrago; duchas de vapor abren, silbando las válvulas y se arrojan al espacio, perforando el aire con sus conos blancos. El monstruo gime envuelto en una nube. Se oye el golpe seco y sucesivo de los vagones que vienen llegando: el tren se ha detenido: ¿De qué se trata? Simplemente de un poco de jabón extendido sobre los rieles.

Las preocupaciones sin fundamento, los prejuicios, es decir, los patos hediondos, son el jabón que detiene la marcha de ese tren que llamaremos progreso.

En la gran laguna, más o menos turbia, denominada sociedad, no se puede uno mover sin que vuelen por bandadas los patos hediondos.

—¿Ha leído usted a tal autor?

—¿Yo?

—¡Pero, mi amigo, si ese es un loco! (O bien puede decir un beato, un incrédulo, un fanático, según el cliente interrogado).

—¿Un loco, dice?

—Sí, pues.

—¿Qué obra es la que usted conoce de ese loco?

—¿Yo? ninguna.

—¿Y entonces?...

—Sí, pero todo el mundo dice que es un loco.

—Pato hediondo.

—Si va usted a las sierras, no se descuide con los chelcos: su mordedura es terrible, le prevengo; mil veces peor que la de la víbora: pregunte usted a cualquiera y verá.

—Pero, si casualmente he preguntado a cuanto habitante de la sierra encontré con cara de verídico, y me dijeron lo que usted: sin embargo, ellos no habían visto jamás ''por sus propios ojos'' una persona o animal envenenado por el chelco, lo que no quita que le tiemblen.

—Pato hediondo, también. Y así, de esta suerte, veremos volar patos en todas direcciones, obscureciendo el aire con sus negras alas.

Plantas con hojas gigantes

Un botánico aficionado a los cálculos curiosos, ha averiguado que la hoja del plátano o bananero es unas cuatro mil veces más grande que la del cedro del Líbano. Sabiendo que las hojas son los órganos por donde las plantas respiran, ocurre pensar que el plátano es un árbol privilegiado, por la misma razón que lo es un hombre que disfruta de amplios pulmones; pero en realidad no es así. Los árboles con hojas muy grandes tienen poco follaje, y la pérdida de una sola de ellas significa una grave lesión en el sistema respiratorio, en tanto que para los de hojas chiquitillas, que cuentan con un número incalculable de ellas, diez o veinte hojitas de menos no significan nada.

Además, las hojas del plátano son muy débiles en relación a su tamaño. El viento las desgarra fácilmente, y si es un poco fuerte, las troncha y arranca en un momento. Sin embargo, la naturaleza ha compensado esta debilidad dotando al árbol de la facultad de crecer con rapidez asombrosa, de modo que en muy poco tiempo puede reemplazar las hojas perdidas; como que cada una de éstas puede crecer la friolera de veinticinco centímetros en una sola noche.

Por supuesto, el plátano no es, ni con mucho, el vegetal que tiene las hojas más grandes, al menos en proporción a la altura de su tallo. Las guneras de América son mucho más notables bajo este concepto; aunque parecidas en su aspecto al modesto ruibarbo, alcanzan sus hojas dimensiones gigantescas, haciéndose en pocos meses tan grandes como aquellos paraguas de familia que se usaban en tiempo de nuestros abuelos. Como es natural, los tallos que sostienen estas hojas son muy gruesos y fuertes, presentando una robustez que rara vez se encuentra en plantas no leñosas. Diremos de paso que las guneras son de fácil cultivo y hacen un efecto precioso en los jardines; para que las hojas adquieran todo su descomunal desarrollo, conviene que la raíz esté en sitio muy húmedo, casi en el agua.

Todavía más extraordinaria es la hoja del estaptocarpo u oreja de elefante; y en este caso sí que se dice con toda propiedad la hoja, en singular, porque la planta en cuestión, que es de origen africano, no tiene más que una, pero tan grande y de tan curiosa forma, que efectivamente parece una oreja cortada a un enorme proboscidio.

En la familia de las aroideas hay también especies con las hojas muy grandes, como ciertos anturios, que las tienen de metro y medio. Lo más curioso de estas hojas es que cada una de sus nerviaciones, en vez de llegar hasta el borde, se une con la nerviación anterior, formando así entre todas una suerte de armazón que da gran consistencia a la hoja e impide que se desgarre. En cambio, otra planta de la misma familia e igualmente con hojas enormes, la mónstera, las tiene naturalmente rasgadas en las orillas y llenas además de agujeros y rendijas de forma irregular. Al pronto, no se comprende qué utilidad puedan tener para la planta estos huecos y desgarraduras; pero todo tiene su explicación. Las hojas de la mónstera son, no sólo grandes, sino gruesas y coriáceas, y si no fuese por estos espacios vacíos, no habría tallo bastante fuerte para soportar su peso. Además, los agujeros hacen el papel de ventanas para que el sol pueda llegar, a través de las hojas más altas, hasta las que hay debajo.

Pueden mencionarse también entre los vegetales de hojas garndes las palmeras de sagú. Una de ellas, criada en estufa, echó una hoja de doce metros de longitud. Calcúlese el desarrollo que hubiera alcanzado si hubiera estado en las selvas de su país natal. No menos notable es la planta acuática conocida con el nombre de Victoria regia, cuyas hojas pueden a veces sostener un hombre.

No terminaremos sin recordar un ejemplo de lo que el horticultor, en competencia con la Naturaleza, ha conseguido en esto de las hojas grandes. Nos referimos a la vulgarísima col, una planta que, en estado silvestre, no se distingue por su tamaño, y de la que el hombre, por el cultivo, ha derivado gran número de variedades utilísimas, desarrollando artificialmente sus hojas comestibles, que la Naturaleza había hecho tan pequeñas, que no podían aprovecharse.

Descuidos de la Naturaleza

La Naturaleza se muestra descuidada en algunas cosas. El lobo, por ejemplo, puede aplacar su voraz apetito durante el verano, pero en llegando el invierno queda sumido en la mayor escasez. La cuestión humana de los sin trabajo es una cosa insignificante, comparada con el hambre y la miseria que pasa el pobre lobo.

El lirón está enseñado a invernar, y la ardilla tiene en invierno despensas de donde saca nueces para comer; la Naturaleza se ocupa hasta de los escarabajos, las orugas y los gusanos, pero al lobo hambriento y grande no le proporciona nada. Tiene que afrontar el invierno sin reservas y sin refugio, y se ve precisado a correr centenares de kilómetros por los páramos nevados antes de encontrar algo que comer. Por eso algunas veces presa de la desesperación y del hambre devora a sus semejantes.

Y frente a esta crueldad encontramos otros seres que tienen más alimento del que pueden comer. Varias especies de aves marinas encuentran a su alcance tan grandes cantidades de peces, que comen hasta que no pueden moverse, y mucho menos, volar. ¡Es un contraste muy triste con el pobre lobo!

Cuanto más se avanza en el libro de la Naturaleza peores cosas se encuentran. El lobo hambriento y el ave marina harta es un buen ejemplo de la poca equidad que hay en el reparto, pero hasta existen seres que, teniendo alimento a su alrededor, se comen a sí mismos, como ocurrió con una hiena en cautividad, que se rompió una pata y se la arrancó con los dientes. Al día siguiente la pata había desaparecido, porque la hiena se la había comido con hueso y todo. Esto es muy común entre los saltamontes y las langostas. Si se cogen insectos de esta clase, nueve de cada diez se romperán una pata tratando de escapar, y si la pata arrancada se les pone a su alcance, se la comen con gran fruición. Los ratones y las ratas no tienen inconveniente en roerse el rabo, y las orugas y los sapos se comen tranquilamente la piel que mudan.

AFORISMOS

por José DE LA LUZ Y CABALLERO

LXXXV Duéleme en el alma reconvenir, pero me llena de amargura que los que deben hacerlo no me ayuden a llenar mi "deber", que es mi vida. ¡Qué no daría yo por que retumbaran esas palabras en el corazón de los cubanos!

LXXXVI El hombre no muere cuando cesa de existir, sino cuando deja de amar.

LXXXVII Antes quisiera yo ver desplomadas, no digo las instituciones de los hombres, sino las estrellas todas del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol del mundo moral.

LXXXVIII El "suicidio" no prueba ni valentía ni cobardía: es una enfermedad verdadera, como la fiebre. Como las enfermedades, como una misma enfermedad, proviene de mil causas. Las fuertes ideas religiosas o filosóficas son lo que más puede oponerse a esta tendencia, que por lo dicho puede desaparecer en muchos casos, removiendo las causas físicas. Unos pueblos son más propensos al suicidio que otros. Los ingleses por tétricos; los "lucumíes" por valientes y amantes de su libertad. Por supuesto que la cuestión de derecho es ya absuelto: ¿qué derecho ha de tener el hombre a quitarse lo que no le pertenece, y lo que puede servir muy luego a otros fines? ¿Y de dónde se deriva el derecho?

LXXXIX Más debe la filosofía a los intolerantes que a los conciliadores.

XC ¿Por qué se queja el hombre de la vida? Engaños, desengaños, dolores, consuelos, que son placeres más dulces que los de primera mano. ¿No es ésta ley de la Naturaleza? Rosas y espinas, claro y obscuro. ¿De qué se queja, pues? Si se cierra una puerta suelen abrirse dos. Pero se quiere el placer, el placer y el placer siempre, y do quiera, sin interrupción, y el placer físico. ¿Para qué? Para tocar la saciedad, y la enfermedad y la flojedad física o moral. Sin ejercicio no hay fuerzas.

XCI Todos los sistemas filosóficos "desnudan a un santo para vestir a otro". La gracia estaría en vestir a todos, sin desnudar a nadie. Quien más se acercó a este tipo, entre los antiguos, fué Aristóteles; entre los modernos ninguno tal vez pudo hacerlo mejor que Leibnitz. Pero en el "ideal", esto es, las "aspiraciones", se llevó la palma "Platon". Funesto divorcio entre las ciencias. Aquí donde debe cifrarse la gran conciliación.

XCII Hay un modo de descubrir verdades que no es la "intuición", ni la "inducción", ni la "deducción", y que yo llamaría "aparición" por el efecto, y "elaboración virtual" e "inconscia" por la causa y procedimiento. Sucede después de haber estado meditando largamente sobre una materia, cuando el entendimiento ha estado fuertemente excitado, o como si dijéramos, en erección, que después de haber descansado las potencias, sin ocuparnos ya del asunto, se aparece como un relámpago un pensamiento grande, y que en realidad se deduce de los antecedentes, pero no lo hemos deducido. Ignoramos nuestra propia virtualidad. ¿Cómo no se han aprovechado de este hecho los partidarios de las ideas "innatas", que es más fuerte que cuanto sobre ellas se ha amontonado? Sin embargo, bien examinado, no es en pro ni en contra, sino lo que prueba es la virtualidad del entendimiento, su naturaleza de "producir" pensamientos. Más bien podría sacar partido la opinión contraria: porque el fenómeno susodicho es siempre hijo de los antecedentes, como le sucede hasta a la misma "espontaneidad" o "intuición". "Prolem cum patre et matre creatam".

XCIII Rigurosamente hablando no existe "espontaneidad" en el ejercicio de nuestras facultades intelectuales: siempre precede algún motivo que determine el pensamiento. Lo cual no se opone a que haya nociones que el entendimiento alcanza desde luego, y otras que sólo obtiene por la "reflexión".

XCIV El "yo" no es más que un fenómeno de la inteligencia, y tiene lugar en las sensaciones lo mismo que las voliciones; no es ni más ni menos de aquello por lo que generalmente se le tiene, la expresión de la "personalidad"; sin que esto impida considerarle como "sujeto" y como "causa".

XCV La experimentación proporciona a los sentidos un auxilio con que antes no contaban; aisla y detiene los hechos, por decirlo así, para dejarse observar.

XCVI La Naturaleza pronuncia a la vez juicios muy complicados, juicios de muchos sujetos y muchos predicados: he ahí por qué no podemos determinar con fijeza cuál es el predicado y a qué sujeto pertenece. Forzoso es, pues, que le separemos los casos, que le proporcionemos mayormente ocasión de explicarse en juicios de un sujeto y de un predicado. Al punto que así lo hace, la comprendemos desde luego; entonces "conoceremos" la esencia de una fuerza determinada, y la sabremos distinguir después, aun cuando desaparezca junto con otras. Se hace tanto más necesaria esta separación, cuanto es éste el medio de evitar el error a nuestra comprensión, y que sólo así podemos asentar juicios y observaciones. Y he aquí explicados los grandes resultados del método fundado en la experimentación. Los ensayos sirven meramente para alejar las dificultades y presentar los fenómenos a la inteligencia en tan sencillo cotejo, que pueda ésta juzgar rectamente, con todo conocimiento y sin ilusiones, haciendo los ensayos un oficio algo parecido al que prestan las matemáticas; también se les contraponen en cierto modo...

XCVII Yo no hallo extraño que muchos grandes pensadores hayan creído en las ideas "innatas": 1.º, por la fuerza productiva que en sí sentían; 2.º, por la facilidad o espontaneidad con que concebían y daban a luz; 3.º, por el esplendor de las "deducciones", como sucedía a Cartesio en las "Matemáticas", que siendo las ciencias aprendidas por excelencia, como profundamente lo dice su nombre de bautismo, le parecían adivinadas. Todas estas causas les encubrían la "causa" en los "efectos", la "virtualidad" en los fenómenos.

Mi fórmula: Innatas las "facultades", pero no las "ideas".

Los milagros del selenio

De cien mil personas a quienes se pregunte qué es el selenio, seguramente no llegarán a diez las que den una respuesta satisfactoria.

Y sin embargo, el selenio, primo hermano del azufre, no debía seguir siendo tan poco conocido.

La originalidad de este metaloide consiste en la paradójica sensibilidad fotoeléctrica que monopoliza. Su conductibilidad es una función de la intensidad luminosa. Nula en las tinieblas, esa conductibilidad aumenta gradualmente, a medida que la luz es más viva, hasta un máximum bastante elevado, con todos los matices intermediarios, con un paralelismo tan fiel y preciso que las más débiles variaciones luminosas se traducen infaliblemente en proporcionales variaciones eléctricas.

Esta propiedad singular ha favorecido a la telefotografía. Lo mismo sucederá, tal vez, con la televisión.

El selenio hace el prodigio de transmitir los sonidos en el teléfono, el selenio es el origen de la transmisión de las imágenes y el selenio será el medio de la visión a distancia.

Y dsde ese momento os sentaréis en el locutorio de una estación telefónica de Madrid y podréis conversar con una persona residente en París, como si la tuviéseis presente en el mismo locutorio, es decir, que la veréis mover los labios, reirse o ponerse seria, agitar los párpados y hasta tenderos amistosamente una mano, que la distancia os impedirá estrechar.

Por lo pronto, el selenio acaba de inscribir en su historial otra maravilla. Va a permitir a los ciegos suplir la carencia del sentido de la vista, para leer correctamente un periódico o un libro impreso en caracteres ordinarios.

El doctor inglés Fournier de Alba ha inventado un aparato que denomina "optófono", con el cual se consigue aquel propósito. La parte fundamental del instrumento es como sigue:

Si en un circuito que resista al selenio se intercala un teléfono, la corriente que pase por éste experimentará las vicisitudes de iluminación de la resistencia.

Se ha demostrado que si un rayo luminoso se proyecta de un modo intermitente sobre el selenio, con un ritmo de 256 chispazos por segundo, la nota emitida será un octavo más baja que si la frecuencia fuese de 512 chispazos, y una octava más alta que si esta frecuencia alcanzara 128 chispazos por segundo. Supongamos que el haz de luz pulsatorio deba, antes de llegar al selenio, atravesar una placa de vidrio en la cual haya una hoja de papel impreso. Necesariamente éste se deformará y las líneas de letras alterarán la transparencia del vidrio. La deformación varía según el dibujo de cada letra, y se sigue un sonido especial en el teléfono, porque las variaciones eléctricas que condicionan las ondas sonoras guardan simetría con las variaciones luminosas.

Es decir, que a cada letra atravesada por el rayo luminoso corresponderá un eco telefónico distinto. Y tendréis un alfabeto acústico, comparable al alfabeto Morse, que se puede aprender fácilmente.

El aparato, cuya descripción detallada requeriría expresiones técnicas demasiado áridas, a menos que no se apelase a los gráficos para comprenderlas bien, encierra dispositivos electromecánicos muy complicados y de impecable precisión matemática, un disco perforado que gira a una velocidad calculada, un juego de lentes y espejos, un sistema de regulación adaptable al "ojo" de los caracteres, un carro semejante al de las máquinas de escribir y que permite pasar de una línea a otra, etc., etc.

Sabido es que los telegrafistas profesionales adquieren rápidamente la costumbre de traducir los sonidos largos y breves del alfabeto Morse, sin necesidad de ver trazados los signos en la cinta. Pues de igual modo los ciegos oirán los sonidos correspondientes a las letras del impreso que se propongan leer mediante este curioso aparato, debido principalmente a los milagros del selenio.

El gallo es más inteligente que la gallina, como saben todos los que se dedican a la cría de aves de corral. Para convencerse de ello no hay más que observar como proceden uno y otra para picar las hojas de una col. La gallina se limita a picotear la hoja levantándola del suelo a cada picotazo, y pasa un mal rato cada vez que no arranca un trozo que tragar. Más listo el gallo, en cuanto pica una vez en balde, pone una pata encima de la hoja para sostenerla y arranca con el pico de entre los dedos los trozos que quiere comerse.

CHISTE ESPAÑOL



—¿Estas resfriado?
—Sí, un coriza de toros.

Raimundo Lulio, pedagogo desconocido

Raimundo Lulio, el filósofo y sabio místico de Palma de Mallorca, uno de los más reputados doctores del siglo XIII, que llevó a cabo una obra inmensa científica y moral y publicó numerosos trabajos en latín y en catalán, es, en general, más conocido como un teórico de la abstracta y formal escolástica y como alquimista excéntrico, que como un vulgarizador científico y como un adaptador a la vida de la filosofía cristiana de la Edad Media.

Monsieur Patre, en su libro ‘‘Raimundo Lulio y su obra pedagógica’’, nos lo presenta bajo un aspecto distinto, y quiere rehabilitar su nombre glorioso, que figuró, honrándolas, en las universidades de París y Montpellier, desde donde enseñó y en cuyas ciudades fechó tantas de sus famosas obras.

Es imposible exponer sus ideas pedagógicas sin recordar sus principales conceptos filosóficos y teológicos. Lulio no usa la abstracción, sino la pura deducción; al modo de Roger Bacon, une armoniosamente el método de observación inductiva con el método deductivo de exposición. Sus conocimientos, propios o ajenos, los expone de un modo asequible, objetivo, concreto, a la disposición de todos los hombres de buena voluntad. Parte de los principios generales, virtudes y cualidades que se encuentran en graduación diversa en las cosas y fenómenos más complejos, y demuestra su objeto y sus combinaciones en todos los órdenes del conocimiento. Esto es su famoso ‘‘Gran Arte’’.

Influído por el medio, imprime un colorido religioso a sus exposiciones, destinadas a la vulgarización pedagógica; se expresa en metáforas y en parábolas casi orientales; esquemas geométricos, representando ideas y sus combinaciones; apólogos numerosos; diálogos imaginarios entre la filosofía y operaciones del alma, la memoria y la imaginación, por ejemplo. Emplea, mucho antes que los pedagogos del Renacimiento, del siglo XVIII y de los tiempos modernos, los principios de ‘‘la educación y de la instrucción atrayentes’’. ‘‘Es necesario—dice en el diálogo de los doce Principios de la Filosofía—‘‘impresionar los sentidos y la imaginación’’ para llegar mejor a la inteligencia’’. Afirma que debe ‘‘enseñarse lo menos posible y hacer averiguar’’ lo más posible. Una de sus novelas, ‘‘Félix el maravillado’’, es una continua demostración de estos principios prácticos.

Como consecuencia de una de sus principales doctrinas, es partidario de una enseñanza progresiva: todos los seres del universo, minerales, plantas, animales, hombres y ángeles son partes finitas de los grados diferentes de las ideas eternas, dignidades increadas divinas.

Para Lulio, el mineral vive; la planta vive y siente; el animal vive, siente, se mueve, recuerda, imagina groseramente; el hombre vive, siente se mueve, recuerda, imagina, piensa, quiere, y cada paso que da hacia la espiritualidad es un progreso en el orden y en la bondad, y supone la plena posesión de otros grados.

Esta doctrina explica la preocupación de Lulio de desarrollar el cuerpo de su discípulo. Es necesario estar en buenas condiciones físicas para adquirir una sólida educación intelectual y moral. Del mismo modo que Rousseau, Lulio es un profundo observador de la vida.

‘‘Blanquerna’’, novela en prosa catalana, y ‘‘El libro de doctrina pueril’’, pequeño resumen pedagógico, destinado a su hijo, son muy característicos en este punto de vista.

Lulio comienza su ‘‘Blanquerna’’ con un cuadro de la puericultura ideal catalana. Elección de nodriza, alimentación después del despecho, vestido, todo está agradablemente expuesto. Blanquerna tuvo una nodriza sana, para formarse con leche sana, porque los niños enfermos y malhechos lo deben a la leche falta de condiciones. Aloma (madre de Blanquerna) alimentó a su hijo sólo con leche durante su primer año, porque los niños no pueden soportar otros alimentos en esta tierna edad. Aloma vestía a su hijo de tal manera, que tuviese un poco de frío en invierno, y en verano, un poco de calor, con objeto de que los elementos del cuerpo humano pudiesen armonizarse.

Lulio es partidario de la educación por la Naturaleza. Aloma retuvo a su hijo a su lado hasta que pudo ir a jugar con otros niños; no lo obligó a nada que contrariase las exigencias de la Naturaleza en esta edad y lo dejo hasta los ocho años en el seno de la Naturaleza.

Mejor pedagogo que Rousseau, Lulio no espera a los doce o trece años para empezar a instruir a su discípulo. Cuando Blanquerna tuvo ocho años, su padre lo puso a estudiar, según los preceptos de la ‘‘Doctrina pueril’’, en donde se dice que el hombre debe aprender el principio en lengua vulgar.

Lulio escribe en catalán no sólo magníficas obras literarias, sino tratados científicos y morales de vulgarización, cosa rara en el siglo XIII, donde todo se aprende en latín.

‘‘Antes de aprender la lógica en latín, apréndela en romance; así la comprenderás antes de aprenderla en latín.’’

Recomienda como indispensables los conocimientos de Retórica y de Ciencias médicas, con objeto de aprender la ‘‘higiene’’, cosa admirable en la Edad Media. Después de estas ciencias, puede aprenderse la Aritmética, la Geometría, la Astronomía y la Música. Adelantándose a su época, recomienda los ‘‘trabajos manuales’’, a los que llama ‘‘artes mecánicas’’. También en este punto nuestro mallorquín precede a Rousseau.

Es igualitario en plena Edad Media. Quiere que se dé la educación sin distinción de rangos. ‘‘La Naturaleza pierde en los niños ricos y gana en los pobres; los hombres ricos que no obligan a hacer algo a sus hijos y los crían en la ociosidad no contribuyen a que sus hijos sepan ‘‘recordar’’, ‘‘comprender’’ y ‘‘querer’’.

En educación moral, Lulio considera la buena ‘‘Voluntad’’ como manantial de todas las virtudes, y la mala Voluntad como el de todos los vicios; por consiguiente, obliga a reflexionar sobre la posible consecuencia de los actos.

Lulio es un precursor de Rabelais, Montaigne y Rousseau; tiene el mérito de preceder a estos pedagogos en sus métodos de educación, de acuerdo con la Naturaleza:

Primero. Recomienda el desarrollo corporal desde la cuna, ejercitar el cuerpo en todas sus actividades, el ‘‘trabajo manual’’ como preparación de la instrucción propiamente dicha.

Segundo. Quiere que el niño reciba una educación ‘‘intelectual progresiva’’, empezando por la ‘‘educación de los sentidos’’ y la ‘‘observación’’, provocando desde el primer momento la ‘‘reflexión’’ y ascendiendo gradualmente hasta el dominio de la ‘‘Voluntad’’.

Tercero. Su educación moral se fundamenta a la vez sobre la adquisición ‘‘de buenas costumbres del corazón y del alma’’, sobre una ‘‘higiene’’ que preserve de las ‘‘pasiones’’ sobre la ‘‘buena dirección de la Voluntad hacia una acción fecunda’’.

Cuarto. Los métodos de expresión, sensibles y directivos, constituyen una verdadera revolución pedagógica en el siglo XIII, suscitan y sostienen la atención, sugieren al discípulo aplicaciones nuevas y despiertan cualidades intuitivas y vitales.

Lulio no es, por consiguiente un loco ni un retórico abstracto. Es un revolucionario y un precursor en muchas materias, y, como muchos franciscanos, un amigo del pueblo y un psicólogo de observaciones finas y sutiles.

Cuando se hable de la educación según los métodos de la Naturaleza, debemos recordar el nombre de Raimundo Lulio, unido al de sus sabias obras ‘‘Blanquerna’’ y ‘Félix’’.

El exotismo en el arte

La Madona de Taití

Cada día aparece más patente la gran transformación que en estos últimos años ha experimentado la manera de apreciar el público los valores artísticos. Hace algún tiempo, ningún artista se hubiera atrevido a acometer con su paleta un tema como el contenido en un cuadro de Gaugin, en el que un asunto lleno de misticismo criatiano se ha colocado en un ambiente tropical, enteramente exótico; y sin embargo, hoy este lienzo, adquirido por el coleccionista norteamericano Mr. Lewisohn, es objeto de admiración en todo el mundo artístico. Su autor, Paul Gaugin, fué un pintor francés que en 1891, cuando contaba cuarenta y tres años de edad, hastiado de la banalidad y el convencionalismo europeos, decidió irse a vivir a Taití, donde, después de una labor artística intensísima, murió en mayo de 1903. Su obra habría quedado tal vez obscurecida por su alejamiento del mundo occidental, cuando una novela del escritor inglés W. Somersert Maugham titulada ‘‘The Moon and Sixpence’’ y basada en la extraña vida de voluntario destierro del pintor, popularizó en Europa su mérito y le dió fama. La traducción y publicación en varios idiomas de otra obra que con el título de ‘‘Noa Noa’’ había escrito el propio Gaugin, acabó de despertar en todos los círculos artísticos un interés, por desgracia póstumo, hacia la figura del pintor.

El cuadro mencionado, titulado por éste ‘‘Ya Orana María’’, lo que traducido al español viene a querer decir: ‘‘¡Ave María!’’, es más generalmente conocido bajo el nombre de la ‘‘Madona de Taití’’, y se considera por la mayor parte de los críticos como su obra maestra, por la sencillez de su tema y la armoniosa brillantez de su colorido.

De interés decidido para los químicos americanos es la noticia de que pueden prepararse con el benceno ordinario, por un procedimiento recientemente descubierto, cuatro importantes ácidos vegetales: el tártrico, el cítrico, el láctico y el sucínico.

El método es ventajoso para la operación a base comercial, así como para el costo que sacará el producto artificial en competencia con los productos naturales.

El primer paso en el nuevo proceso es la producción de ácido maleico por la acción combinada del aire y del benceno bajo la influencia de un agente catalizante. Los cuatro ácidos deseados se obtienen entonces del ácido maleico.

PARA LA GENTE DE CAMPO

APROVECHAMIENTO DE LOS TOMATES

La producción de un tomatal se aprovecha, o vendiendo los frutos en seguida de ser cosechados o transformándolos en conservas.

La venta de tomates frescos resulta provechosa si se regulariza la plantación, de modo que la cosecha pueda efectuarse muy temprano, para entregarla al mercado en época en que este producto aún escasea.

A este fin se llega sembrando temprano, abrigando el tomatal y efectuando el cultivo a arbolito, que permite, con despunte y castración de brotes, que cada planta conserve para su maduración no más de una docena de frutos.

Una vez terminada la primera cosecha, se deja que el tomatal se desarrolle en toda su lozanía, en cuyas condiciones proporciona una segunda cosecha prolongada y abundante.

Mientras los tomates de la primera cosecha, destinados para el consumo directo, se cortan cuando empiezan a tomar color, los de la segunda deben seleccionarse cuando están bien maduros, a fin de que desaparezca el gusto ácido característico; no estando demás recordar que éste va perdiéndose con la maduración, y vuelve a notarse en los frutos que van pasándose de maduros.

Los tomates cosechados a punto pueden aprovecharse de varios modos; es decir, conservados frescos, conservados al natural, transformados en salsa, en pastas y confeccionando dulces.

1.°—**Conservación en seco.**—Se cortan los tomates por la mitad y en el sentido tranversal para facilitar la salida de las semillas, que se efectúa oprimiendo suavemente las dos mitades; en seguida se depositan, corte abajo, en un enrejado de caña, madera o tejido de alambre inoxidable. Una vez así preparados, y después de una ligera salazón, se exponen al sol o en horno templado, hasta que estén secos; después, se guardan en recipientes, en los que haya seguridad de que no penetre humedad, hasta su consumo.

2.° — **Conservación al natural.** — Se cuidará de conservar al natural, solamente tomates bien sanos, los que se van acomodando en recipientes destinados a ese uso. Una vez llenos estos envases, se vierte en ellos agua salada hasta el borde de los envases. Así acondicionados, se depositan los envases en el fondo de una caldera, del que quedan separados por una cama de paja o pasto; y se llena la caldera con agua hasta llegar al borde de aquellos, exponiéndola después al fuego; a los diez minutos de hervir se retira la caldera del fuego y, una vez enfriado su contenido, se sacan los envases llenos de tomates, se tapan y se guardan hasta la hora del consumo.

3.°—**Salsas de tomates.**—Se conocen varios modos de transformar los tomates en salsas, pero la mejor y más comerciable es la que se expende bajo el nombre de "purée", que suele prepararse de la manera siguiente:

Una vez cosechados los tomates a punto de maduración, se cortan en varios pedazos y se depositan en una caldera, en la que se les hace hervir, salando el todo con moderación.

Se retira la caldera del fuego y aún tibia la masa formada por los tomates ya deshechos, se pasa por un cedazo fino, posiblemente de cerda o de otro material inoxidable, exprimiendo todo, a fin de que queden en dicho cedazo solamente los pellejos y semillas. El recipiente donde se hace caer el jugo que pasa por el cedazo, como la caldera en que se han hecho hervir los tomates, debe ser de material inoxidable e inatacable por los ácidos.

Efectuada la separación de la pulpa y jugos, de los pellejos y semillas, ha llegado el momento de preparar el purée, operación que se efectúa dejando caer sobre un lienzo sostenido por sus cuatro puntas y no muy estirado, la masa semi-líquida, de la que se va separando el agua que escurre a través del lienzo, quedando el purée encima, y en estado de ser envasado.

Para el purée se prefieren pequeños frascos o latitas, que, una vez llenas, se golpean despacito sobre la mesa de trabajo, a fin de dar salida a las burbujas de aire, y luego se tapan.

Algunos, para la buena conservación del producto, suelen hacer caer en los frascos o tarritos unas gotas de aceite de oliva, a fin de inmunizar la superficie que está en contacto con el cierre, operación ésta que resulta necesaria tratándose de tapar con corchos vasijas de vidrio; pudiéndose prescindir de esa operación cuando se trate de latas cuyas tapas se ajusten con soldadura.

No se debe descuidar la esterilización de los envases y de las tapas, que puede efectuarse en hornos, en los que la temperatura permita mantener un rato la mano; así se obtiene el fin deseado.

En la preparación de la pasta de tomate se requieren las mismas prácticas indicadas para la del purée; pero se prolonga la cocción, haciendo hervir los tomates cortados largo rato.

Una vez pasada por el cedazo la masa, se vuelve a hacer hervir hasta que quede bien espesa toda la masa y en ese estado se envasa; o se la endurece, voleándola en bateas de madera o recipientes análogos, de metal inoxidable, y aprovechando el calor de un horno o del sol para formar con ella panes que, untados con buen aceite de oliva, se conservan en lugares secos y abrigados.

4.°—**Dulce de tomate.**—Los tomates pueden también emplearse en la confección de dulces, pero como ésta casi no sale de la fabricación casera, no vale la pena recordar su preparación.

De lo expuesto resulta que para el aprovechamiento de los tomates y preparación de purée y pasta, sólo se emplean tachos para la cocción, cedazos para la separación de semillas y pellejos, bateas de desecación y envases; todo lo cual se puede adquirir, de acuerdo con la necesidad de cada uno.

D. Colavecchia.

LABORES AGRICOLAS PARA FEBRERO

Preparar la tierra para la siembra de alfalfa y de la cebada para forraje.—Cuidar la limpieza de las sementeras de maíz.—Aprovechar las primeras lluvias para arar los rastrojos. —Durante la primera quincena todavía se pueden sembrar papas de la segunda cosecha.—En la quinta se continúan los riegos abundantes y las escardas de los nuevos tablones.—Sembrar lechugas, nabos y salsifíes.—Seguir la siembra en almácigos de coliflores y repollos.—Plantar cebolla de verdeo. — Concuir la cosecha de cabezas de cebolla.—Marcar las mejores cepas de uva para multiplicación.—Empezar la cosecha de la uva y apartar los racimos más perfectos para semilla, dejando la simiente en las uvas hasta la siembra.

Floricultura.—Cambiar por otras las plantas pasadas de flor.—Repicar las plantas sembradas en el mes anterior. —Replantar las violetas.—Sembrar en almácigos: alelí, amapolas, clavellina, flox, lino colorado, margaritas, no me olvides, pensamientos, violetas, resedá y zinnia.—Tener listos los terrenos donde se plantarán los bulbos.—Regar de noche y con abundancia los céspedes.

Consejos: Al efectuar el trasplante de los almácigos se cortará la raíz principal a fin de ayudar al desarrollo de las raíces secundarias y facilitar el arranque. Cuando se las planta se cubrirán con tierra las raíces, tratando que queden extendidas horizontalmente, sin aglomerarse, apretando luego la tierra sin apisonarla. Generalmente la plantación se hace en quinconce, es decir, alternada, facilitando así la circulación del aire. Las plantas permanecen en el vivero un año o dos, utilizándolas luego en las plantaciones que se hagan.

DERECHO DE PROPIEDAD



El señor Pingüino ha entablado un pleito contra Carlitos, diciendo que le había copiado.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre	$ 3.00
Semestre	„ 5 00			Semestre	„ 6.00
Año	„ 9.00	Semestre „ „	4.00	Año	„ 11.00
N.° suelto	20 cts.			N.° suelto	25 cts.
N.° atrasado	40 „	Año „ „	8.00	N.° atrasado	50 „

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Dirección, Redacción y Administración: BOLIVAR, 879
Unión Telefónica 428, Buen Orden



EL PAIS DE DIXIE

Original de D. EMMET

Arreglo de PABLO GALLICO

Allegro

Piano

Talleres Heliográficos Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266 — Buenos Aires


GELEE DE COING
Los productos alimenticios no tienen más juez que el paladar de quien los saborea.
El
CHOCOLATE LA PRODUCTORA AMERICANA
hace tiempo que obtuvo la consagración de su excelente calidad, por el fallo unánime y decisivo del público consumidor.
Puede, pues, ofrecerse como un producto superior en cuanto a sabor exquisito, fabricación esmerada y componentes seleccionados, circunstancias que le colocan a la cabeza del artículo nacional y extranjero.
E. PARODI y Cía.
Rivadavia, 620 - Buenos Aires